

---

---

**LAWRENCE BLOCK**

**CUCHILLADA EN LA OSCURIDAD**

---

---



**Lectulandia**

Louis Pinel el recién detenido "Merodeador del Piolet", admite abiertamente haber matado a siete mujeres jóvenes hace siete años, pero jura que fue un imitador quien mato a Barbara Ettinge, Matthew Scudder le cree. Pero descubrir la verdad del asesinato de Ettinge es retorcido, oscuro y peligroso... e incluso más frío que el cadáver de casi diez años de edad, pero el investigador esta dispuesto a vengarlo.

**Lectulandia**

Lawrence Block

# **Cuchillada en la oscuridad**

**Matt Scudder - 04**

ePub r1.0

Titivillus 02.02.15

Título original: *A stab in the dark*

Lawrence Sanders, 1981

Traducción: Jane Mary Hayes

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Patrick Trese

# 1

No lo vi acercarse. Estaba en Armstrong's en la mesa habitual del fondo. Los clientes de la hora de comer se habían marchado y el nivel de ruido había disminuido. Ponían en la radio música clásica y ahora podías oírla sin esforzarte. Fuera, hacía un día gris, soplaban un viento cruel, el aire prometía lluvia. Un día bueno para estar metido en un bar de la Novena Avenida, bebiendo café fortalecido con bourbon y leyendo en el *Post* la historia de algún loco que apuñaló a un transeúnte en la Primera Avenida.

—¿Señor Scudder?

De sesenta años más o menos. La frente ancha, gafas sin aros sobre ojos azules claros. Pelo rubio encaneciéndose, aplastado sobre el cuero cabelludo. Digamos unos sesenta y cinco o sesenta y seis; sobre setenta y siete kilogramos. Tez clara. Bien afeitado. Nariz estrecha. Una boca pequeña de labios finos. Traje color gris, camisa blanca, corbata a rayas rojas, negras y oro. En una mano maletín, en la otra paraguas.

—¿Me puedo sentar?

Señalé con la cabeza la silla enfrente de la mía. Se sentó, sacó una cartera del bolsillo del pecho y me dio una tarjeta. Tenía las manos pequeñas y llevaba un anillo masónico.

Eché un vistazo a la tarjeta, la devolví.

—Lo siento —dije.

—Pero...

—No quiero ningún seguro —dije—. Y no querrá venderme ninguno. Soy un mal riesgo.

Hizo un sonido que podía responder a una risa nerviosa.

—¡Dios! —dijo—. Claro que pensó eso, ¿verdad? No vine a venderle nada. No me acuerdo de la última vez que suscribí una póliza de seguros individual. El terreno mío es el de pólizas colectivas para sociedades anónimas. —Puso la tarjeta entre nosotros sobre el mantel de cuadros azules y blancos—. Por favor —dijo.

La tarjeta le identificaba como Charles F. London, un agente general de la Mutua de Vida de New Hampshire. La dirección era calle Pine 42, en la zona centro, distrito financiero.

Tenía dos números de teléfono, uno local, el otro con el código 914. Eso sería en las afueras, al norte. Probablemente en el condado de Westchester.

Todavía tenía su tarjeta cuando se acercó Trina a tomar nuestro pedido. Pidió Dewar's con soda para él. A mí me quedaba una media taza de café. Cuando estuvo fuera del alcance del oído, dijo:

—Le recomendó a usted Francis Fitzroy.

—Francis Fitzroy.

—Detective Fitzroy. Distrito 13.

—¡Ah, Frank! —dije—. Hace tiempo que no le veo. Ni siquiera sabía que estaba en el 13 ahora.

—Le vi ayer por la tarde. —Se quitó las gafas, limpió los cristales con la servilleta—. Como dije, le recomendó, y determiné que quería consultarlo con la almohada. No dormí mucho. Tenía citas esta mañana y luego me acerqué a su hotel, y me dijeron que podía encontrarle aquí.

Esperé.

—¿Sabe quién soy, Sr. Scudder?

—No.

—Soy el padre de Barbara Ettinger.

—Barbara Ettinger. No..., espere un momento.

Trina trajo su copa, la puso sobre la mesa, se marchó desapercibidamente, sin decir nada. Sus dedos rodearon la copa, pero no la levantó de la mesa.

Dije:

—El Merodeador del Piolet. ¿Conozco el nombre de eso?

—Sí.

—Debe de hacer diez años.

—Nueve.

—Ella fue una de las víctimas. Yo trabajaba entonces allí en Brooklyn. El distrito 78, Bergen y Flatbush. Barbara Ettinger. Ese fue caso nuestro, ¿verdad?

—Sí.

Cerré los ojos, dejando regresar la memoria.

—Era una de las últimas víctimas. La quinta o sexta, debió de ser.

—La sexta.

—Y hubo dos más después de ella, y entonces abandonó los negocios. Barbara Ettinger. Era una profesora, o algo así. Guardería. Trabajaba en una guardería.

—Tiene buena memoria.

—Podría ser mejor. Llevé el caso el tiempo suficiente para determinar que era el Merodeador del Piolet otra vez. Entonces se lo pasamos a quien fuera que estuviera trabajando en aquel caso desde el principio. Midtown Norte, creo que era. De hecho, creo que Frank Fitzroy estaba en Midtown Norte entonces.

—Correcto.

De repente, se me llenó la memoria de sentidos. Recordé una cocina en Brooklyn, olores de cocina sobrecargados del hedor de muerte reciente. Una mujer joven tendida sobre el linóleo, su ropa desordenada, heridas innumerables en su carne. No tenía recuerdo de cómo era, sólo que estaba muerta.

Terminé el café, deseando que fuera bourbon solo. Al otro lado de la mesa, Charles London tomó un pequeño sorbo, indeciso, de su whisky escocés. Miré los símbolos masónicos en el anillo de oro y me pregunté lo que se suponía que significaban, y lo que significaban para él.

—Mató a ocho mujeres en un período de un par de meses —dije—. Usó la misma arma con todas, las atacó en sus propias casas en horas de plena luz. Múltiples heridas punzantes con un piolet. Atacó ocho veces y entonces abandonó los negocios.

No dijo nada.

—Luego, nueve años más tarde le cogen. ¿Cuándo fue? ¿Hace dos semanas?

—Casi tres semanas.

No había prestado demasiada atención al reportaje de la prensa. Un par de guardias en el Upper West Side habían parado a un personaje sospechoso en la calle, y al cachearle apareció el piolet. Le llevaron a la comisaría y le investigaron, y resultó que estaba de vuelta a las calles después de un encierro prolongado en el Hospital del Estado de Manhattan.

Alguien se tomó la molestia de preguntarle por qué llevaba un piolet, y tuvieron suerte como a veces te pasa. Antes de que nadie supiera lo que pasaba, había confesado una lista de homicidios no resueltos.

—Publicaron su foto —dije—. Un tío pequeño, ¿no? No me acuerdo de su nombre.

—Louis Pinel.

Le miré rápidamente. Sus manos reposaban sobre la mesa, los dedos apenas tocándose, y estaba mirando abajo a las manos. Dije que debió tranquilizarle mucho el que el hombre estuviera detenido después de todos estos años.

—No —dijo.

Paró la música. El locutor vendía suscripciones para una revista publicada por la Sociedad Audobon. Me quedé sentado y esperé.

—Casi deseo que no le hubieran cogido —dijo Charles London.

—¿Por qué?

—Porque no mató a Barbara.

Más tarde volví y leí los tres periódicos, y había algo a tenor de que Pinel había confesado siete asesinatos del Merodeador del Piolet, mientras sostenía que era inocente del octavo. Si me hubiera fijado en esa información la primera vez que la leí, no le habría dado importancia. ¿Quién sabe lo que va a recordar un asesino psicótico nueve años después del hecho?

Según London, Pinel tenía más coartada que su propia memoria. La noche antes de que Barbara Ettinger fuera asesinada, habían cogido a Pinel por las quejas de un camarero de una cafetería en las calles 20 del este. Lo llevaron a Bellevue para observación, lo mantuvieron allí durante dos días y lo soltaron. Los historiales de la policía y el hospital mostraron claramente que estaba en una sala cerrada con llave cuando mataron a Barbara Ettinger.

—Repetidamente intentaba decirme a mí mismo que había un error —dijo London—. Un secretario puede equivocarse al aportar una fecha de detención o puesta en libertad.

Pero no hubo error. Y Pinel se mostró inexorable con respecto al asunto. Estaba completamente dispuesto a confesarse culpable de los otros asesinatos. Tengo entendido que estaba de algún modo orgulloso de ellos. Pero estaba verdaderamente enfadado de pensar que se le atribuyera un asesinato que no había cometido.

Cogió su copa pero la puso sobre la mesa sin beber de ella.

—Renuncié a resolverlo hace años —continuó—. Tomé por sentado que nunca se iba a prender al asesino de Barbara. Cuando la serie de asesinatos paró tan repentinamente, supuse que el asesino o se había muerto o se había ido a otro lado. Mi fantasía estableció que había tenido un momento de terrible claridad, se había dado cuenta de lo que había hecho, y se había matado. Si pudiera creer eso, me lo habría puesto más fácil, y según lo que me contó un policía, ese tipo de cosas pasa ocasionalmente. Llegué a pensar en Barbara como una víctima de una fuerza de la naturaleza, como si hubiera muerto en un terremoto o una inundación. Su asesinato era impersonal y su asesino desconocido e incognoscible. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Creo que sí.

—Ahora todo ha cambiado. A Barbara no la mató una fuerza de la naturaleza. Fue asesinada por alguien que intentó hacerlo parecer obra del Merodeador del Piolet. El suyo fue un asesinato frío y mal intencionado. —Cerró los ojos durante un momento y un músculo de la mejilla se movió—. Durante años pensé que había sido asesinada sin ningún motivo en absoluto —dijo—, y eso era horrible, y ahora sé que fue asesinada por un motivo, y eso es peor.

—Sí.

—Fui al detective Fitzroy para enterarme de lo que iba a hacer ahora la policía. Bueno, no fui a él directamente. Iba a un sitio y me mandaban a otro. Me pasaban, me entiende, sin duda esperando que me desanimara entre tanto y que les dejara en paz. Al final, acabé con el detective Fitzroy, y me dijo que no iban a hacer nada para encontrar al asesino de Barbara.

—¿Qué esperaba usted que hicieran?

—Volver a abrir el caso. Poner en práctica una investigación. Fitzroy me hizo ver que mis esperanzas eran ilusorias. Al principio me enfadó, pero me habló y me calmé. Dijo que el caso tenía nueve años. No había ni pistas ni sospechosos hasta entonces y que desde luego no los iba a haber ahora. Hace años renunciaron a resolver todos esos ocho asesinatos, y el hecho de que puedan cerrar los archivos de siete de ellos es simplemente un regalo. No parecía preocuparle, ni a ninguno de los policías con quien hablé, que haya un asesino caminando libre. Tengo entendido que hay muchos asesinos sueltos.

—Me temo que sí.

—Pero tengo especial interés en este asesino en particular. —Sus manos se apuñaron—. Debe haberla asesinado alguien que la conocía. Alguien que fue al entierro, alguien que fingió llorar su muerte. ¡Dios! ¡Eso no lo puedo aguantar!

No dije nada durante unos minutos. Llamé la atención de Trina y pedí una copa. Sin mezcla esta vez. Ya había tomado bastante café por el momento. Cuando la trajo, bebí la mitad de golpe y sentí su calor extenderse, quitando algo del frío del día.

—¿Qué quiere de mí? —pregunté.

—Quiero que se entere de quién mató a mi hija.

Ninguna sorpresa en ello.

—Probablemente eso es imposible —dije.

—Lo sé.

—Si alguna vez hubo una pista, ha tenido nueve años para enfriarse. ¿Qué puedo hacer yo que no pueda hacer la policía?

—Puede intentarlo. Eso es algo que no pueden hacer, o por lo menos que no harán, y viene a ser lo mismo. No digo que estén equivocados por no volver a abrir los archivos. Pero lo que pasa es que quiero que lo hagan, y no puedo hacer nada para ello, pero en el caso de usted, ahí sí, le puedo contratar.

—No exactamente.

—¿Cómo ha dicho?

—No me puede contratar —expliqué—. No soy un investigador privado.

—Dijo Fitzroy...

—Tiene licencia —seguí—. Yo no. Rellenan impresos, escriben sus informes por triplicado, entregan justificativos de sus gastos, declaran al fisco, hacen todas esas cosas y yo no.

—Entonces, ¿qué es lo que hace, Sr. Scudder?

Me encogí de hombros.

—A veces le hago un favor a una persona —dije—, y a veces esa persona me da dinero. Como una manera de devolver el favor.

—Creo que entiendo.

—¿Sí? —Bebí el resto de la copa. Me acordé del cadáver en aquella cocina de Brooklyn. Piel blanca, pequeñas gotitas de sangre negra alrededor de las heridas punzantes—. Quiere que lleven al tribunal a un asesino —dije—. Mejor que se dé cuenta desde el principio de que eso es imposible. Aunque haya un asesino ahí fuera, aunque haya manera de enterarse de quién es, no va a haber prueba alguna por ahí, después de tantos años. Ningún piolet manchado de sangre en el cajón de la herramienta de nadie. Podría tener suerte y encontrar un hilo, pero no se convertirá en el tipo de caso que puedes mostrar ante un jurado. Alguien mató a su hija y lo hizo impunemente y le molesta mucho. ¿No será más frustrante saber quién es y que no pueda hacer nada sobre ello?

—De todos modos quiero saberlo.

—Puede que sepa cosas que no le gusten. Lo dijo usted mismo: alguien la mató por un motivo. Puede ser que esté más feliz sin saber el motivo.

—Es posible.

—Pero correrá ese peligro.

—Sí.

—Pues, supongo que puedo intentar hablar con algunas personas. —Saqué mi libreta del bolsillo, la abrí en una hoja aparte nueva, quité la tapa del bolígrafo—. Bueno, pues empezaré con usted —dije.

Hablamos cerca de una hora y apunté muchas cosas. Tomé otro bourbon doble y lo hice durar. Él le hizo a Trina llevar su copa y traerle un café. Lo llenó dos veces más antes de que termináramos. Vivía en Hastings-Hudson en Westchester County. Se habían mudado allí desde la ciudad cuando Barbara tenía cinco años y su hermana menor, Lynn, tres. Hace tres años, unos seis después de la muerte de Barbara, la mujer de London, Helen, se murió de cáncer. Ahora vivía allí solo, y de vez en cuando pensaba en vender la casa, pero hasta ahora no se lo había encomendado a ningún agente inmobiliario. Suponía que era algo que haría tarde o temprano, después de lo cual se mudaría a la ciudad o cogería un apartamento con jardín en algún lugar en Westchester.

Barbara tenía 26 años. Ahora tendría 35 si viviera. Ningún niño. Llevaba un par de meses embarazada cuando se murió, y London ni siquiera lo había sabido hasta después de su muerte. Diciéndome esto, se le rompió la voz.

Douglas Ettinger había vuelto a casarse después de la muerte de Barbara. Durante su matrimonio, había sido agente del Departamento de Asistencia Social, pero poco después del asesinato había dejado ese trabajo y se metió en la venta. El padre de su segunda mujer tenía una tienda de artículos de deportes en Long Island y después de la boda había tomado a Ettinger como socio. Ettinger vivía en Mineola con su mujer y dos o tres niños —London no estaba seguro del número—. Había ido solo al entierro de Helen y desde entonces London no tuvo más contacto con él, ni conoció a su nueva mujer tampoco.

Lynn London tendría 33 años dentro de un mes. Vivía en Chelsea y daba clases a niños de cuarto grado en un colegio privado progresista en el Village. Se había casado poco después de cuando mataron a Barbara, y ella y su marido se habían separado al cabo de poco más de dos años de matrimonio y se habían divorciado poco después de eso. No había niños.

Mencionó a otras personas. Vecinos, amigos. El dueño de la guardería donde Barbara había trabajado. Un compañero de allí. Su amiga más íntima del colegio. A veces se acordaba de nombres, a veces no, pero me dio cositas y pude empezar por allí. No es que nada de eso fuera a llevarme a algún sitio necesariamente.

Se salió por la tangente mucho. No intenté detenerlo. Pensé que podría sacar una idea mejor de la mujer muerta al dejarlo divagar, pero aun así no me formé ninguna imagen verídica de ella. Supe que era atractiva, que como adolescente había sido popular, que sacaba buenas notas en el colegio. Le interesaba ayudar a la gente, le gustaba trabajar con niños, y había tenido ganas de formar su propia familia. La imagen que salió era la de una mujer sin vicios y con las virtudes más sosas, pasando de la infancia a una edad que no llegó a cumplir. Tenía la sensación de que no la conocía muy bien, que su trabajo y su papel de padre la habían aislado de un entendimiento fiable de ella como persona.

Eso no era nada extraño. La mayoría de la gente no conoce a sus hijos hasta que los hijos mismos se convierten en padres. Y Barbara no había vivido tanto tiempo.

Cuando no tuvo más que decirme, ojeé mis apuntes, entonces cerré la libreta. Le dije que miraría a ver lo que podía hacer.

—Necesitaré dinero —dije.

—¿Cuánto?

Nunca sé fijar el precio. ¿Qué es demasiado poco o demasiado? Sabía que necesitaba dinero —una condición crónica—, eso y que probablemente él lo tenía en abundancia.

Los agentes de seguros pueden ganar mucho o poco, pero me parecía que vender coberturas a corporaciones tenía que ser bastante lucrativo. Tiré una moneda mental y dio una suma de mil quinientos dólares.

—¿Y qué comprará eso, Sr. Scudder?

Le dije que realmente no sabía.

—Comprará mis esfuerzos —dije—. Trabajaré en esto hasta que encuentre algo o hasta que me parezca claro que no hay nada que descubrir. Si eso ocurre antes de que crea que haya ganado su dinero, le devolveré algo. Si creo que me debe más le avisaré, y entonces puede decidir si me quiere pagar o no.

—Es muy poco formal, ¿no?

—Puede que no le guste.

Lo pensó, pero no dijo nada. A cambio sacó un talonario y preguntó a favor de quién debería extender el talón.

—A Matthew Scudder —le dije, y él lo rellenoó a ese nombre y lo arrancó del talonario colocándolo sobre la mesa entre nosotros dos. Yo no lo cogí. Le dije—: Usted lo sabe, yo no soy la única persona alternativa a la policía. Hay grandes agencias bien equipadas que pueden hacer ese trabajo de un modo mucho más regular. Le enviarán informes detallados y rendirán cuentas hasta el último centavo de dietas y gastos. Además disponen de medios mejores que los míos.

—El detective Fitzroy me dijo todo eso. Dijo que conocía un par de agencias que podía recomendarme.

—Pero él le recomendó a mí.

—Sí.

—¿Por qué? —Yo conocía el motivo, desde luego, pero no el que él le hubiera dado a London.

London sonrió por primera vez.

—Él dijo que usted era un loco hijo de puta. Esas fueron sus palabras, no las mías.

—¿Y qué más?

—Dijo que usted podía llevar el asunto de una forma que no lo haría una gran agencia. Que cuando usted hinca el diente a algo no lo suelta. Dijo que la suerte estaba en su contra, pero que usted podía encontrar quién mató a Barbara.

Dijo eso, ¡eh! —Recogí el talón, lo leí y lo plegué por la mitad—. Bueno, él tiene razón. Yo puedo hacerlo.

Era demasiado tarde para ir al banco. Después de marcharse London, pagué la cuenta y en la barra me devolvieron dinero a cuenta del talón. La primera parada sería en el distrito 18, y se considera mala educación llegar con las manos vacías. Llamé primero para asegurarme de que estaba ahí, entonces cogí un autobús al este y otro al centro.

Armstrong's queda en la Novena Avenida, a la vuelta de la esquina de mi hotel, en la calle 57. El 18 se encuentra en la planta baja de la Academia de Policía, en un edificio moderno de ocho pisos con clases para los reclutas y cursos de preparación para los exámenes de los sargentos y tenientes. Tienen una piscina, y un gimnasio dotado de máquinas de peso y una pista de correr. Puedes dar clases de artes marciales o ensordecerte practicando en el campo de tiro.

Me sentí como siempre me siento cuando entro en una comisaría. Como un impostor, supongo, y además uno sin éxito. Paré en la recepción, dije que tenía asuntos que tratar con el detective Fitzroy. El sargento en uniforme me hizo señales para que avanzara. Probablemente suponía que yo era un miembro que llevaba tiempo en la policía, con buena reputación. Debe ser que todavía parezco un poli, o que camino como uno, o algo. La gente me ve así, hasta los polis.

Pasé a la sala del brigada y encontré a Fitzroy escribiendo un informe a máquina en una mesa de la esquina. Había una media docena de tazas de café de papel juntas en la mesa, cada una tenía como dos centímetros de café claro. Fitzroy me indicó con la mano que me sentara y así lo hice mientras terminaba lo que estaba escribiendo. A dos mesas de allí, dos polis estaban molestando a un niño negro, flaco, con ojos de rana. Según lo que oí lo habían cogido por jugar en la calle al «trile». No le estaban tratando mal, pero tampoco era el crimen del siglo.

Fitzroy estaba como lo recordaba, quizás un poco más viejo y un poco más pesado. No creo que pasara mucho tiempo en la pista de correr. Tenía una cara irlandesa, corpulenta y el pelo gris rapado, y no mucha gente le habría tomado por un director de orquesta o un taxista. O un taquígrafo —escribía a máquina rápido, pero sólo usaba dos dedos.

Finalmente, terminó y empujó la máquina a un lado.

—Juro que todo esto es papeleo —dijo—. Eso y apariencias en el juzgado. ¿A quién le queda tiempo para detectar algo? ¿Qué hay, Matt? —Nos dimos la mano—. Hace tiempo. No tienes mal aspecto.

—¿Lo esperabas?

—No, claro que no. ¿Qué tal un café? ¿Leche y azúcar?

—Solo está bien.

Cruzó la sala hasta la máquina de café y volvió con otro par de tazas de papel. Los dos detectives seguían dando guerra a la mano del «trile», diciéndole que se figuraban que tenía que ser el Acuchillador de la Primera Avenida. El crío mantenía su parte de la conversación bastante bien.

Fitzroy se sentó, sopló el café, sorbió, hizo una mueca. Encendió un cigarro y se reclinó en su silla giratoria.

—Este London —dijo—. ¿Le viste?

—Hace poco.

—¿Qué opinas? ¿Le vas a ayudar?

—No sé si esa es la palabra correcta. Le dije que lo intentaría.

—Ya. Me imaginaba que ibas a sacar algo, Matt. Aquí tienes un tío buscando gastar unos cuantos dólares. Sabes cómo es, es como si su hija se volviera a morir y tiene que creer que está haciendo algo al respecto. Bien, no hay nada que pueda hacer, pero si gasta unos cuantos dólares quizás se sienta mejor, y ¿por qué no ha de ir el dinero a un hombre que lo pueda usar? Tiene un par de pavos, sabes. No es como si lo tomaras de un vendedor de periódicos mutilado.

—Así tengo entendido.

—Así que lo vas a intentar —dijo—. Eso está bien. Quería que yo le recomendara a alguien y enseguida pensé en ti, ¿por qué no dar trabajo a un amigo, verdad? La gente se cuida mutuamente y eso es lo que hace que el mundo dé vueltas.

Había sacado cinco billetes de veinte mientras cogía el café. Ahora me incliné hacia adelante y los metí en su mano.

—Pues me viene bien trabajar un par de días —dijo—. Te lo agradezco.

—Escucha, un amigo es un amigo, ¿no? —Hizo desaparecer el dinero. Un amigo es un amigo, es verdad, pero un favor es un favor y no hay comidas gratis ni dentro ni fuera del departamento. ¿Y por qué tiene que haberlas?—. De modo que correrás por ahí y harás unas cuantas preguntas —seguía—, y puedes manejarle el tiempo que quiera jugar, y no tienes que matarte haciéndolo. Nueve años, joder. Resuelve esto y te mandamos a Dallas en avión, para que descubras quién mató a John F. Kennedy.

—Debe ser una pista bastante fría.

—Más fría que las patas de un muerto. Si entonces hubiera habido algún motivo para pensar que no fuera una simple nota más en la agenda del Merodeador del Piolet, pues quizás alguien habría cavado un poco en aquel momento. Pero sabes cómo funcionan estas cosas.

—Sí.

—Tenemos un tío en la Primera Avenida zurrando a la gente en la calle, atacándoles con un cuchillo de carnicero. Tenemos que suponer que son ataques indiscriminados,

¿verdad? No vas corriendo al marido de la víctima a preguntarle si ella se estaba follando al cartero. Lo mismo con como-se-llame, Ettinger. Quizás sí que se estaba follando al cartero y quizás por eso la mataron, pero entonces no parecía haber motivo para investigarlo y será un número hacerlo ahora.

—Pues, puedo obrar por pura fórmula.

—Sí, ¿por qué no? —Golpeó con el dedo una carpeta color castaño en forma de acordeón—. Les mandé sacar esto para ti. ¿Por qué no le echas una miradilla durante

unos minutos? Tengo que ir a ver a un tío.

Estuvo ausente un poco más de media hora. Pasé el tiempo leyendo la carpeta del Merodeador del Piolet. Al principio, los dos detectives metieron al del «trile» en una celda provisional y salieron corriendo, evidentemente para investigar una pista que les dieron sobre el Acuchillador de la Primera Avenida. El Acuchillador había actuado allí mismo en el 18, sólo a un par de manzanas de la comisaría, y evidentemente estaban ansiosos por encerrarlo. Había terminado con la carpeta cuando volvió Fitzroy. Dijo:

—¿Qué? ¿Sacaste algo?

—No mucho. Tomé unos apuntes. La mayoría son nombres y direcciones.

—Puede que no correspondan después de nueve años. La gente cambia de casa. Sus putas vidas enteras cambian.

Sabe Dios que la mía sí que cambió. Hace nueve años era un detective en el Departamento de Policía de Nueva York. Vivía en Long Island en una casa con césped y un patio detrás y una parrilla de barbacoa y una esposa y dos hijos. Yo había cambiado, era verdad, aunque a veces era difícil determinar en qué dirección. Sin duda mi vida había cambiado.

Golpeé ligeramente la carpeta.

—Pinel —dije—. ¿Es seguro que no mató a Barbara Ettinger?

—Muy seguro. Fijísimo. Estaba en Bellevue cuando ocurrió.

—Se sabe que la gente escapa y vuelve a entrar.

—Ya, pero estaba con una camisa de fuerza. Eso te impide los movimientos un poco. Además, hay cosas que distinguen el asesinato de Ettinger de los demás. Sólo te fijas en ellas si las buscas, pero están allí.

—¿Como qué?

—El número de heridas. Ettinger tenía menos heridas que cualquiera de las otras víctimas. La diferencia no es grande, pero puede ser significativa. Además todas las otras víctimas tenían heridas en los muslos. Ettinger no tenía nada en los muslos ni en las piernas, ninguna punzada. Lo que pasa es que había cierta variación entre las otras víctimas. No marcó estos asesinatos con un molde de cocina. De modo que las discrepancias con Ettinger no destacaron entonces. Se puede interpretar el número menor de heridas y falta de heridas en los muslos como si tuviera prisa, oyó a alguien o creyó oírlo y no tuvo tiempo para darle el tratamiento completo.

—Ya.

—Lo que hizo tan obvio que fuera el tío del Piolet el que la mató, ¿sabes lo que era?

—Los ojos.

—Correcto. —Movié la cabeza en aprobación—. Todas las víctimas fueron apuñaladas por los ojos. Una vez por cada globo del ojo. Eso nunca llegó a los

periódicos. Lo guardamos como siempre intentas guardar algo, una o dos cosas para que no te engañen los loquetas con confesiones falsas. No puedes creer la cantidad de payasos que ya se han declarado culpables de los acuchillamientos.

—Me lo puedo imaginar.

—Y tienes que investigar todos, y entonces tienes que escribir cada interrogación, y eso es el verdadero rollo. Bueno, volviendo a la tal Ettinger. El tío del Piolet siempre iba a los ojos. Mantuvimos secreto ese detalle y a Ettinger la atacó en el ojo también, así que ¿qué puedes pensar? ¿A quién le importa un comino si le dio en los muslos o no, cuando tienes una punzada en el ojo como prueba?

—Pero sólo fue en un ojo.

—Sí. Vale, esa es una discrepancia, pero va con el menor número de punzadas y falta de heridas en los muslos. Tiene prisa. No hay tiempo para hacerlo. ¿No lo verías así?

—Cualquiera.

—Claro. ¿Quieres más café?

—No, gracias.

—Bueno, paso yo también. Ya tomé demasiado hoy.

—¿Cómo lo ves ahora, Frank?

—¿Ettinger? ¿Qué creo que pasó?

—Sí.

Se rascó la cabeza. Líneas verticales arrugaron su frente a ambos lados de la nariz.

—No creo que fuera nada complicado —dijo—. Creo que alguien leyó los periódicos y vio la televisión y se excitó con las historias del tío del Piolet. De vez en cuando te vienen estos imitadores. Son loquetas sin imaginación para pensar en sus propios numeritos, así que se cuelan con la locura de otro. Algún loco vio las noticias de las seis y salió y compró un piolet.

—¿Y por casualidad le dio en un ojo?

—Es posible. Puede ser. O tal vez le resultó como una buena idea, como a Pinel. O salió algo de información.

—Eso estaba pensando yo.

—Por lo que me acuerdo, no hubo nada en los periódicos o en el telediario. Nada sobre las heridas en los ojos, quiero decir. Pero quizás sí lo hubiera y entonces lo suprimimos, pero no antes de que lo leyera o lo oyera ese psicópata y se le grabara. O quizás nunca llegó a la prensa, pero se corrió la voz. Tienes un par de cientos de polis que saben algo, más todos los que están allí para la autopsia, más todos los que vieron los informes, los secretarios y tal, y cada uno se lo cuenta a tres personas y estas personas hablan, ¿y cuánto tiempo pasa antes de que lo sepa un montón de gente?

—Ya sé lo que quieres decir.

—En cualquier caso, lo de los ojos lo hace parecer que fue un simple psicópata. Un tío que lo intentó una vez solamente para emocionarse y lo dejó.

—¿Cómo crees eso, Frank?

Se reclinó, entrecruzó los dedos detrás de la cabeza.

—Pues, digamos que fue el marido —dijo—. Digamos que la quiere matar porque está follando con el cartero, y quiere hacerlo parecer que fue el Merodeador del Piolet para que no pague el pato él. Si sabe lo de los ojos lo va a hacer en los dos, ¿verdad? No se arriesga. Un loco es otra cosa totalmente distinta. Hierde un ojo por algo que hacer, y luego quizás se aburre de modo que deja el otro. ¿Quién sabe lo que les pasa por la puta cabeza?

—Si es un psicópata, entonces no hay manera de cogerlo.

—Claro que no hay. ¿Nueve años más tarde estás buscando a un asesino sin motivo? Eso es buscar una aguja en un pajar cuando ni siquiera hay aguja. Pero eso está bien. Coge esto y juega con ello, y después de un tiempo, dile a London que debió ser un psicópata. Créeme, se alegrará de oírlo.

—¿Por qué?

—Porque eso es lo que pensaba hace nueve años, y se acostumbró a la idea. La aceptó. Ahora tiene miedo de que sea alguien que conoce y eso le vuelve loco, así que se lo investigarás todo y le dirás que todo está bien, el sol sigue saliendo por el este cada mañana y sigue en pie que a su hija la mató un puto Acto de Dios. Puede relajarse y volver a su vida. Habrá merecido el gasto.

—Probablemente tienes razón.

—Claro que tengo razón. Hasta te puedes ahorrar correr por ahí y te sientas sin hacer nada, durante una semana, y luego le dices lo que vas a acabar revelándole de todos modos. Pero no creo que vayas a hacer eso, ¿verdad?

—No, haré lo más que pueda.

—Me imaginaba que por lo menos actuarías por pura fórmula. ¿Qué pasa? Todavía eres un poli, ¿verdad, Matt?

—Supongo que sí. De alguna manera. Lo que quiera decir eso.

—No tienes nada fijo, ¿eh? ¿Simplemente tomas un trabajo como este cuando aparece?

—Sí.

—¿Alguna vez pensaste en volver?

—¿Al departamento? No muy a menudo. Y nunca muy seriamente.

Vaciló. Había preguntas que quería hacer, cosas que quería decirme, pero decidió dejarlas sin decir. Se lo agradecía. Se puso de pie y yo también. Le di las gracias por el tiempo y la información y dijo que un viejo amigo era un viejo amigo y era un placer poder ayudar a un amigo. Ninguno de los dos mencionamos los cien dólares que habían cambiado de mano. ¿Para qué? Él se puso contento de recibirlo y yo me alegré de dárselo. Un favor no sirve de nada si no lo pagas. De un modo u otro, siempre lo haces.

### 3

Había llovido un poco mientras estuve con Fitzroy. No llovía cuando volví a salir, pero no parecía que fuera a mantenerse el resto del día. Tomé una copa a la vuelta de la esquina, en la Tercera Avenida, y miré una parte del telediario. Mostraron un retrato robot del Acuchillador, el mismo dibujo estaba en la primera página del *Post*. Mostraba a un hombre negro de cara redonda con una barba arreglada y un gorro sobre la cabeza. Un loco entusiasmo brillaba en sus grandes ojos almendrados.

—Imagínate a ese acercándose a ti en la calle —dijo el camarero—. Ya te diré, hay muchos tíos sacando permisos de armas por esto. Estoy pensando en solicitar uno yo mismo.

Me acuerdo del día que dejé de llevar pistola. Fue el mismo día que entregué la placa. Pasé un período de sentirme terriblemente miserable sin ese hierro sobre la cadera, y ahora apenas podía acordarme de cómo me había sentido al ir armado al principio.

Terminé la copa y me marché. ¿Compraría el camarero una pistola? Probablemente no. Había más gente que hablaba de ello que la que lo hacía. Pero cada vez que aparece un loco adecuado saliendo en la prensa, un Acuchillador, un Merodeador del Piolet, un cierto número de personas saca permiso de armas y cierto número de otras compra pistolas ilegales. Entonces algunos de ellos se emborrachan y disparan a sus esposas. Ninguno de ellos parece acabar cogiendo al Acuchillador.

Caminé hacia las afueras, paré en un sitio italiano para cenar, entonces pasé un par de horas en la biblioteca central en la calle 42, dividiendo mi tiempo entre periódicos antiguos en microfilme y nuevos y viejos, guías telefónicas de la ciudad de Polk. Tomé unos apuntes, pero no muchos. Mayormente estaba intentando dejarme caer en el caso, dar unos pasos atrás en el tiempo.

Antes de salir de allí, ya estaba lloviendo. Tomé un taxi hasta Armstrong's, tomé una banqueta de la barra y me puse cómodo. Había gente con quien hablar y bourbon para beber, con bastante café para mantener a raya la fatiga. No tomé mucho, simplemente avanzaba sin esfuerzo, apañándome, matando el tiempo. Te sorprenderás de lo que una persona es capaz de pensar.

El día siguiente era viernes. Leí el periódico con el desayuno. No había habido ningún acuchillado la noche anterior, pero tampoco habían avanzado con el caso. En Ecuador, unos cientos de personas habían muerto en un terremoto. Parecía haber más de esos últimamente, o estaba más consciente de ellos.

Fui al banco, ingresé el talón de Charles London en mi cuenta de ahorros, saqué algo de dinero y puse un giro de quinientos dólares. Me dieron el sobre para acompañar el giro y lo escribí a la Sra. Anita Scudder en Syosset. Me quedé de pie en la caja durante unos minutos con el bolígrafo del banco en la mano, intentando pensar

en una nota para incluir, y acabé mandando el giro solo. Después de mandarlo, pensé en llamarla para decirle que había mandado el dinero, pero eso me pareció más trabajo que pensar en algo que poner en una nota.

No era un día malo. Las nubes escondían el sol, pero había trozos de azul arriba y el aire estaba denso. Paré en Armstrong's para pagar una cuenta y salí sin tomar nada. Era un poco temprano para la primera copa del día. Marché, iba caminando al este por una manzana larga hasta Columbus Circle y cogí un tren.

Fui en el D hasta Smith y Bergen y, cuando salí, hacía sol. Caminé un poco sin dirección durante un rato, intentando orientarme. El distrito 78, donde había trabajado durante una buena temporada, quedaba a sólo seis o siete manzanas al este, pero eso había sido hacía mucho tiempo y había pasado poco por Brooklyn desde entonces. Nada me parecía ni remotamente familiar. Estaba en una parte del municipio que hasta hace poco no tenía nombre. Ahora una parte de ella se llamaba Cobble Hill y, otro trozo, Boerum Hill y los dos estaban participando en la restauración de los edificios de piedra marrón con entusiasmo. Parece que los barrios no se quedan quietos en Nueva York. O respiran o se deterioran. La mayor parte de la ciudad parece estar derrumbándose. El sur del Bronx era manzana tras manzana edificios quemados, y en Brooklyn el mismo proceso estaba erosionando Bushwick y Brownsville.

Estas manzanas estaban en la dirección opuesta. Subí una calle y bajé otra y me encontré más consciente de los cambios. Había árboles en cada manzana, la mayoría plantados en los últimos años. Mientras algunos de los edificios de piedra marrón y casas de fachada de ladrillos estaban descuidados, la mayoría se mostraban recientemente pintados y arreglados. Las tiendas reflejaban los cambios que ocurrían. Una de dietética en la calle Smith, una tienda de ropa en la esquina de Warren y Bond, pequeños restaurantes modernos metidos por todas partes.

El edificio donde Barbara Ettinger había vivido y muerto estaba en la calle Wyckoff, entre Nevins y Bond. Era una casa de pisos, de cinco plantas con cuatro pequeños apartamentos en cada planta, y de esa manera había escapado. La reconversión ya había transformado muchos de los edificios de piedra marrón en las casas unifamiliares que habían sido originalmente. De todos modos, habían arreglado el edificio un poco. Me quedé de pie en el portal y comprobé los nombres en los buzones, comparándolos con los que había copiado de la guía de la ciudad antigua. De los veinte apartamentos, sólo seis tenían inquilinos que habían estado allí cuando ocurrió el asesinato.

Sólo que no puedes fiarte de los nombres en los buzones. La gente se casa y se divorcia y sus nombres no cambian. Un apartamento se subarrienda para que el dueño no suba la renta, y el nombre del antiguo inquilino fallecido queda en el contrato y en el buzón durante mucho tiempo. Un compañero viene para vivir, luego se queda cuando el inquilino original se marcha. No hay atajos. Tienes que llamar a todas las puertas.

Llamé a un timbre, me abrieron la puerta, subí a la penúltima planta y bajé preguntando. Es un poco más fácil cuando tienes una placa para mostrar, pero la actitud es más importante que la identificación y no podía perder la actitud aunque lo intentara. No le dije a nadie que era un poli, pero tampoco intenté prevenir que lo supusieran.

La primera persona con quien hablé era una madre joven en uno de los apartamentos de atrás de la última planta. Su bebé lloraba en la habitación de al lado mientras hablábamos. Había llegado hacía menos de un año, me dijo, y no sabía nada de un asesinato nueve años antes. Me preguntó con inquietud que si había ocurrido en ese mismo apartamento, y parecía a la vez aliviada y desilusionada al oír que no.

Una mujer eslava, las manos con manchas de color atigrado y torcidas por la artritis, me dio una taza de café en su apartamento exterior de la cuarta planta. Me sentó en el sofá y colocó su silla para verme a mí. Había estado situada de tal manera que pudiera ver la calle.

Había vivido en ese apartamento durante casi cuarenta años, me dijo. Hasta hacía cuatro años su marido había vivido allí, pero se había ido y ella estaba sola. La vecindad, dijo, estaba mejorando.

—Pero los viejos se están marchando. Sitios donde hacía la compra durante años han desaparecido, ¡y qué precio tiene todo! No me puedo creer los precios.

Se acordaba del asesinato del Piolet, aunque se sorprendió de que fuera hace nueve años. A ella no le parecía tanto tiempo. La mujer que habían asesinado era una mujer agradable, dijo.

—Sólo se mata a la gente agradable.

No parecía recordar mucho más de Barbara Ettinger que su amabilidad. No sabía si era especialmente amiga o no de los otros vecinos, si se llevaba bien o mal con su marido.

Me pregunté si se acordaba siquiera cómo era físicamente la mujer y deseé tener una foto de ella. Podía haberle pedido una a London si hubiera pensado en ello.

Otra mujer en la cuarta planta, una tal Sra. Wicker, era la única que pidió identificación. Le dije que no era policía, y dejó puesta la cadena de la puerta y me hablaba por una abertura de cinco centímetros, lo cual no me parecía irrazonable. Sólo llevaba unos pocos años en el edificio, sabía del asesinato y que recientemente habían prendido al Merodeador del Piolet, pero eso era el límite de su información.

—La gente deja entrar a cualquiera —dijo—. Tenemos un portero automático, pero la gente te abre la puerta sin determinar quién eres. La gente habla del crimen, pero nunca creen que les pueda pasar a ellos, y entonces les pasa. —Pensé en decirle lo fácil que sería romper su cadena con unas tenazas, pero decidí que su nivel de ansiedad era lo bastante grande ya.

Muchos inquilinos no estaban. En la tercera planta, la planta de Barbara Ettinger, no recibí ninguna respuesta de uno de los apartamentos de atrás, entonces me detuve un momento delante de la puerta de al lado. El ritmo de la música discotequera salía

de ella. Llamé y al cabo de un momento abrió la puerta un hombre de veintimuchos años. Tenía el pelo corto y un bigote, y no llevaba más que un par de pantalones cortos de gimnasia de rayas azules. Su cuerpo era musculoso, y su piel bronceada brillaba con una ligera capa de sudor.

Le dije mi nombre y que me gustaría hacerle unas preguntas.

Me llevó adentro, cerró la puerta, entonces me pasó y cruzó la habitación hasta la radio. Bajó el volumen, como a la mitad, lo paró brevemente y lo apagó por completo.

Había una alfombra en el centro del suelo de parqué sin moqueta. Una pesa grande y dos pequeñas reposaban en él, y una comba yacía enrollada en el suelo, al lado.

—Estaba haciendo ejercicios —dijo—. ¿No quieres sentarte? Esa silla es la cómoda. La otra está bien para visitar pero no querrías vivir allí.

Tomé la silla mientras él se sentó en la alfombra y cruzó las piernas al estilo sastre. Sus ojos se iluminaron de reconocimiento cuando empecé a hablar del asesinato en el 3-A.

—Me lo dijo Donald —dijo—. Sólo llevo un poco más de un año aquí, pero Donald se ha pasado un montón de tiempo. Ha visto a la vecindad hacerse verdaderamente *chic* alrededor. Afortunadamente, este edificio en particular retiene su horterismo esencial. A lo mejor necesitarás hablar con Donald, pero no volverá del trabajo hasta las seis o seis y media.

—¿Cómo es el apellido de Donald?

—Gilman —lo deletreó—. Y yo soy Rolfe Waggoner. Rolfe con «e». Ahora mismo estaba haciendo ejercicios, poco antes estaba leyendo sobre el Merodeador del Piolet. Por supuesto, no me acuerdo del caso. Estaba entonces en el colegio. Eso fue en casa, allá en Indiana (Muncie, Indiana), y eso está muy lejos de aquí. —Pensó durante un momento—. De más maneras que de una —dijo.

—¿Tenía amistad con los Ettinger el Sr. Gilman?

—Eso lo podría contestar mejor él que yo. Habéis cogido al hombre que lo hizo, ¿no? Leí que estuvo recluido en un hospital psiquiátrico durante años y nunca se supo que hubiera matado a alguien y entonces le dieron el alta y lo cogieron y confesó o algo así.

—Algo así.

—Y ahora queréis aseguraros de que tenéis un buen caso contra él. —Sonrió. Tenía una cara agradable y abierta y parecía estar muy relajado, sentado en la alfombra con sus pantalones cortos de gimnasia. Los hombres homosexuales eran mucho más defensivos, sobre todo con los polis—. Debe ser complicado investigar algo que pasó hace tantos años. ¿Has hablado con Judy? Judy Fairborn está en el apartamento donde vivían los Ettinger. Trabaja de noche, es camarera, así que estará en casa ahora, si no está en una audición o una clase de baile o haciendo la compra o, bueno, estará en caso de que no esté fuera, pero, eso siempre es así, ¿verdad? —

Sonrió de nuevo, mostrándome los dientes perfectamente formados—. Pero quizás ya has hablado con ella.

—Todavía no.

—Es nueva. Creo que llegó hace seis meses. ¿Querías hablar con ella, entonces?

—Sí.

Se desenrolló, se puso de pie ligeramente de un brinco.

—Te presentaré —dijo—. Déjame vestirme. No tardo nada.

Volvió a aparecer llevando vaqueros y una camisa de franela y zapatillas de correr sin calcetines. Cruzamos el pasillo y tocó en la puerta del apartamento 3-A. Hubo silencio, después oímos pasos y la voz de una mujer preguntando quién era.

—Sólo Rolfe —dijo—. En compañía de un policía que quisiera interrogarte, Srta. Fairborn.

—¿Qué? —dijo, y abrió la puerta.

Podía ser la hermana de Rolfe, con el mismo pelo castaño claro, las mismas facciones regulares, el mismo rostro abierto del medio oeste. Llevaba vaqueros también, un jersey y mocasines. Rolfe nos presentó y se apartó y nos hizo señas de entrar. No sabía nada de los Ettinger, y su conocimiento del asesinato se limitaba al hecho de que había ocurrido allí.

—Me alegro de que no lo supiera antes de mudarme —dijo—, porque puede que me hubiera dejado asustar y eso habría sido tonto, ¿verdad? Los apartamentos son tan difíciles de encontrar. ¿Quién puede permitirse el lujo de ser supersticioso?

—Nadie —dijo Rolfe—. No en este mercado.

Hablaron del Acuchillador de la Primera Avenida, y de una ola reciente de robos en el distrito, incluyendo uno hace una semana en la primera planta.

Pedí echarle un vistazo a la cocina. Estaba en camino cuando hice la pregunta. Creo que me habría acordado de la distribución, de todos modos, pero ya había estado en otros apartamentos de oficina y eran todos iguales.

Preguntó Judy:

—¿Es aquí donde ocurrió? ¿Aquí en la cocina?

—¿Dónde crees? —le preguntó Rolfe—. ¿En la habitación de dormir?

—Supongo que no pensé en ello.

—¿Ni siquiera te lo preguntaste? —sonó como reprensión.

—Quizás.

No escuché su conversación. Intenté recordar la habitación, intentaba borrar nueve años y estar allí de nuevo, de pie sobre el cuerpo de Barbara Ettinger. Entonces estaba cerca de la cocina, sus piernas extendidas al centro de la habitación pequeña. Su cabeza torcida hacia el salón de estar. Había linóleo en el suelo y ya no estaba, el suelo original de madera estaba restaurado y brillaba de poliuretano. Y la cocina parecía ser nueva, y habían quitado la escayola para exponer la pared interior de ladrillos. No estaba seguro de si los ladrillos estaban expuestos, tampoco podía saber cuánto de mi imagen mental era de verdad. La memoria es un animal cooperativo,

con ganas de contentar; lo que no puede facilitar, ocasionalmente lo inventa, dibujando cuidadosamente los espacios:

¿Por qué la cocina? La puerta daba al salón de estar, y lo había dejado entrar o bien porque lo conocía o a pesar del hecho de que no lo conocía, y entonces, ¿qué? ¿Sacó un piolet y ella intentó huir? ¿Se enganchó el tacón en el linóleo y fue rodando por el suelo, y entonces él se le echó encima con el piolet?

La cocina era la pieza del medio, que separaba el salón y la habitación de dormir. Quizás era un amante e iban camino de la cama cuando le sorprendió con unos centímetros de acero puntiagudo. ¿Pero no esperaría hasta llegar adonde iban?

Quizás tenía algo cocinando. Quizás le estaba haciendo un café. La cocina era demasiado pequeña para comer, pero más que suficiente para dos personas esperando a que el agua hirviera.

Entonces pondría una mano sobre la boca para tapar sus gritos y una cuchillada en el corazón para matarla. Luego, bastantes ataques con el piolet para hacerlo parecer obra del Merodeador del Piolet.

¿La había matado la primera herida? Recordaba gotas de sangre. Los cadáveres no sangran libremente, pero tampoco lo hacen la mayoría de las heridas punzantes. La autopsia había indicado que una herida en el corazón había sido más o menos instantáneamente fatal. Podía haber sido la primera herida infligida o la última, por todo lo que vi del informe del juez de primera instancia e instrucción.

Judy Fairborn llenó un hervidor, encendió la cocina con una cerilla de madera, e hizo tres tazas de café instantáneo cuando hirvió el agua. Me hubiera gustado bourbon en el mío, o en vez del mío, pero nadie lo sugirió. Llevamos las tazas al salón y entonces ella dijo:

—Parece como si hubiera visto un fantasma. No, me equivoco. Parece como si buscara uno.

—Quizás eso sea lo que estaba haciendo.

—No estoy seguro de si creo en ellos o no. Dicen que son más frecuentes en casos de muerte repentina, cuando la víctima no esperaba lo que pasó. La teoría es que el alma no se da cuenta de que murió, de modo que se queda por allí, esperando, porque no sabe que tiene que pasar al siguiente plano de existencia.

—Pensaba que caminaba por los pisos gritando en venganza —dijo Rolfe—, ¿sabes?, tirando de cadenas, haciendo crujir el piso.

—No, simplemente no suena bien. Lo que haces, es que alguien se liga al fantasma.

—No voy a meterme en eso —dijo Rolfe.

—Estoy orgullosa de ti. Sacar buenas notas por autodominio. Se llama así, ligar al fantasma. Es una especie de exorcismo. El experto en fantasmas, o como lo llames, comunica con el fantasma y le deja saber lo que ha pasado, y lo que tiene que pasar. Y entonces el espíritu puede ir a donde vayan los espíritus.

—¿De verdad que crees todo eso?

—No estoy segura de si creo en algo —dijo; descruzó las piernas y luego volvió a cruzarlas—. Si Barbara anda por el apartamento, se está autodominando mucho. Ningún crujido en el piso, ninguna aparición a medianoche.

—Un fantasma ordinario de pocas apariciones —dije.

—Tendré pesadillas esta noche —comentó ella—. Si es que duermo.

Toqué en todas las puertas en las dos plantas de abajo sin recibir mucha respuesta. Los inquilinos o no estaban, o no tenían nada de utilidad que decirme. El portero del edificio tenía un apartamento en el sótano, en un edificio parecido en la manzana siguiente, pero no creía necesario buscarlo. Sólo había trabajado allí durante unos meses y la vieja del apartamento exterior, en la cuarta planta, me había dicho que hubo cuatro o cinco porteros durante los últimos nueve años.

Cuando salí del edificio agradecí el aire fresco, me alegraba de estar en la calle de nuevo. Había sentido algo en la cocina de Judy Fairborn, aunque no llegaría a decir que fuera un fantasma. Pero era como si algo de hace años tirara de mí, intentando sugerirme.

Si era el pasado de Barbara Ettinger o el mío, era algo que no podía decir.

Paré en un bar en la esquina de Dean y Smith. Tenían sándwiches y un horno microondas para calentarlos, pero no tenía hambre. Tomé una copa rápida y sorbí un corto de cerveza para acompañarlo. El camarero estaba sentado en un taburete alto bebiendo una copa grande de lo que parecía vodka. Los otros dos clientes, hombres negros de mi edad, más o menos, estaban al fondo del bar mirando un concurso en la tele. De vez en cuando, uno de ellos hablaba con el televisor. Ojeé unas páginas de mi libreta, fui al teléfono y miré la guía de Brooklyn. La guardería donde había trabajado Barbara Ettinger no parecía estar funcionando. Busqué en las páginas amarillas a ver si había algo registrado bajo otro nombre en la misma dirección. No había.

La dirección era en la calle Clinton, y llevaba el suficiente tiempo fuera del barrio para tener que pedir orientaciones, pero una vez que lo hice, sólo resultó un paseo de unas pocas manzanas. Los límites de las vecindades en Brooklyn no suelen ser muy bien definidos —las necesidades a menudo son mayoritariamente la invención de corredores de fincas—, pero cuando crucé la calle Court estaban dejando Boerum Hill para Cobble Hill y el cambio no era difícil de apreciar. Cobble Hill era una clase más alta. Más árboles, un porcentaje más alto de brownstones, una mayor proporción de caras blancas en la calle.

Encontré el número que estaba buscando entre Pacific y Amity. No había ninguna guardería. El escaparate en la tienda de la planta baja ofrecía artículos para tejer y coser.

La propietaria, una mujer sensual y rellena con un incisivo de oro, no sabía nada

sobre una guardería. Había llegado hacía un año y medio, después de que un restaurante naturista hubiera fracasado.

—Comí allí una vez —dijo—, y merecían fracasar. Créame.

Me dio el nombre y número de teléfono del dueño. Intenté llamarle desde la esquina, pero comunicaba, así que fui caminando a la calle Court y subí un tramo de escaleras. Sólo había una persona en la oficina, un hombre joven con las mangas subidas y un cenicero redondo lleno de colillas, delante de él, encima de la mesa. Fumaba un pitillo tras otro mientras hablaba por teléfono. Las ventanas estaban cerradas y la habitación estaba tan llena de humo como un cabaré a las cuatro de la mañana.

Cuando colgó el teléfono, lo cogí antes de que pudiera volver a llamar. Su memoria volvía más lejos del restaurante vegetariano a una tienda de ropa infantil que también había fracasado en el mismo local.

—Ahora tenemos costura —dijo—, y si tuviera que decirlo, diría que ella se marchará dentro de otro año. ¿Cuánto puedes ganar vendiendo hilo? Lo que pasa es que alguien tiene un *hobby*, un interés, de modo que abre un negocio. Comida dietética, coser, lo que sea, pero no tienen ni puta idea de los negocios y al cabo de un año o dos están arruinados. Si ella rompe el contrato, dentro de un mes lo alquilamos por el doble de lo que paga ella. Es un mercado de alquiler en una vecindad de buen tono. —Alargó la mano para coger el teléfono—. Siento que no le pueda ayudar —dijo.

—Mire los archivos —dijo—.

Me dijo que tenía muchas cosas importantes que hacer, pero a la mitad de la frase cambió de una afirmación a un gimoteo. Me senté en una silla giratoria antigua de roble y le dejé revolver torpemente los archivos. Abrió y cerró una media docena de cajones antes de encontrar una carpeta y la arrojó encima de su despacho.

—Aquí está —dijo—. Horas Felices. Guardería. Menudo nombre, ¿verdad?

—¿Qué le pasa?

—Una hora feliz es un bar cuando las copas están a la mitad de precio. Un nombre terrible para poner a un sitio para niños, ¿no cree? —Negó con la cabeza—. Luego se preguntan por qué fracasaron en el negocio. A mí me parecía mal el nombre. La arrendataria era una tal Sra. Corwin. Janice Corwin. Cogió el sitio con un arrendamiento de cinco años, lo dejó al cabo de cuatro años. Dejó el local hace ocho años en marzo. —Eso había sido un año después de la muerte de Barbara Ettinger—. Dios, ves la renta y no puedes creer lo que estaba pagando. ¿Sabe cuánto estaba pagando?

Negué con la cabeza.

—Pues usted vio el sitio. Diga una suma. —La miré. Apagó un cigarrillo y encendió otro—. Uno y cuarto. Ciento veinticinco dólares al mes. Ahora se alquila a seis y subirá en el momento que se vaya la señora del bordado, o cuando acabe su contrato. Lo que venga primero.

—¿Tiene la nueva dirección de Corwin?

Negó con la cabeza.

—Tengo una dirección residencial. ¿La quiere? —Leyó un número en la calle Wyckoff. Quedaba a unos portales del edificio de los Ettinger. Apunté la dirección. Leyó un número de teléfono y lo apunté también.

Sonó el teléfono. Lo cogió, dijo «Hola», escuchó unos minutos, entonces habló en monosílabos.

—Escucha, tengo alguien aquí —dijo al cabo de un momento—. Te vuelvo a llamar dentro de un rato, ¿vale?

Colgó y me preguntó si había algo más. No podía pensar en otra cosa. Levantó la carpeta.

—Cuatro años tenía el sitio. Si llegas al año tienes una posibilidad. A los dos tienes buenas posibilidades. ¿Sabe cuál es el problema?

—¿Cuál?

—Mujeres —dijo—. Son *amateurs*. No tienen necesidad de hacerlo funcionar. Abren un negocio como prueban un vestido. Se lo quitan si no les gusta el color. Si eso es todo, tengo que hacer llamadas.

Le di las gracias por su ayuda.

—Escuche —dijo—, siempre coopero. Es mi naturaleza.

Marqué el número que me dio y contestó una mujer hablando en castellano. No sabía nada de alguien llamado Janice Corwin y no quedó bastante tiempo en la línea para preguntarle nada. Metí otra moneda de diez centavos y marqué de nuevo por si acaso había marcado mal la primera vez. Cuando contestó la mujer, colgué. Cuando desconectan un teléfono es aproximadamente un año antes de que vuelvan a asignar el número. Claro que la Sra. Corwin podía haber cambiado su número sin mudarse de dirección a la calle Wyckoff. La gente, sobre todo las mujeres, lo hacen bastante frecuentemente para quitarse de encima llamadas obscenas.

De todos modos, me figuraba que se había mudado. Me figuraba que todo el mundo había cambiado, fuera de Brooklyn, fuera de los cinco municipios, fuera del estado. Empecé a caminar hacia la calle Wyckoff de nuevo, me hice una media manzana, di la vuelta, seguí mis huellas, empecé a dar la vuelta de nuevo.

Me obligué a parar. Tenía una sensación angustiada en el pecho y el estómago. Me estaba culpando por perder el tiempo y empecé a preguntarme, en primer lugar, por qué había cogido el talón de London. Su hija llevaba nueve años en la tumba, y quien la mató a lo mejor había empezado una vida completamente nueva en Australia. Todo lo que estaba haciendo era girar mi maldito engranaje.

Me quedé allí de pie hasta que aflojó la intensidad de la sensación, sabiendo que no quería volver a la calle Wyckoff. Iría allí más tarde, cuando Donald Gilman regresara del trabajo, y podría comprobar la dirección de Corwin entonces. Hasta

entonces no podía pensar en nada que tuviera ganas de hacer con respecto al asesinato Ettinger. Pero había algo que podía hacer sobre la ansiedad.

Una cosa de Brooklyn; nunca tienes que caminar mucho antes de encontrar una iglesia. Están por todas partes del municipio. La que encontré estaba en la esquina de Court y Congress. La iglesia estaba cerrada y la verja con llave, pero un cartel me dirigía a la capilla de San Elisabeth Seton, justo a la vuelta de la esquina. Una portilla daba a una capilla de una planta metida entre la iglesia y la casa del cura. Caminé por un patio lleno de hiedra con una placa que proclamaba ser el lugar de entierro de Cornelius Heeney. No me molesté en leer quién era o por qué lo habían plantado allí. Caminé entre filas de estatuas blancas a la pequeña capilla. La única otra persona adentro era una irlandesa frágil de rodillas en un banco delantero. Tomé asiento hacia la parte de atrás.

Es difícil acordarme de cuándo empecé a haraganear en las iglesias. Empezó en algún momento después de dejar el cuerpo, en algún momento después de dejar la casa de Syosset y marcharme sin Anita y los chicos a un hotel en Oeste 57. Supongo que las encontraba como reductos de paz y tranquilidad, dos cosas que son difíciles de encontrar en Nueva York.

Me quedé en esta durante quince o veinte minutos. Era tranquila, y simplemente sentado allí, perdí algo de lo que había sentido antes.

Al marcharme, conté ciento cincuenta dólares y, saliendo, metí el dinero en el cepo marcado «para los pobres». Comencé a dar diezmos no mucho más tarde de que empezara a pasar ratos perdidos en las iglesias, y no sé por qué empecé o por qué nunca he parado de hacerlo. La pregunta no me atormenta demasiado. Hay infinidad de cosas que hago sin saber por qué.

No sé lo que hacen con el dinero. No me importa mucho. Charles London me había dado mil quinientos dólares, un acto que no parecía tener más sentido que el pasar una décima parte de esa suma a los pobres no especificados.

Había una estantería de velas votivas y paré a encender un par de ellas. Una para Barbara London Ettinger, que llevaba mucho tiempo muerta, si no tanto como el viejo Cornelius Heeney. Otra para Estrellita Rivera, una niña que llevaba casi tanto tiempo muerta como Barbara Ettinger.

No recé. Nunca lo hago.

Donald Gilman tenía doce o trece años más que su compañero de piso, y no creo que pasara tantas horas con los pesos y la comba. Su pelo, cuidadosamente peinado, era castaño rojizo, sus ojos azul frío, a través de las gafas de carey. Llevaba un pantalón de traje y una camisa blanca y corbata. La chaqueta del traje colgaba de la silla de la que Rolfe me había advertido. Rolfe había dicho que Gilman era abogado, de modo que no me sorprendió cuando me pidió mi identificación. Expliqué que había dimitido de la policía unos años atrás. Levantó una ceja al oír estas noticias y echó un vistazo a Rolfe.

—Estoy implicado en esto a petición del padre de Barbara Ettinger —seguí—. Me ha pedido que investigue.

—Pero ¿por qué? Han cogido al asesino, ¿no?

—Hay alguna duda sobre eso.

—¿Ah, sí?

Le dije que Louis Pinel tenía una coartada irrompible para el día del asesinato de Barbara Ettinger.

—Entonces la mató otra persona —dijo enseguida—. A no ser que resulte que la coartada carezca de fundamento. Eso explicaría el interés del padre, ¿no? A lo mejor sospecha... bueno, podría sospechar de cualquiera. ¿Espero que no se ofenda si le llamo para confirmar que está usted aquí como su emisario?

—Puede que sea difícil localizarlo. —Había guardado la tarjeta de London y la saqué de mi cartera—. A lo mejor ha dejado su oficina ya, y no creo que haya llegado a casa todavía. Vive solo, se murió su mujer hace un par de años, de modo que es probable que coma en restaurantes.

Gilman miró la tarjeta un momento, entonces la devolvió. Miré su cara y le pude ver decidirse.

—Bueno —dijo—. No veo ningún mal en hablar con usted, Sr. Scudder. No es como si supiera algo sustancioso. Todo fue hace bastantes años, ¿verdad? Mucho ha llovido desde entonces, o nevado, o lo que sea. —Se le iluminaron los ojos azules—. Hablando de líquido, generalmente tomamos una copa ahora. ¿Quiere acompañarnos?

—Gracias.

—Generalmente unos martinis. A no ser que prefiera otra cosa.

—Martinis me son un poco fuertes —dije—. Creo que debería quedarme con whisky. Bourbon, si lo tienen.

Por supuesto que sí. Tenían Wild Turkey, que es bastante mejor que lo que estoy acostumbrado a tomar, y Rolfe me dio cien o ciento cincuenta centilitros, en una copa antigua de cristal. Vertió ginebra Bombay en un jarro, añadió cubitos de hielo y una cucharada de vermú, dio vueltas suavemente y puso la mezcla en un par de copas idénticas a la mía. Donald Gilman levantó su copa y propuso un brindis al viernes, y bebimos por ello.

Acabé sentado donde Rolfe me había hecho sentar antes. Rolfe se sentó en la alfombra como antes, las rodillas cogidas y los brazos alrededor de ellas. Todavía llevaba los vaqueros y camisa que se había puesto para presentarme a Judy Fairborn. Sus pesos y comba estaban fuera de vista. Gilman se sentó en el borde de la silla incómoda y se inclinó hacia adelante, mirando hacia abajo dentro de su copa; entonces levantó la vista hacia mí.

—Estaba intentando acordarme del día que se murió —dijo—. Es difícil. No llegué a casa de la oficina aquel día. Tomé unas copas con alguien después del trabajo, luego cené fuera, y creo que fui a una fiesta en el Village. No tiene importancia. Lo relevante es que no llegué a casa hasta la mañana siguiente. Sabía lo que iba a encontrar cuando llegara porque había leído el periódico de la mañana mientras desayunaba. No, me equivoco. Me acuerdo que compré el *News* porque es más fácil de manejar en un tren, lo de dar la vuelta a las hojas y todo. El titular era Asesino de Piolet ataca en Brooklyn, o algo parecido. Creo que había habido un asesinato previo en Brooklyn.

—La cuarta víctima de Sheepshead Bay.

—Entonces pasé a la página tres, supongo que debió ser, y ahí estaba la historia. Ninguna fotografía, pero el nombre y la dirección, claro, y eso era inconfundible. —Puso la mano sobre el pecho—. Me acuerdo de cómo me sentía. Era increíblemente espantoso. No esperas que pase ese tipo de cosas a alguien que conoces. Y me hizo sentirme tan vulnerable a mí mismo, ¿sabe? Ocurrió en este edificio. Experimenté eso antes de darme cuenta del sentido de pérdida que nota uno ante la muerte de un amigo.

—¿Conocía bien a los Ettinger?

—Bastante bien. Era una pareja, claro, y la mayoría de su interacción social era con otras parejas. Pero estaban justo al otro lado del pasillo y les invitaba a tomar copas o café de vez en cuando, o me invitaban allí. Di una o dos fiestas a las cuales vinieron, pero no se quedaron mucho tiempo. Creo que estaban bastante cómodos con gente homosexual, pero no en exceso. Eso lo puedo entender. A uno no le gusta que se excedan en número de modo arrollador, ¿verdad? Es muy natural sentirse tímido.

—¿Eran felices?

La pregunta le volvió al tema de los Ettinger y frunció el entrecejo, ponderando su respuesta.

—Supongo que él es un sospechoso —dijo—. El esposo siempre lo es. ¿Lo ha conocido?

—No.

—¿Eran felices? La pregunta es inevitable, pero ¿quién la puede llegar a contestar? Parecían felices. La mayoría de las parejas lo parecen, y la mayoría de las parejas se rompen, y cuando lo hacen sus amigos están invariablemente sorprendidos porque parecían tan felices, maldita sea. —Terminó su copa—. Creo que eran bastante felices. Ella estaba esperando un niño cuando la mataron.

—Lo sé.

—No lo sabía yo. Sólo me enteré después de su muerte.

Dibujaba una pequeña circunferencia con la copa vacía, y Rolfe se puso de pie con garbo y rellenó la copa de Gilman. Mientras estaba de pie, me sirvió otro Wild Turkey. Sentía un poco el primero, así que el segundo me lo tomé con calma.

—Creía que les habría hecho más estables —dijo Gilman.

—¿El niño?

—Sí.

—¿Les hacía falta ser más estables?

Sorbió su martini.

—De *mortuis* y todo eso. Uno vacila en hablar francamente de los muertos. Había una inquietud en Barbara. Era una chica lista, ¿sabe? Muy atractiva, enérgica, salada. No me acuerdo a qué colegio fue, pero era un colegio bueno. Doug fue a Hofstra. Supongo que no hay nada de malo en Hofstra, pero es menos prestigioso que el alma mater de Barbara. No sé por qué no puedo recordarlo.

—Wellesley. —London me lo había dicho.

—Claro. Me habría acordado. Salí con una chica de Wellesley durante mi carrera en la universidad. A veces la autoaprobación se toma un poco de tiempo.

—¿Se casó mal?

—No diría eso. A la vista, se había criado en Westchester e iba a Wellesley; se casó con un asistente social que se crio en Queens y fue a Hofstra. Pero la mayor parte de eso es un mero asunto de etiquetas. —Sorbió ginebra—. Aunque puede que ella pensara que era demasiado buena para él.

—¿Se veía con otro hombre?

—Me hace unas preguntas muy directas, ¿verdad? No es difícil creer que fue policía. ¿Qué le hizo dejar el cuerpo?

—Motivos personales. ¿Tenía un amante?

—No hay cosa más baja que exponer a los muertos, ¿verdad? A veces les oía. Ella le acusaba de tener relaciones con mujeres que conocía en su trabajo. Era un asistente social y eso incluía visitar a mujeres solteras en sus apartamentos, y si uno está dispuesto para el sexo casual, desde luego la oportunidad está allí. No sé si se aprovechaba de ello, pero me resultaba el tipo de hombre que lo haría. Y tengo entendido que ella pensaba que lo hacía.

—¿Y ella tenía un amante para ajustar cuentas?

—¡Qué rápido es! Sí, creo que sí, pero no me pregunte con quién, porque no tengo ni idea. A veces no estaba en casa durante el día. No muy a menudo, pero de vez en cuando. Había veces cuando la oía subir las escaleras con un hombre, o pasaba delante de su puerta y oía la voz de un hombre. Tiene que entender que no soy un entrometido, así que nunca intenté echar una mirada rápida al misterioso, quien fuera. De hecho, no prestaba mucha atención al asunto.

—¿Recibía a este hombre durante el día?

—No puedo jurar que recibiera a nadie. Tal vez fuera el fontanero que vino a reparar un grifo que goteaba. Por favor, entienda eso. Sólo tenía la sensación de que podía estar viéndose con alguien, y sabía que había acusado a su marido de infidelidad, así que yo pensaba que podría estar devolviéndole otro tanto.

—Pero era durante el día. ¿No trabajaba de día?

—Ah, en la guardería. Tengo entendido que su horario era bastante flexible. Cogió el trabajo para hacer algo. Inquietud, otra vez. Era licenciada en Psicología y había estado haciendo el doctorado pero lo dejó, y ahora no estaba haciendo nada, de modo que empezó a ayudar en la guardería. No creo que le pagasen mucho y no creo que pusieran objeciones si tomaba una tarde libre de vez en cuando.

—¿Quiénes eran sus amigos?

—¡Dios! Conocí a gente en su apartamento, pero no me acuerdo de ninguno de ellos. Creo que la mayoría de sus amigos eran amigos de él. Había una mujer de la guardería, pero me temo que no recuerdo su nombre.

—Janice Corwin.

—¿Era ese? No me suena lo más mínimo. Vivía cerca. Justo al otro lado de la calle, si no me equivoco.

—No se equivoca. ¿Sabe si sigue allí?

—Ni idea. No me acuerdo de cuando la vi por última vez. No sé si la reconocería, de todos modos. Creo que la encontré una vez, pero puede ser que me acuerde porque Barbara hablaba de ella. ¿Dice que se llamaba Corwin?

—Janice Corwin.

—Ya no sigue la guardería. Cerró hace años.

—Lo sé.

La conversación no continuó mucho más. Tenían una cita para cenar y me había quedado sin preguntas que hacer. Y sentía las copas. Había terminado la segunda sin darme cuenta y estaba sorprendido cuando encontré la copa vacía. No me sentía borracho, pero tampoco sobrio, y la mente podía haber estado más clara. El aire fresco ayudó. Soplaban el viento. Me encorvé la espalda contra él y crucé la calle y bajé la manzana a la dirección que tenía de Janice Corwin. Resultó ser un edificio de ladrillos de cuatro plantas que hacía unos años alguien lo había comprado, echó a todos los inquilinos en cuanto caducaron sus contratos y lo había reconvertido en viviendas unifamiliares.

Según el propietario, cuyo nombre no me molesté en tomar, el proceso de conversión seguía todavía.

—Es el cuento de nunca acabar —dijo—. Todo es tres veces más difícil de lo que te imaginabas, tarda tres veces más y cuesta cinco veces más. Y esas son sumas conservadoras. ¿Sabe cuánto se tarda en quitar la pintura vieja de las jambas de las puertas? ¿Sabe cuántas puertas hay en una casa como esta?

No se acordaba de los inquilinos que había desahuciado. El nombre de Janice Corwin no le era familiar. Dijo que a lo mejor tenía una lista de los inquilinos en algún sitio, pero no sabía ni siquiera por dónde empezar a buscarla. Además, no tendría sus nuevas direcciones. Le dije que no se molestara en buscar.

Fui caminando a la avenida Atlantic. Entre las tiendas de antigüedades con sus muebles de roble, Victorianos, y las tiendas de plantas y los restaurantes del Oriente Medio logré encontrar una cafetería normal con una barra de formica y taburetes de cuero rojo. Quería una copa más que una comida, pero sabía que tendría problemas si no comía algo. Comí un filete Salisbury con puré de patatas y judías verdes y me obligué a comerlo todo. No estaba mal. Bebí dos tazas de café y al salir paré un momento a buscar Corwin en la guía telefónica. Había dos docenas de Corwin en Brooklyn, incluyendo un J. Corwin con una dirección que parecía estar en Bay Ridge o Bensonhurst. Marqué el número, pero no contestó nadie.

No había motivo para pensar que estuviera en Brooklyn. Ningún motivo para pensar que estaría registrada bajo su propio nombre, y desconocía el nombre de su marido.

No tenía sentido mirar en correos. No guardan cambios de domicilio más que un año, y el edificio en la calle Wyckoff había cambiado de mano hacía más tiempo. Pero habría maneras de localizar a los Corwin. Generalmente las hay.

Pagué la cuenta y dejé una propina. Según el camarero, el metro más cercano quedaba a un par de manzanas de la calle Fulton.

Me hallaba en un tren en dirección a Manhattan antes de darme cuenta de que ni siquiera me había molestado en acercarme hasta Bergen y Flatbush y echar un vistazo a la comisaría del distrito 78.

Por cualquier motivo, no se me había ocurrido.

Paré en recepción cuando llegué a mi hotel. Ningún correo, ningún mensaje. Arriba en mi habitación, rompí el sello de una botella de bourbon y eché unos dedos en un vaso. Me senté ahí un rato ojeando una edición rústica de Vida de Santos. Los martirios me tenían fascinado curiosamente. Habían encontrado una variedad tan rica de maneras de morir. Un par de días antes había habido un artículo en el periódico, un artículo satírico en las últimas páginas sobre un sospechoso detenido por un asesinato de hace un año de dos mujeres en su apartamento de Harlem este. Las víctimas, madre e hija, habían sido encontradas en su dormitorio, cada una con una bala detrás de la oreja. El reportaje dijo que la policía había seguido con el caso debido a la brutalidad poco común de los asesinatos. Ahora había detenido a alguien, un chico de 14 años. Tenía 13 años cuando las mujeres fueron asesinadas.

Según el último párrafo de la historia, cinco personas más habían sido asesinadas cerca o dentro del edificio de las víctimas en el mismo año desde su asesinato. No había ninguna indicación de que se hubieran resuelto esos cinco asesinatos, o de si se sospechaba del crío detenido.

Dejé mi mente salirse por la tangente. De vez en cuando dejaba el libro a un lado y me encontraba pensando en Barbara Ettinger. Donald Gilman había empezado a decir que su padre probablemente sospechaba de alguien, luego se paró y dejó el nombre sin decir.

El marido, a lo mejor. El esposo siempre es el primer sospechoso. Si Barbara no hubiera sido aparentemente una de una serie de víctimas, a Douglas Ettinger le habrían interrogado a fondo. Como pasó, había sido interrogado automáticamente por detectives de Midtown norte. Difícilmente podían haber hecho otra cosa. No era sólo el marido.

También era la persona que encontró el cadáver, hallándose este en la cocina al volver del trabajo.

Había leído un informe del interrogatorio. El hombre que lo llevaba ya había tomado por sentado que el asesinato era obra del Merodeador del Piolet, así que sus preguntas se concentraban en el horario de Barbara, en su propensión posible a abrir la puerta a extraños, en que si podía haber mencionado ella que alguien la seguía o se comportaba de un modo sospechoso. ¿Le habían molestado recientemente con llamadas telefónicas obscenas? ¿Gente que colgaba sin hablar? ¿Números equivocados, sospechosos?

El interrogatorio había asumido esencialmente la inocencia del sujeto, y la suposición ciertamente era bastante lógica entonces. Evidentemente, no había nada en la manera de portarse de Douglas Ettinger para levantar sospechas.

Intenté, no por primera vez, evocar un recuerdo de Ettinger. Me parecía que le tenía que haber conocido. Estuvimos en la escena antes de que en Midtown norte llegaran a quitarnos el caso, y tenía que haber estado por allí mientras yo estaba de

pie en esa cocina mirando el cadáver tumbado en el linóleo. Puede que le hubiera intentado ofrecer una palabra de consuelo, que formara alguna impresión, pero no me acordaba de él en absoluto.

Quizás había estado en el dormitorio cuando me hallaba hablando con otro detective o con uno de los policías que habían sido los primeros en ir a la escena. Quizás nunca le vi, o quizás habíamos hablado y me había olvidado de él por completo. Entonces ya habían pasado unos cuantos años viendo un gran número de recientemente afligidos por la muerte de alguien. No podían destacar todos en el almacén desordenado de mi memoria.

Bueno, la vería pronto. Mi cliente no había dicho de quién sospechaba, y no se lo había preguntado, pero tenía sentido que el marido de Barbara era el primero de la lista. A London no le preocuparía mucho la posibilidad de que hubiera muerto en las manos de alguien que ni siquiera conocía él, algún amigo o amante que no le significaba nada. Pero que la hubiera matado su propio marido, un hombre que London conocía, un hombre que había estado presente años más tarde en el entierro de la mujer de London...

Hay un teléfono en mi habitación, pero las llamadas pasan por una centralita, y es una lata hacerlas así, aunque no me importa si escucha el operador. Bajé al vestíbulo y marqué el número de mi cliente en Hastings. Contestó a la tercera señal.

—Scudder —dije—. Me sería útil una foto de su hija. Cualquier cosa, con que tenga un buen parecido.

—Saqué fotografías para llenar álbumes. Pero la mayoría eran de Barbara de niña. Querrá una fotografía de las últimas, me imagino.

—Tan reciente como sea posible. ¿Qué tal una foto de la boda?

—Ah —dijo—, claro. Hay una foto de los dos, está en un marco de plata encima de una mesa, en el salón. Supongo que podría hacer una copia. ¿Quiere que haga eso?

—Si no es mucha molestia.

Me preguntó si debería mandarla por correo y sugerí que la llevara a su oficina el lunes. Dije que llamaría y que nos pondríamos de acuerdo para cogerla. Me preguntó si había tenido la oportunidad de empezar la investigación todavía y le dije que había pasado el día en Brooklyn. Le dije un par de nombres —Donald Gilman, Janice Corwin—, ninguno de los dos le significaba nada. Preguntó como tanteo, si tenía alguna pista.

—Es una pista bastante fría —dije.

Colgué sin preguntarle de quién sospechaba. Me sentía inquieto y di la vuelta a la esquina hasta Armstrong's. En el camino deseaba haber tomado tiempo para volver a mi habitación por mi abrigo. Hacía más frío, y el viento cortaba.

Me senté en la barra con dos enfermeras de Roosevelt. Una de ellas, Terry, estaba acabando su tercera semana en pediatría.

—Pensaba que me gustaría el turno —dijo—, pero no lo aguanto. Niños pequeños; es tanto peor cuando pierdes uno. Algunos de ellos son tan valientes que te

rompe el corazón. No puedo con él, de verdad que no puedo.

La imagen de Estrellita Rivera relampagueó en mi mente y desapareció. No intentaba mantenerla. La otra enfermera, copa en mano, estaba diciendo que a fin de cuentas pensaba que prefería Sambucca a Amaretto. O, quizás, era al revés.

Me acosté temprano.

Aunque no podía acordarme de haber conocido a Douglas Ettinger, tenía una imagen de él en la mente. Alto y huesudo, pelo oscuro, piel pálida, muñecas nudosas, facciones lincolnescas. Una nuez prominente. Me desperté el sábado por la mañana con su imagen firmemente en la mente, como si hubiera sido imprimida ahí en un sueño olvidado. Después de un desayuno rápido, bajé a la estación de Penn y cogí un tren local de Long Island Railroad hasta Hicksville. Una llamada telefónica a su casa en Mineola había establecido que Ettinger trabajaba en la tienda de Hicksville, y resultó ser un viaje de 2,25 dólares en taxi desde la estación.

En un pasillo revestido de equipos para *squash* y juegos de raqueta pregunté a un asistente si estaba el señor Ettinger.

—Soy Doug Ettinger —dijo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Mediría un metro setenta y tres, y pesaría sus buenos setenta y siete kilos. Pelo castaño claro de rizos profusos y mechas rojas. Las mejillas gorditas y ojos marrones vivos como de ardilla. Dientes grandes y blancos, con los incisivos de arriba ligeramente saliendo, fiel a la imagen de ardilla. No me parecía remotamente familiar, tampoco se parecía en absoluto a la caricatura que había imaginado para interpretar su papel.

—Me llamo Scudder —dije—. Me gustaría hablar con usted en privado, si no le importa. Es sobre su esposa.

Su cara abierta cobró un aspecto alerta.

—¿Karen? —dijo—. ¿Qué de ella?

—Su primera esposa.

—Ah, Barbara —dijo—. Me tenía preocupado un momento con el tono serio y todo, y el querer hablar conmigo de mi esposa. No sé qué pensé. ¿Es usted del Departamento de Policía de Nueva York? Pues podemos hablar en la oficina.

El suyo era el más pequeño de dos despachos en la oficina. Facturas y correspondencia estaban colocadas en montones ordenados unos encima de otros. Un cubo Lucite de fotos tenía una mujer y varios niños pequeños. Me vio mirarlo y dijo:

—Esa es Karen y los niños.

Cogí el cubo, miré a la joven mujer con el pelo rubio, corto y una sonrisa alegre. Posaba al lado de un coche con una extensión de césped detrás de ella. El efecto total era el de clase acomodada.

Volví a su sitio el cubo de fotos y cogí la silla que Ettinger indicó. Se sentó detrás de la mesa, encendió un cigarrillo con un mechero de gas de usar y tirar. Suponía que Pinel estaba mintiendo, o por un fallo de memoria o por algún motivo loco. Cuando expliqué que la coartada del Merodeador había sido confirmada no parecía estar impresionado.

—Han sido años —dijo—. La gente puede mezclar las fechas y nunca sabes lo exactos que son los archivos. Es probable que lo haya hecho él. No le tomaría la

palabra de que no.

—La coartada parecía firme.

Ettinger se encogió de hombros.

—Usted sería mejor juez de eso que yo. De todos modos, me sorprende que ustedes hayan abierto el caso de nuevo. ¿Qué quieren lograr después de todo este tiempo?

—No estoy en la policía, Sr. Ettinger.

—Pensé que había dicho...

—No me molesté en corregir su impresión. Estuve en el departamento. Ahora soy privado.

—¿Trabaja para alguien?

—Para su suegro anterior.

—¿Lo contrató Charlie London? —Frunció el entrecejo, asimilándolo—. Pues, supongo que tiene el privilegio. No va a traer a Barbie, pero supongo que tiene derecho a sentir que está haciendo algo. Me acuerdo que hablaba de ofrecer una recompensa después de su asesinato. No sé si llegó a hacerlo, o no.

—No creo.

—Así que ahora quiere gastar unos dólares para encontrar al verdadero asesino. Pues, ¿por qué no? No tiene mucho desde que se murió Helen. Su mujer, la madre de Barbie.

—Ya lo sé.

—Quizás le vendrá bien tener un interés en algo. No es que el trabajo no lo mantenga ocupado, pero, pues... —Quitó la ceniza de su cigarrillo con un movimiento rápido—. No sé qué ayuda le puedo dar, Sr. Scudder, pero haga todas las preguntas que quiera.

Pregunté sobre los contactos sociales de Barbara, sus relaciones con la gente del edificio. Pregunté sobre su trabajo en la guardería. Se acordaba de Janice Corwin, pero no podía darme el nombre de su marido.

—El trabajo no era importante —dijo—. Básicamente, era algo para sacarla de casa, darle un foco para su energía. Ah, el dinero ayudaba. Yo llevaba un maletín del Departamento de Asistencia Social, lo cual no era exactamente el camino de la riqueza. Pero el trabajo de Barbie era temporal. Lo iba a dejar y quedarse en casa con el niño.

Abrió la puerta. Un asistente adolescente entraba en la oficina, entonces paró y se quedó de pie, incómodo.

—Estaré en unos minutos, Sandy —le dijo Ettinger—. Estoy ocupado ahora mismo.

El chico se fue, cerrando la puerta.

—Los sábados siempre son días ajetreados para nosotros —dijo Ettinger—. No quiero apresurarle, pero me necesitan ahí fuera.

Le hice unas preguntas más. Su memoria no era muy buena, y entendía por qué.

Se había roto una vida y había tenido que crear una nueva, y era más fácil de hacer si meditaba lo menos posible en la primera. No hubo niños de esa primera unión para atarle con relaciones con los de la familia política. Podía dejar su matrimonio con Barbara en Brooklyn, junto con sus archivos de asistente y todos los años de esa vida. Ahora vivía en las afueras y conducía un coche y cuidaba un césped y vivía con sus niños y su esposa rubia. ¿Para qué seguir acordándose de un apartamento en Boerum Hill?

—Es curioso —dijo—. No puedo ni empezar a pensar en alguien que conociéramos que pueda ser capaz de... hacer lo que hicieron a Barbie. Pero otra cosa que nunca pude creer era que dejara entrar a un extraño en el apartamento.

—¿Era cuidadosa sobre ese tipo de cosas?

—Siempre estaba en guardia. La calle Wyckoff no era el tipo de vecindad donde ella se crio, aunque la encontraba bastante acogedora. Por supuesto que no íbamos a quedarnos allí para siempre. —Su mirada pasó rápidamente al cubo de fotos, como si viera a Barbara de pie al lado del coche y delante del césped—. Pero se asustó con los otros asesinatos del Piolet.

—¿Sí?

—No al principio, sino cuando mató a la mujer en Sheepshead Bay, eso fue lo que la empezó a afectar. Porque era la primera vez que atacó en Brooklyn, ¿sabe? La espantó un poco.

—¿Por la situación? Sheepshead Bay queda lejos de Boerum Hill.

—Pero era Brooklyn. Y había otra cosa, creo, porque me acuerdo que se identificaba bastante con la mujer que fue asesinada. Debía haber sabido por qué, pero no me acuerdo. De todos modos, se puso nerviosa. Me dijo que tenía la sensación de que la estaban vigilando.

—¿Eso lo mencionó usted a la policía?

—No creo. —Bajó la mirada, encendió otro cigarrillo—. Estoy seguro de que no. Entonces pensaba que era parte de estar embarazada. Como los antojos por comidas extrañas. —Sus ojos se levantaron para encontrarse con los míos—. Además no quería pensar en ello. Sólo un día o dos antes del asesinato hablaba de que quería que yo le comprara una cerradura de seguridad para la puerta. ¿Sabe? Esas cerraduras con una barra de acero reforzado contra la puerta para que no se pueda romper.

Asentí con la cabeza.

—Pues, no compramos una cerradura como esa. No es que hubiera importado, porque no forzaron la puerta. Me preguntaba por qué dejaría entrar a alguien, tan nerviosa como era. Pero era de día, al fin y al cabo, y la gente no sospecha durante el día. Un hombre podría fingir ser fontanero o de una compañía de gas o algo. ¿No es así como funcionaba el Estrangulador de Boston?

—Creo que era algo así.

—Pero si realmente era alguien que conocía...

—Hay unas preguntas que tengo que hacer.

—Siga.

—¿Es posible que su mujer tuviera relaciones con alguien?

—Relaciones con...; ¿quiere decir si tenía un amante?

—Ese tipo de cosas.

—Estaba embarazada —dijo, como si eso contestara la pregunta. Cuando no dije nada, continuó—: Éramos felices juntos. Estoy seguro de que no estaba viéndose con nadie.

—¿Tenía invitados a menudo cuando usted no estaba en casa?

—Puede que invitara a alguna amiga. No la controlaba. Confiábamos uno en el otro.

—Dejó su trabajo temprano aquel día.

—Eso lo hacía a veces. Tenía una relación acomodaticia con la mujer para quien trabajaba.

—Dijo usted que confiaban mutuamente. ¿Ella confiaba en usted?

—¿Adónde quiere llegar?

—¿Le acusó alguna vez de tener relaciones con otras mujeres?

—¡Por Dios! ¿Con quién ha estado hablando? Ah, ya sé de dónde viene esto. Claro. Tuvimos un par de discusiones que alguien debió haber oído.

—¿Sí?

—Ya le dije que las mujeres tienen ideas extrañas cuando están embarazadas. Como antojos de comida. A Barbie se le metió en la cabeza que estaba acostándose con algunas de mis casos. Yo me arrastraba por las avenidas de Harlem y el Bronx del sur, relleno de impresos e intentando no vomitar con los olores, y esquivando la mierda que te tiran de los tejados, y ella me acusaba de acostarme con todas esas damas en apuros. Llegué a pensar en ello como una neurosis del embarazo. No soy el tipo señor irresistible en primer lugar y me disgustaba tanto lo que veía en esas pocilgas que a veces tenía problemas para actuar en casa, cuanto menos excitarme mientras trabajaba. No hace falta decirle el tipo de cosas que veía cada día.

—¿Así que no tenía una amante?

—¿No es lo que acabo de decir?

—¿Y no salía con nadie más? ¿Una mujer del barrio, por ejemplo?

—Por supuesto que no. ¿Le ha dicho alguien que lo hacía?

Ignoré la pregunta.

—Volvió a casarse unos tres años después de morir su esposa, Sr. Ettinger. ¿Verdad?

—Un poco menos de tres años.

—¿Cuándo conoció a su presente esposa?

—Como un año antes de casarme con ella. Quizás un poco más que eso, catorce meses. Era la primavera, y nos casamos en junio.

—¿Cómo se conocieron?

—Amigos mutuos. Estábamos en una fiesta, aunque no nos prestamos atención

entonces, y luego un amigo mío nos invitó a los dos a cenar en su casa, y... —Paró de repente—. No era uno de mis casos de asistencia social en el Bronx del sur, si es a dónde quiere llegar. Y nunca vivió en Brooklyn, tampoco. ¡Dios, qué estúpido soy!

—Señor Ettinger...

—Soy un sospechoso, ¿verdad? ¡Dios!, ¿cómo podría sentarme aquí y que no se me ocurriera? Soy un sospechoso, ¡por el amor de Dios!

—Hay una rutina que tengo que seguir para continuar con la investigación, Sr. Ettinger.

—¿Cree él que lo hice? ¿London? ¿Se trata de eso?

—El señor London no me ha dicho de quién sospecha o de quién no. Si tiene algunas sospechas específicas, las guarda.

—Pues, qué bueno es —se pasó la mano por la frente—. ¿Hemos terminado ya, Sr. Scudder? Le dije que los sábados estamos muy ocupados. Tenemos gente que trabaja duro durante toda la semana, y el sábado es cuando quieren pensar en el deporte. Así que si he contestado a todas sus preguntas...

—Llegó usted a casa sobre las seis y media el día que su mujer fue asesinada.

—Parece correcto. Estoy seguro de que está en un informe de la policía en algún lugar.

—¿Puede informar sobre su tiempo aquella tarde?

Me miró fijamente.

—Estamos hablando de algo que pasó hace nueve años —dijo—. No puedo distinguir un día de llamar puertas de otro.

—¿Se acuerda usted de lo que hizo aquella tarde?

—No, pero era un día menos significativo en la vida mía.

—Se acordaría si tomara algún tiempo del trabajo.

—No lo tomé. Pasé el día entero trabajando en mis casos. Y era la hora que dije que era cuando llegué a Brooklyn. Las seis y media me parece correcto. —Limpió la frente de nuevo—. Pero no me puede pedir que pruebe algo de esto, ¿no? Probablemente hice un informe, pero sólo guardan esas cosas unos pocos años. No me acuerdo si son tres o cinco años, pero desde luego no son nueve años. Se limpian los archivos regularmente.

—No estoy pidiendo pruebas.

—No la maté, ¡por el amor de Dios! Míreme. ¿Tengo aspecto de asesino?

—No sé cómo son los asesinos. Sólo el otro día estaba leyendo sobre un chico de trece años que disparaba a mujeres detrás de la oreja. No sé qué aspecto tiene él, y no me imagino que se parezca a un asesino. —Saqué una libreta vacía de su mesa, escribí un número encima—. Este es mi hotel —dijo—. Puede que piense en algo. Nunca sabe lo que puede recordar.

—No quiero acordarme de nada.

Me puse de pie. Él también.

—Eso ya no es mi vida —dijo—. Vivo en las afueras y vendo esquíes y camisas

de deporte. Fui al entierro de Helen porque no pude pensar en una manera decente de evitarlo. Debería no haber ido. Yo...

—Tranquilícese, Ettinger —dije—. Está enfadado y está asustado, pero no tiene por qué estar de ninguna de las dos maneras. Claro que es un sospechoso. ¿Quién investigaría el asesinato de una mujer sin investigar al marido? ¿Cuándo fue la última vez que oyó de una investigación así? —Puse una mano en su hombro—. Alguien la mató —dije—, y puede que fuera alguien que conociera. A lo mejor no podré enterarme de mucho, pero lo estoy haciendo lo mejor que puedo. Si se le ocurre algo, llámeme. Eso es todo.

—Tiene razón —dijo—. Me enfadé. Yo...

Le dije que lo olvidara. Encontré la salida solo.

Leí el periódico en el viaje en tren a la ciudad. Había una crónica que hablaba del aumento de ataques en la calle y sugirió maneras para el lector de hacerse un blanco menos atractivo. Caminar en pareja o en grupos, aconsejó el reportero. Mantenerse en calles bien iluminadas. Caminar cerca del bordillo, no cerca de los edificios. Moverse rápido y dar la impresión de estar alerta. Evitar confrontaciones. Los atracadores quieren probar a ver si será fácil. Te preguntan la hora, te piden direcciones. No les dejes aprovecharse de ti.

Es maravilloso cómo la calidad de la vida urbana se mejora constantemente. «Perdóneme, señor, ¿pero me puede decir cómo llegar al Empire State Building?» «Vete a tomar por el culo, gilipollas». Modales para una ciudad moderna.

El tren tardó una infinidad. Siempre resultaba un poco extraño ir a Long Island. Hicksville no quedaba nada cerca de donde vivían Anita y los chicos, pero Long Island es Long Island y tenía la sensación vagamente incómoda que tengo siempre cuando voy allí. Me alegraba de llegar a la estación de Penn.

Para entonces era hora de tomar una copa, y tomé una rápida en un bar de gente que viaja a diario al trabajo allí, justo en la estación. Puede que los sábados sean días ocupados para Douglas Ettinger, pero este era lento para el camarero de Iron Horse. Todos sus clientes debían estar allá en Hicksville comprando tiendas de campaña de *boy-scouts* y zapatillas de béisbol.

Cuando salí a la calle, el sol brillaba. Crucé la 34, luego subí la Quinta a la biblioteca. Nadie me preguntó la hora, o cómo llegar a Holland Tunnel.

Antes de entrar en la biblioteca paré en un teléfono público y llamé a Lynn London. Su padre me había dado su número y miré en mi libreta y lo marqué. Contestó un contestador automático con un mensaje que empezó por repetir los cuatro últimos dígitos del número, anunció que nadie podía coger el teléfono, y me invitó a dejar mi nombre. La voz era femenina, muy precisa, un poquito nasal, y supuse que era de la hermana de Barbara. Colgué sin dejar ningún mensaje.

En la biblioteca saqué la misma guía Polk para Brooklyn que había usado antes. Esta vez busqué otro edificio en la calle Wyckoff. Entonces tenía cuatro apartamentos, y uno de ellos lo alquilaban el señor y la señora Edward Corwin.

Me dio una manera de pasar la tarde. En un bar en la 41 y Madison pedí un café y una copa de bourbon para mezclar y cambié un dólar por monedas de 10 centavos. Empecé con la guía de Manhattan, donde encontré Edward Corwin, un E. Corwin, un E. J. Corwin y un E. V. Corwin. Cuando ninguno de ellos dio resultados usé Información, pidiendo las listas en Brooklyn primero, luego Queens, el Bronx y Staten Island. Algunos de los números que marqué comunicaban, y tuve que intentarlo cuatro o cinco veces antes de hablar. Otros no contestaron.

Acabé cogiendo más monedas de 10 centavos e intentando todos los J. Corwin en los cinco municipios. En algún punto de todo esto tomé una segunda taza de café con

una segunda copa de bourbon. Usé un número considerable de monedas. Sin llegar a ningún sitio perceptible, pero la mayoría del trabajo investigativo es así. Si hociquea bastante, hasta una cerda ciega encuentra una bellota de vez en cuando. Según me dicen.

Antes de salir del bar, dos terceras partes de los números de teléfono estaban marcados indicando que había hablado con ellos, y él o ella no era el Corwin que estaba buscando.

Ya llamaría a los otros con tiempo si lo tuviera que hacer, pero no me sentía muy optimista al respecto. Janice Corwin había cerrado un negocio y dejado un apartamento. Podía ser que se hubiera mudado a Seattle incluso. O ella y su marido podrían estar en algún lugar en Westchester o Jersey o Connecticut o allá en Hicksville mirando los precios de raquetas de tenis. El camino más corto en las páginas blancas o en las amarillas puede no serlo tanto.

Volví a la biblioteca. Sabía cuándo había cerrado la Guardería Horas Felices; eso había aprendido de su dueño. ¿Se habían ella y su marido mudado de Boerum Hill al mismo tiempo, más o menos?

Busqué año por año en las guías Polk y encontré el año en que los Corwin dejaron el edificio de ladrillos en la calle Wyckoff.

El momento era el más propicio. Probablemente se había cerrado la guardería como preludio de mudanza. Quizás se marcharon a las afueras, o su compañía le trasladó a Atlanta. O se separaron y cada uno iba por su camino.

Devolví la guía a su sitio, entonces me vino una idea inteligente por una vez y volví a cogerla. Había tres inquilinos más que habían quedado allí durante unos años después de marcharse los Corwin. Copié sus nombres en mi libreta.

Esta vez hice mis llamadas desde un bar en la calle 42; pasé de la guía de Manhattan y fui directamente a información de Brooklyn. Tuve suerte enseguida con los Gordon Pomerance, que habían quedado en Brooklyn cuando se vendió el edificio en la calle Wyckoff debajo de sus narices. Se habían mudado una mil a corta hasta la calle Carroll.

La señora Pomerance contestó al teléfono. Di mi nombre y dije que estaba intentando ponerme en contacto con los Corwin. Sabía enseguida de quién hablaba, pero no tenía ni idea de cómo podía contactar con ellos.

—No mantuvimos relaciones. Era un chico agradable, Eddie, y solía traer a los niños a nuestra casa para cenar cuando ella se marchó, pero luego cuando él se marchó perdimos el contacto. Han sido tantos años. Estoy segura de que teníamos su dirección, pero ni me acuerdo a qué ciudad se mudó. Era a California, creo que California del Sur.

—¿Pero ella se fue primero?

—¿No sabía eso? Ella le dejó, le dejó abandonado con dos críos. Cerró el comose-llame, la guardería, y acto seguido él tuvo que buscar una guardería para sus propios hijos. Lo siento, pero no puedo imaginar a una mujer dejando a sus propios

niños.

—¿Sabe adónde puede haber ido ella?

—Greenwich Village, supongo. Para seguir su arte. Entre otras cosas.

—¿Su arte?

—Se las echaba de escultora. Nunca vi su trabajo, así que, por lo que yo se, puede ser que tuviera algo de talento. Aunque me sorprendería que lo tuviera. Era una mujer que lo tenía todo: un apartamento bonito, un marido que era un chico estupendo, dos niños guapísimos, y hasta tenía un negocio que no iba mal. Y lo dejó, le dio la espalda a todo y se marchó.

Probé suerte.

—¿Conocía a una amiga suya llamada Barbara Ettinger, por casualidad?

—No la conocía muy bien. ¿Cómo se llamaba? ¿Ettinger? ¿Por qué me es familiar ese nombre?

—Una Barbara Ettinger fue asesinada en la misma manzana donde vivía usted.

—Poco antes de llegar nosotros. Claro. Ahora me acuerdo. Nunca la conocí, naturalmente, porque como dije era justo antes de llegar nosotros. ¿Era una amiga de los Corwin?

—Trabajaba para la señora Corwin.

—¿Fue así?

—¿Cómo?

—Se hablaba mucho del asesinato. Me ponía nerviosa la idea de mudarnos allí. Mi marido y yo nos decíamos que no teníamos por qué preocuparnos del rayo cayendo dos veces en el mismo sitio, pero, en el fondo, yo todavía estaba preocupada. Entonces esos asesinatos pasaron de repente, ¿no?

—Sí. ¿Nunca conoció a los Ettinger?

—No, se lo he dicho.

Una artista en Greenwich Village. Una escultora. De los J. Corwin con quien no pude hablar, ¿alguna vivía en el Village? No lo creía.

—¿Se acordaría del nombre de soltera de la señora Corwin, por casualidad? —le pregunté.

—¿Acordarme? No creo que lo supiera, en primer lugar. ¿Por qué?

—Estaba pensando que podría haberlo reanudado si persigue una carrera artística.

—Estoy segura de que lo hizo. Carrera artística o no, quería volver a usar su propio nombre. Pero no le podría decir cuál era.

—Claro que podría haber vuelto a casarse ya...

—Ah, no contaría con ello.

—¿Cómo ha dicho?

—No creo que se haya vuelto a casar —dijo la señora Pomerance.

Había una agudez en su tono y me preguntaba lo que era. Le pregunté lo que le hizo decir eso.

—Póngalo así —dijo—. Escultora o no, es probable que viva en Greenwich

Village.

—No entiendo.

—¿No? —Chasqueó la lengua, impaciente con mi estupidez—. Dejó a su marido y dos niños, pero no para ir con otro hombre. Los dejó por otra mujer.

El nombre de soltera de Janice Corwin era Keane. Tardé un viaje en el metro hasta la calle Chambers y un par de horas en varias oficinas del Departamento de Archivos y Servicios de Información en conseguir esta joya de información. La mayoría del tiempo se gastó en conseguir permiso. Una y otra vez necesitaba el permiso de alguien que no venía a trabajar los sábados.

Primero intenté licencias de matrimonio, y cuando eso no dio resultados probé mi suerte con partidas de nacimiento. La señora Pomerance había sido un poco vaga con los nombres y edades de los niños de los Corwin, pero estaba bastante segura de que la más joven era Kelly y que tenía cinco o seis años cuando se marchó su madre. Resultó que tenía siete; ahora tendría quince. Su padre era Edward Francis Corwin, su madre la antigua Janice Elizabeth Keane.

Escribí el nombre en mi libreta con una sensación de triunfo. No creo que hubiera mucha probabilidad de olvidarme de ello, pero «como símbolo de hazaña». No podía probar que estuviera ni un centímetro más cerca del asesinato de Barbara Ettinger de lo que había estado cuando Charles London se sentó al otro lado de mi mesa en Armstrong's, pero había comenzado a descubrir algo y me hacía sentirme bien. Era trabajo tedioso, en general, trabajo sin sentido, pero me permitía usar los músculos que no usaba mucho y se estremecían del esfuerzo.

A un par de manzanas de allí encontré un Blarney Stone tras una masa de humo. Tomé un sándwich de *pastrami* caliente y bebí una cerveza o dos con él. Había un televisor grande encima de la barra. Estaba puesto en uno de esos programas de antología de deportes que tienen los sábados por la tarde. Un par de tíos estaba haciendo algo con troncos en un río que corría muy rápido. Montados, creo. Nadie en el lugar prestaba atención a sus esfuerzos. Antes de terminar mi sándwich los tíos de los troncos habían terminado y una carrera de coches viejos los había reemplazado. Nadie prestaba atención a los coches, tampoco.

Llamé a Lynn London otra vez. Esta vez, cuando contestó su contestador automático esperé la señal y dejé mi nombre y número. Entonces, miré en la guía telefónica.

Ninguna Janice Keane en Manhattan. Una media docena de Keane con la inicial J. Muchas otras variaciones del nombre: Keene, Keen, Kean. Pensé en ese antiguo programa de radio «Sr. Keene, buscador de personas desaparecidas». No me acordaba de cómo lo deletreaba.

Intenté todos los J. Keane. Dos no contestaron, una señal de comunicando persistente, y tres personas que negaron conocer a una Janice Keane. La señal de comunicando venía de la calle 73 este y decidí que no era una dirección para una escultora lesbiana de Boerum Hill. Marqué información, todo preparado para volver a

repetir mi número para los otros cuatro municipios, pero algo me hizo pensar.

Estaba en Manhattan. Maldita sea, sabía que estaba en Manhattan.

Pedí el número de una Janice Keane en Manhattan, deletreé el apellido, esperé un minuto, y me dijo que la única persona en Manhattan bajo ese nombre y deletreado así estaba sin publicar. Colgué, volví a llamar para hablar con otro operador, y me monté el numerito que utilizan los polis para obtener un número sin listar. Me identifiqué como el detective Francis Fitzroy, del distrito 18. Lo llamé el distrito uno-ocho, porque, aunque los polis no siempre hablen así, la gente siempre cree que sí.

Aunque estaba en ello, conseguí la dirección también. Ella estaba en la calle Lispenard, y ese era un sitio perfectamente lógico donde vivir una escultora, y no un paseo demasiado largo desde donde estaba yo.

Tenía otra moneda de 10 centavos en la mano. La devolví al bolsillo y volví a la barra. Los coches habían dejado paso a la atracción principal del programa, un par de negros, peso medio júnior, a la cabeza de una lista luchando en un sitio. Phoenix, creo que era. No sé lo que es un peso medio júnior. Han añadido todas estas clases intermedias de peso para que puedan tener más campeonatos. Algunos de los patrocinadores, que habían ignorado a los chicos montados en troncos y los coches, estaban mirando a estos chicos pegarse, lo cual era algo que no hacían muy a menudo. Me quedé unos cuantos asaltos y bebí café con bourbon.

Porque pensaba que me ayudaría el tener alguna idea de cómo iba a dirigirme a esta mujer. Había estado siguiendo su pista a través de libros y archivos y líneas de teléfono, y si guardara el secreto del asesinato Ettinger, por lo que sabía yo de Barbara Ettinger no era más que una cara anónima que guardaba bloques de letras del alfabeto cuando los niños dejaban de jugar con ellos.

O era la mejor amiga de Barbara. O su amante —me acordé de las preguntas de la señora Pomerance: «¿Era amiga de los Corwin? ¿Eran así?»

Quizás ella había matado a Barbara. ¿Podrían haber dejado la guardería temprano las dos? ¿Era posible, cuanto menos probable?

Estaba girando mi engranaje y lo sabía, pero le dejé dar vueltas durante un rato, de todos modos. En la pantalla del televisor, el crío con una raya blanca en su taparrabos, por fin, estaba empezando a golpear rápido para encuadrarse. No parecía que fuera a batir al otro chico en el puñado de asaltos que quedaban, no así, pero parecía haberlo decidido.

Estaba pulverizándolo, moliéndolo. Golpeando con la izquierda, metiendo la mano derecha por la sección de las costillas. El otro chico parecía no poder encontrar una defensa que funcionara.

Sabía cómo se sentían los dos.

Pensé en Douglas Ettinger. Decidí que no mató a su mujer, e intenté averiguar cómo lo sabía, y decidí que lo sabía de la misma manera que había sabido que Janice Keane estaba en Manhattan. Llámalo inspiración divina.

Ettinger tenía razón, decidí. Louis Pinel mató a Barbara Ettinger, igual que había matado a las otras mujeres. Barbara había pensado que algún loco la estaba persiguiendo y tenía razón.

¿Entonces, por qué había dejado entrar en su apartamento al loco?

En el décimo asalto, el chico a quien estaban machacando las costillas cobró alguna reserva de fuerzas y juntó un par de combinaciones. Tenía al muchacho de la raya tambaleándose, pero el frenesí de actividad no era bastante para acabar con el *round* y el chico de la raya aguantó y ganó. El público pateaba. No sé qué lucha pensaban que estaban mirando. El público de Phoenix, quiero decir. Mis compañeros en el Blarney Stone no gritaban tan comprometidos emocionalmente.

¡Al diablo! Entré e hice mi llamada.

Sonó cuatro o cinco veces antes de que lo contestara. Dije: «Janice Keane, por favor», y ella dijo que era Janice Keane. Dije:

—Me llamo Matthew Scudder, señorita Keane. Me gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Sí?

—Sobre una mujer llamada Barbara Ettinger.

—¡Dios! —Una pausa—. ¿Qué de ella?

—Estoy investigando su muerte. Me gustaría ir a verla para hablar.

—¿Está investigando su muerte? Eso fue hace un montón de tiempo. Deben haber sido diez años.

—Nueve años.

—Pensaba que eran los Mounties que nunca se vendían. Nunca vi eso de los Mejores de Nueva York. ¿Es usted un policía?

Estuve a punto de decir que sí, pero me oí decir:

—Lo era.

—¿Qué es ahora?

—Un ciudadano privado. Estoy trabajando para Charles London. El padre de la señora Ettinger.

—Es verdad, su nombre de soltera era London. —Tenía una voz buena por teléfono, de tono bajo y ronca—. No comprendo por qué está empezando una investigación ahora. ¿Y qué puedo hacer yo?

—Quizás podría explicar eso en persona —dije—. Estoy a unos minutos de usted ahora. ¿Estaría bien que fuera a verla?

—Dios. ¿Qué día es hoy? ¿Sábado? ¿Y qué hora es? He estado trabajando y tiendo a perder la noción del tiempo. Mi reloj dice las seis. ¿Es correcto?

—Sí.

—Mejor que haga algo para comer. Y tengo que limpiar. Deme una hora, ¿vale?

—Estaré allí a las siete.

—¿Sabe la dirección? —La leí como me la habían dado en Información—. Esa es. Queda entre Church y Broadway, y llame al timbre y luego se pone en la acera para que le vea y le tiraré la llave. Llame dos largos y tres cortos, ¿de acuerdo?

—Dos largos y tres cortos.

—Entonces sabré que es usted. No es que me sea más que una voz por teléfono. ¿Cómo consiguió este número? Se supone que no está en la guía.

—Fui un poli.

—Ya, como dijo. Tanto por los números sin listar, ¿eh? Dígame su nombre otra vez.

—Matthew Scudder.

Lo repitió. Entonces dijo:

—Barbara Ettinger. Ah, si supiera cómo me hace recordar ese nombre. Tengo la sensación de que voy a arrepentirme de haber contestado el teléfono. Bueno, Sr. Scudder, nos veremos dentro de una hora.

Lispenard es una manzana debajo de la calle Canal, lo cual la pone en la sección llamada Tribeca. Tribeca es una sigla geográfica por Triangle Below Canal, igual que Soho deriva de South of Houston. Hubo una temporada cuando los artistas empezaron a mudarse a las manzanas al sur de Village, viviendo en violación del código de viviendas en buhardillas espaciosas y baratas. Desde entonces, se ha modificado el código para permitir vivir en buhardillas residenciales y Soho se ha vuelto chic y caro, lo cual llevó a los buscadores de buhardillas más al sur hasta Tribeca. Ahora las rentas no son baratas allí tampoco, pero las calles todavía mantienen el aspecto abandonado que tenía Soho hace diez o doce años. Me mantuve en una calle bien iluminada. Caminé cerca del bordillo, no cerca de los edificios, e hice lo mejor para moverme deprisa y dar la impresión de estar alerta.

Fácilmente se evitaban confrontaciones en esas calles vacías.

La dirección de Janice Keane resultó ser un edificio con buhardilla, de seis pisos, una estructura estrecha metida entre dos edificios más altos y más modernos. Parecía apretado, como un hombre pequeño en un metro lleno de gente. Las ventanas del suelo hasta el techo subían la fachada en cada planta. En la planta baja, las persianas bajadas por el fin de semana, había un comercio al por mayor de artículos para fontaneros.

Entré en un portal claustrofóbico, encontré un timbre marcando Keane, llamé dos largos y tres cortos. Salí a la acera, me puse en el bordillo, mirando para arriba a esas ventanas.

Ella llamó desde una de ellas, preguntando mi nombre. No veía nada en esa luz. Di mi nombre, y algo pequeño bajó por el aire como una bala y sonó de manera desconcertante en la acera, a mi lado.

—Quinto piso —dijo—. Hay un ascensor.

Sí que lo había, y podía haber acomodado un piano de cola. Subí hasta el quinto piso y salí a una buhardilla espaciosa. Había muchas plantas, todas de un verde oscuro y bien crecidas, y relativamente pocos muebles. Las puertas eran de roble, pulido y brillante. Las paredes eran de ladrillos expuestos. La iluminación era indirecta.

—Viene justo a tiempo. El sitio es un desastre, pero no pido disculpas. Hay café —dijo.

—Si no es una molestia.

—Ninguna. Voy a tomar una taza yo. Sólo déjeme llevarle a un sitio donde sentarse y seré una buena anfitriona. ¿Leche? ¿Azúcar?

—Solo.

Me dejó en un espacio con un sofá y un par de sillas agrupadas alrededor de una alfombra de pelo largo con un dibujo abstracto. Un par de estanterías de 2,50 metros llegaban a un poco más de la mitad del techo y ayudaban a ocultar el espacio del resto

de la buhardilla. Fui a la ventana y miré abajo, a la calle Lispenard, pero no había mucho que ver.

Había una pieza de escultura en la habitación y estaba de pie delante de ella cuando regresó con el café. Era la cabeza de una mujer. Su pelo era un nido de serpientes, su cara una máscara de desilusión indecible, de pómulos altos y frente ancha.

—Esa es mi medusa —dijo—. No la mire a los ojos. Su mirada vuelve de piedra a los hombres.

—Es muy buena.

—Gracias.

—Parece tan desilusionada.

—Esa es su cualidad —asintió—. No sabía eso hasta que la terminé, y entonces lo vi por mí misma. Tiene un ojo bastante bueno.

—Para la desilusión, por lo menos.

Era una mujer atractiva. De estatura media, un poco más carnosa que la moda estricta. Llevaba Levis desteñidos y una camisa azul pizarra de franela con las mangas recogidas hasta los codos. Su cara tenía forma de corazón, sus curvas acentuadas por el pico del cuero cabelludo bien definido. Su pelo, castaño oscuro con mechas grises, llegaba casi hasta sus hombros. Sus ojos eran grandes y bien separados, y un toque de rímel alrededor de ellos era el único maquillaje que llevaba.

Nos sentamos en un par de sillas en ángulo recto y pusimos las tazas de café encima de una mesa hecha de una sección de tronco de árbol y un bloque de pizarra. Me preguntó si había tenido dificultades en encontrar su dirección y dije que no. Entonces dijo:

—Pues, ¿hablamos de Barbara Ettinger? Quizás puede empezar por decirme por qué le interesa ella después de todos estos años.

No captó el alcance que tuvo la detención de Louis Pinel en los medios de comunicación. Estaba al tanto de que el Merodeador del Piolet estaba detenido, de modo que también le era noticia que su antigua empleada fue asesinada por otra persona.

—Así que por primera vez estáis buscando a un asesino con motivo —dijo—. Si hubierais buscado entonces...

—Podría haber sido más fácil. Sí.

—Y ahora podría ser más fácil simplemente mirar para otro lado. No me acuerdo de su padre. Debo haberle conocido, después del asesinato si no antes, pero no tengo ningún recuerdo de él. Me acuerdo de su hermana. ¿La has conocido?

—Todavía no.

—No sé cómo es ahora, pero me parecía una imbécil presumida. Pero no la conocía bien, y de todos modos hace nueve años. De eso sigo hablando. Todo fue

hace nueve años.

—¿Cómo conociste a Barbara Ettinger?

—Nos veíamos por la vecindad. Haciendo la compra en el Grand Union, yendo al estanco a comprar el periódico. Quizás le mencioné que llevaba una guardería. Quizás lo oyó de otra persona. De cualquier manera, una mañana entró en Horas Felices y preguntó si necesitaba ayuda.

—¿Y la contrataste enseguida?

—Le dije que no podía pagarle mucho. El sitio estaba malamente cubriendo gastos. Lo empecé por un motivo tonto: no había ninguna guardería conveniente en la vecindad, y necesitaba un sitio donde dejar a mis propios niños, de modo que encontré un socio y abrimos Horas Felices, y en vez de dejar a mis niños, los cuidaba y a los de todo el mundo, y por supuesto que mi socio se dio cuenta de lo que estaba haciendo más o menos en el momento en que se secó la tinta del contrato, y se echó para atrás y llevaba todo el tinglado sola. Le dije a Barbara que la necesitaba, pero que no podía pagarle, y dijo que lo que más quería era algo que hacer y que trabajaría barato. No me acuerdo de cuánto le pagaba, pero no era mucho.

—¿Era buena en su trabajo?

—Esencialmente era trabajo de canguro. Hay un límite en lo bueno que puedes ser en ello. —Pensó un momento—. Es difícil recordar. Hace nueve años, así que yo tenía 29 años entonces, y ella tenía unos años menos.

—Tenía 26 cuando se murió.

—¡Jolín!, eso no es muy viejo, ¿verdad? —Cerró los ojos, retrocediéndose ante una muerte temprana—. Me era de gran ayuda, y supongo que era bastante buena en su trabajo. Parecía disfrutar la mayor parte del tiempo. Lo habría disfrutado más si hubiera sido una mujer más contenta en general.

—¿Estaba contenta?

—No sé si esa es la palabra correcta. —Dio la vuelta para echarle un vistazo a su busto de Medusa—. ¿Desilusionada? Tenías la sensación de que la vida de Barbara no era exactamente lo que tenía pensado. Todo estaba bien, su marido estaba bien, su apartamento estaba bien, pero había esperado algo un poco mejor que bien y no lo tenía.

—Alguien la describió como inquieta.

—Inquieta. —Saboreó la palabra—. Eso le cabe bastante bien. Claro que esa era una época para estar inquietas las mujeres. Los papeles sexuales estaban bastante desordenados y confusos.

—¿No lo están todavía?

—Quizás siempre lo estén. Pero creo que las cosas están un poco más calmadas ahora que lo que estuvieron entonces, durante una temporada. Estaba inquieta, de todos modos. Categóricamente inquieta.

—¿Su matrimonio era una decepción?

—La mayoría de ellos lo son, ¿no? No creo que hubiera durado, pero nunca

sabremos, ¿verdad? ¿Todavía está en el Departamento de Asistencia Social?

Me puso al corriente sobre Douglas Ettinger.

—No le conocía demasiado bien —dijo—. Barbara parecía sentir que no le era lo suficientemente bueno. Por lo menos yo tenía esa impresión. Sus antecedentes eran de baja alcurnia comparados con los de ella. No es que se criara con los Vanderbilts, pero tengo entendido que tuvo una infancia de clase media acomodada y una educación costosa. Él trabajaba muchas horas y tenía un trabajo sin futuro. Y sí, a él le pasaba otra cosa.

—¿Qué era?

—Follaba por ahí.

—¿Lo hacía de verdad o ella sólo lo pensaba?

—Me echó los tejos a mí. Ah, no era gran cosa, sólo una especie de proposición despreocupada e informal. No me interesaba mucho. El hombre se parecía a una ardilla listada. No me sentía muy adulada, tampoco, porque una tenía la sensación de que hacía este tipo de cosas mucho y que no quería decir que yo era irresistible. Por supuesto, no le dije nada a Barbara, pero ella tenía sus propias pruebas. Una vez, le pilló en una fiesta, besándose en la cocina con la anfitriona. Y tengo entendido que se lo hacía con sus clientes de asistencia social.

—¿Y su mujer?

—Tengo entendido que se lo hacía con ella, también. Yo no...

—¿Tenía un amante?

Se inclinó para adelante, cogió su taza de café. Tenía las manos grandes para una mujer, las uñas cortas. Supongo que las uñas largas serían un estorbo para un escultor.

Dijo:

—Yo le pagaba un sueldo muy bajo. Casi lo podías llamar un sueldo simbólico. Quiero decir, los niños en el bachillerato cobran más la hora por hacer de canguro, y Barbara ni siquiera podía robar de la nevera. Así que si quería tiempo libre, lo tomaba.

—¿Tomaba mucho tiempo libre?

—No mucho, pero tenía la sensación de que tomaba una tarde, o parte de una tarde libre ocasionalmente para algo un poco más excitante que una visita al dentista. Una mujer tiene un aire diferente cuando va a encontrarse con un amante.

—¿Tenía ese aire el día que se murió?

—Ojalá que me hubieras preguntado eso hace nueve años. Tendría más posibilidad de recordar. Sé que se marchó temprano aquel día, pero no recuerdo los detalles. ¿Crees que se encontró con un amante y él la mató?

—No creo nada especial, de momento. Su marido dijo que estaba nerviosa sobre el Merodeador del Piolet.

—No creo... Espera un momento. Me acuerdo de pensar en eso después de que la mataran. Que había estado hablando del peligro de vivir en una ciudad. No sé si dijo algo específico sobre los asesinatos del Piolet, pero había algo sobre sentir como si la

miraran o la siguieran. Lo interpreté como una especie de premonición de su propia muerte.

—Quizás lo fuera.

—O quizás la estaban observando y siguiendo. ¿Qué es lo que dicen? Los paranoicos tienen enemigos también. Quizás sintió algo de verdad.

—¿Hubiera dejado entrar a un extraño en su apartamento?

—Me preguntaba sobre eso entonces. Si ya estaba en guardia... Rompió de repente. Le pregunté lo que le pasaba.

—Nada.

—Soy un extraño y me dejaste entrar en tu apartamento.

—Es un desván. Como si hubiera alguna diferencia. Yo...

Saqué mi cartera y la tiré a la mesa entre los dos:

—Mira —dije—. Hay un carnet de identidad dentro. Coincide con el nombre que te di por teléfono, y creo que hay algo de una foto también.

—Eso no es necesario.

—Míralo, de todos modos. No vas a ser muy útil como sujeto de interrogatorio si te preocupas de que te van a matar. El carnet de identidad no prueba que no sea violador ni asesino, pero violadores y asesinos no suelen darte sus nombres verdaderos antes. Adelante, cógelo.

Rebuscó en la cartera rápidamente, entonces me la devolvió. La metí en mi bolsillo.

—Es una foto malísima —dijo—. Pero supongo que eres tú, efectivamente. No creo que ella dejara a un extraño entrar en su apartamento. Dejaría entrar a su amante o a su marido.

—¿Crees que la mató su marido?

—La gente casada siempre se matan unos a otros. A veces tardan cincuenta años.

—¿Alguna idea sobre quién podía haber sido su amante?

—Puede que no fuera una persona sola. Sólo estoy adivinando, pero puede ser que rabiara por experimentar. Y estaba embarazada, así que no había peligro.

Se rio. Le pregunté lo que era tan gracioso.

—Estaba intentando pensar en dónde podía haber conocido a alguien. Un vecino, quizás, o la mitad masculina de una pareja que ella y su marido conocían socialmente. No es como si no pudiera conocer hombres en el trabajo. Teníamos muchos varones allí, pero desgraciadamente ninguno de ellos tenía más de ocho años.

—No muy prometedor.

—Excepto que eso no es estrictamente verdad. A veces, los padres llevaban a sus niños, o iban a recogerlos después del trabajo. Hay situaciones más propensas al coqueteo, pero yo tenía papás echándome los tejos mientras recogían a sus niños, y a lo mejor le pasaba a Barbara. Era muy atractiva, ¿sabes? Y no se disfrazaba de bruja verrugienta cuando venía a trabajar en las Horas Felices. Tenía un buen tipo y se vestía para mostrarlo.

La conversación siguió un poco más antes de que le pudiera hacer la pregunta. Entonces, dije:

—¿Fuisteis tú y Barbara amantes alguna vez?

Estaba observando los ojos cuando hice la pregunta, y se abrieron en respuesta.

—¡Jesucristo! —dijo.

Esperé.

—Sólo estoy preguntándome de dónde vino la pregunta —dijo—. ¿Dijo alguien que fuimos amantes? ¿O soy una tortillera tan obvia o algo?

—Me dijeron que dejaste a tu marido por otra mujer.

—Bueno, cerca. Dejé a mi marido por treinta o cuarenta motivos, supongo. Y la primera relación que tuve después de dejarle sí que fue con una mujer. ¿Quién te lo dijo? No Doug Ettinger. Se había mudado de la vecindad antes de ese escándalo. A no ser que hablara con alguien. Quizás él y Eddie se juntaron y lloraron uno en el hombro del otro sobre cómo no valemos nada las mujeres, o las apuñalan o se marchan una con la otra. ¿Fue Doug?

—No, era una mujer que vivía en tu edificio en la calle Wyckoff.

—Alguien en el edificio. ¡Ah! ¡Tenía que haber sido Maisie! Excepto que ese no es su nombre. Dame un momento. Mitzi. Era Mitzi Pomerance, ¿verdad?

—No cogí su nombre de pila. Sólo hablé con ella por teléfono.

—Mitzi Pomerance. ¿Siguen casados todavía? Claro, tendrían que estarlo. A no ser que él se marchara, pero nada la empujaría a ella de su hogar, dulce hogar. Insistiría en que su matrimonio era divino, aunque significara negar sistemáticamente cada emoción negativa que alguna vez amenazara con asomar. Lo peor de volver a visitar a los niños era la expresión de la cara de esa idiota cuando nos cruzábamos en la escalera. —Suspiró y movió la cabeza de lado a lado al recuerdo—. Nunca tuve ninguna historia con Barbara. Extrañamente, nunca tuve ninguna historia con nadie, hombre o mujer, antes de romper con Eddie. Y la mujer con quien me junté después fue la primera mujer con quien me había acostado en mi vida.

—Pero te atraía Barbara Ettinger.

—¿Sí? Reconocí que era atractiva. Eso no es lo mismo. ¿Fui especialmente atraída por ella? —Pensó la noción—. Quizás —concedió—. No en un nivel consciente, no creo. Y cuando empecé a considerar la posibilidad de que lo podía encontrar, pues, interesante acostarme con una mujer, no creo que tuviera ninguna mujer especial en cuenta. De hecho, no creo que ni siquiera abrigara esa fantasía mientras vivía Barbara.

—Tengo que hacer estas preguntas personales.

—No tienes que disculparte. Mitzi Pomerance. Apuesto que está gorda, apuesto a que es una cerdita gordita ahora. Pero sólo hablaste con ella por teléfono.

—Sí.

—¿Sigue viviendo en el mismo sitio? Seguro. No la sacarías de allí ni con una palanca.

—Alguien lo hizo. Un comprador convirtió la casa para una familia.

—Deben haberse puesto negros. ¿Se quedaron en la ciudad?

—Más o menos. Se mudaron a la calle Carroll.

—Pues espero que sean felices. Mitzi y Gordon. —Se inclinó para adelante, buscando en mi cara con sus ojos grises—. Tú bebes —dijo—, ¿verdad?

—¿Dime?

—Eres un borracho, ¿verdad?

—Supongo que se me puede llamar un bebedor.

Las palabras me parecieron ceremoniosas aun a mí. Colgaron en el aire un momento y entonces las cortó su risa, fuerte y brusca.

—Supongo que se me puede llamar un bebedor. Pues supongo que se me puede llamar una bebedora, Sr. Scudder. Me han llamado cosas bastante peores y ha sido un día largo y seco. ¿Qué tal un poco de algo para quitar el polvo?

—No es mala idea.

—¿Qué quieres?

—¿Tienes bourbon?

—No creo. —La barra estaba detrás de un par de puertas corredizas en una de las estanterías—. Whisky escocés o vodka —anunció.

—Whisky.

—¿Hielo? ¿Agua? ¿Qué?

—Solo.

—Como Dios lo hizo, ¿eh? —Trajo un par de vasos llenos hasta la mitad más o menos, uno con whisky, el otro con vodka. Me dio el mío, miró el suyo. Tenía el aire de alguien intentando seleccionar un brindis, pero, evidentemente, no pudo pensar en uno.

—¡Ah! ¡Al diablo! —dijo, y bebió.

—¿Quién crees que la mató?

—Es demasiado temprano para decidir. Podría haber sido alguien de quien no he oído todavía. No podría haber sido Pinel. Me gustaría estar diez minutos con él.

—¿Crees que podrías refrescar su memoria?

Negué con la cabeza.

—Creo que podría sacar alguna idea de él. Una cierta parte de la investigación es intuitiva. Recoges detalles y observas impresiones, y entonces aparece la respuesta en tu mente de algún sitio. No es como Sherlock Holmes, por lo menos nunca fue así para mí.

—Lo haces parecer casi como si hubiera un elemento químico en el proceso.

—Pues no puedo leer la mano ni veo el futuro. Pero quizás lo haga. —Soplé el whisky. Tenía ese sabor medicinal que tiene el whisky más pesado, oscuro y turboso. Teacher's, creo que era—. Lo próximo que quiero hacer es salir a Sheepshead Bay —dije.

—¿Ahora?

—Mañana. Allí es donde tuvo lugar el cuarto asesinato del Piolet, es por lo visto ese el que le asustó a Barbara Ettinger.

—Crees que la misma persona...

—Louis Pinel se confiesa del asesinato de Sheepshead Bay. Por supuesto eso tampoco prueba nada. No estoy seguro de por qué quiero ir allí. Supongo que quiero hablar con alguien que estaba en la escena, alguien que vio el cadáver. Había unos detalles físicos de los asesinatos que se ocultaron a la prensa y se duplicaron en el asesinato de Barbara. Duplicados imperfectamente, y quiero saber si había alguno semejante en el otro homicidio de Brooklyn.

—Y si lo hubiera, ¿qué probaría? ¿Que había un segundo asesino, un maníaco que se limitaba a Brooklyn?

—Y que oportunamente paró después de dos asesinatos. Es posible. Ni siquiera descartaría a alguien con un motivo para matar a Barbara. Digamos que su marido decidió matarla, pero se dio cuenta de que el Merodeador del Piolet no había estado en Brooklyn todavía, de modo que mató a algún extraño en Sheepshead Bay primero para establecer una pauta.

—¿Hace cosas así la gente?

—No hay nada que puedas imaginar que alguien no haya hecho en un momento u otro. Quizás alguien tenía un motivo para matar a la mujer en Sheepshead Bay. Luego estaba preocupado de que el asesinato destacara por ser el único de su tipo en Brooklyn, así que fue a por Barbara. O quizás eso fue simplemente una excusa. Quizás mató una segunda vez porque encontró que le gustaba.

—¡Dios! —Bebió su vodka—. ¿Cuál era el detalle físico?

—No quieras saber sobre eso.

—¿Estás protegiendo a la mujercita de la horrible verdad?

—Las víctimas fueron apuñaladas por los ojos. Un piolet, justamente en el globo del ojo.

—¡Dios! Y la..., ¿cómo la llamaste? ¿Duplicación imperfecta?

—Barbara Ettinger fue apuñalada sólo en un ojo.

—Como un guiño. —Se quedó sentada un momento largo, entonces miró abajo a su vaso y se fijó en que estaba vacío. Fue a la barra y volvió con las dos botellas. Después de llenar los vasos dejó las botellas encima de la mesa de pizarra—. Me pregunto por qué haría una cosa así —dijo.

—Eso es otro motivo para querer ver a Pinel —dije—: para preguntárselo.

La conversación marchaba por un camino y otro. En un punto me preguntó si debería llamarme Matt o Matthew. Le dije que no me importaba. Dijo que a ella le importaba, que la llamara no Janice, sino Jan.

—A no ser que te sientas incómodo llamando a sospechosos de asesinato por sus nombres de pila.

Cuando fui poli aprendí a llamar a los sospechosos siempre por sus nombres de pila. Me daba una cierta palanca psicológica. Le dije que no era una sospechosa.

—Yo estuve en Horas Felices toda aquella tarde —dijo—. Claro que sería difícil probarlo después de todos estos años. Entonces habría sido fácil. Las coartadas deben de ser más difíciles para gente que vive sola.

—¿Vives aquí sola?

—A no ser que cuentes los gatos. Están escondidos en algún lugar. Se mantienen lejos de extraños. Enseñándoles tu carnet no les impresionarás mucho.

—Tipos muy duros.

—Sí. Siempre he vivido sola. Desde que dejé a Eddie, quiero decir. He tenido relaciones, pero siempre vivía sola.

—A no ser que contemos los gatos.

—A no ser que contemos los gatos. Entonces nunca pensé que estaría viviendo sola durante los siguientes ocho años. Creía que una relación con una mujer podría ser diferente en alguna manera fundamental. Verás, entonces era hora de subir la conciencia. Decidí que el problema eran los hombres.

—¿Y no lo eran?

—Pues puede que fueran uno de los problemas. Las mujeres resultaron ser otro problema. Durante una temporada determiné que era una de esas personas afortunadas que son capaces de tener relaciones con ambos sexos.

—¿Sólo durante una temporada?

—Sí, porque lo próximo que descubrí era que puede que yo sea capaz de tener relaciones con hombres y mujeres, pero lo que soy en mayor parte, es mala en las relaciones.

—Bueno, me puedo identificar con eso.

—Me figuraba que a lo mejor podrías. Vives solo, ¿no, Matthew?

—Desde hace tiempo ya.

—¿Tus hijos están con tu mujer? No soy psíquica. Hay una foto de ellos en tu cartera.

—Ah, eso. Es una foto vieja.

—Son niños hermosos.

—Son buenos niños, también. —Añadí un poco de whisky a mi vaso—. Viven allá en Syosset. De vez en cuando cogen un tren hasta aquí y vemos un partido de baloncesto juntos, o quizás una lucha en el Garden.

—Debe gustarles.

—Sé que les gusta.

—Debes haber marchado de casa hace mucho.

Asentí con la cabeza.

—Más o menos el mismo tiempo que dejé la policía.

—¿El mismo motivo?

Me encogí de hombros.

—¿Cómo es que dejaste la policía? ¿Era esto?

—¿El qué?

Señaló las botellas con la mano.

—Ya sabes, la bebida.

—Ah, diablos, no —dije—. Ni siquiera bebía tan fuertemente entonces. Sólo que llegué a un punto donde no tenía ganas de ser poli ya.

—¿Qué motivo? ¿Desilusión? ¿Falta de fe en el sistema de justicia criminal? ¿Disgusto con la corrupción?

Negué con la cabeza.

—Perdí mis ilusiones temprano en el juego y nunca tuve mucha fe en el sistema de justicia criminal. Es un sistema terrible y los polis simplemente hacen lo que pueden. En cuanto a la corrupción, nunca fui lo bastante idealista para que me molestara.

—¿Qué, entonces? ¿La crisis de la mitad de la vida?

—Podrías llamarlo así.

—Bueno, no hablemos de eso si no quieres.

Cayó un silencio durante un momento. Bebió y luego bebí yo, y entonces puse el vaso sobre la mesa y dije:

—Pues no es ningún secreto. Sólo que no es algo de lo que hablo mucho. Estuve en una taberna arriba en Washington Heights una noche. Era un sitio donde los polis podían beber gratis. Al dueño le gustaba tenernos allí, de modo que podías tener una cuenta y nunca te pedían que pagaras. Tenía todo el derecho de estar allí. Estaba fuera de servicio y quise esparcirme un poco antes de conducir a Island.

»O quizás no habría ido a casa aquella noche, de todos modos. No siempre iba. A veces dormía unas pocas horas en una habitación de un hotel para ahorrar el conducir para allá y para acá. A veces no hacía falta conseguir una habitación de hotel.

»Dos idiotas atacaron el local —seguí—. Sacaron lo que había en la caja y dispararon al camarero al salir, lo mataron sólo por divertirse. Salí corriendo a la calle detrás de ellos. Llevaba ropa de paisano, pero por supuesto llevaba pistola. Siempre la llevas.

»Vací la pistola disparándoles. Los cogí a los dos. Maté a uno y dejé lisiado al otro. Lo dejé paralizado del cinturón para abajo. Dos cosas que nunca volverá a hacer son caminar y joder.

Había contado esta historia antes, pero esta vez lo sentía todo ocurrir de nuevo. Washington Heights tiene fuertes pendientes y se arrancaron cuesta arriba. Me acuerdo de prepararme para recibir la sacudida, sujetando la pistola con las dos manos, disparando cuesta arriba a ellos. Quizás era el whisky, lo que hacía el recuerdo tan vivo. Quizás era algo que respondía a sus ojos grandes y grises que no se movían.

—Y por matar a uno y dejar lisiado a otro...

Negué con la cabeza.

—Eso no me habría preocupado. Sólo siento no haber matado a los dos. Asesinaron a ese camarero sin ningún motivo. No perdería ni un centavo de sueño por esos dos.

Esperó.

—Uno de los disparos no acertó —dije—. Disparando cuesta arriba a un par de blancos que están moviéndose, ¡demonios!, es increíble que apuntara tan bien como lo hice. Siempre disparaba bien en el campo de tiro de la policía, pero es diferente cuando es de verdad. —Intenté quitar los ojos de los suyos, pero no podía—. Un disparo no acertó, sin embargo, y botó en el piso o algo. Una bala loca. Y había una niña caminando o esperando, o lo que fuera que estaba haciendo. Sólo tenía seis años. No sé qué diablos hacía fuera a esas horas.

Esta vez miré para otro lado.

—La bala entró en su ojo —dije—. El rebote le quitó algo de fuerza, así que si hubiera sido un centímetro a un lado u otro probablemente la habría desviado un hueso, pero la vida es un juego de centímetros, ¿no? No había ningún hueso para estorbar y la bala acabó en su cerebro y se murió. Instantáneamente.

—¡Dios!

—No hice nada mal. Hubo una investigación del departamento porque ese es el procedimiento normal, y estaban de acuerdo unánimemente en que yo no había hecho nada mal. De hecho, me encomiaron. La niña era hispánica, puertorriqueña, Estrellita Rivera, se llamaba, y a veces la prensa te agobia cuando hay una víctima de un grupo minoritario como ese, y los grupos de comunidad te dan la lata, pero en ese caso no hubo nada de eso. De cualquier manera, era un policía héroe que actuaba rápido, que tuvo un poco de mala suerte.

—Y dejaste la policía.

La botella de whisky estaba vacía. Quedaba quizás un cuarto litro de vodka en la otra botella y eché un poco en mi vaso.

—No inmediatamente —dije—, pero no tardé mucho. Y no sé qué fue lo que me hizo hacerlo.

—Culpabilidad.

—No estoy seguro. Sólo sé que ser un poli ya no parecía gustarme. Ser marido y padre no parecía funcionar, tampoco. Pedí la baja de los dos, me mudé a un hotel una manzana al oeste de Columbus Circle. En algún punto se me hizo claro que no regresaría ni a mi mujer ni al departamento.

Ninguno de los dos dijimos nada durante un rato. Al cabo de un momento, se inclinó y tomó mi mano. Era un gesto inesperado y un poco torpe y por algún motivo me afectó. Sentí la garganta llenarse.

Entonces retiró la mano y se puso de pie. Pensé por un momento que quería que me marchara. En vez de eso, dijo:

—Voy a llamar a la tienda de bebidas mientras siga abierta. El sitio más cerca está en Canal y cierran temprano. ¿Quieres seguir con whisky o prefieres cambiar a

bourbon? ¿Y qué marca de bourbon?

—Probablemente debería marcharme.

—¿Whisky o bourbon?

—Me quedo en el whisky.

Mientras esperábamos la entrega del alcohol, me llevó por el desván y me enseñó algo de su trabajo. La mayoría era realista, como la Medusa, pero algunas piezas eran abstractas. Había mucha fuerza en su escultura. Le dije que me gustaba su trabajo.

—Soy bastante buena —dijo.

No me dejó pagar el alcohol, insistiendo que era su invitado. Nos sentamos en las sillas de nuevo, abrimos nuestras botellas respectivas, llenamos los vasos. Me preguntó si de verdad me gustaba su trabajo. Le aseguré que sí.

—Dicen que soy buena —dijo—. ¿Sabes cómo empecé con esto? Jugando con los niños en la guardería. Acabé llevando la arcilla a casa, esa arcilla amarilla de modelar, y trabajándola por horas. Luego di clases de noche en Brooklyn College, una clase para adultos, y el instructor me dijo que tenía talento. No hacía falta que me lo dijera. Yo lo sabía.

»He tenido algo de reconocimiento. Hice una exposición en la Galería Chuck Levitan hace poco más de un año. ¿Conoces la galería? ¿En la calle Grand? —No la conocía—. Bueno, me dejaron exponer sola. Una muestra para un solo artista. O para una sola artista. Mierda, hoy día hay que pensar antes de decir algo, ¿te has fijado?

—Sí.

—El año pasado tuve una beca F. N. A. Fundación Nacional de las Artes. Más una beca más pequeña de la Fundación Einhoorn. No pretendo que hayas oído nada de la Fundación Einhoorn. Nunca había sabido yo de ellos antes de conseguir la beca. Tengo piezas en unas colecciones bastante buenas. Una o dos en museos. Bueno, una, y no es Moma, pero es un museo. Soy una escultora.

—Nunca dije que no lo fueras.

—Y mis niños están en California y nunca los veo. Él tiene custodia completa. ¡Diablos!, me marché yo, ¿no? En primer lugar, soy una especie de mujer antinatural, una tortillera que abandona marido y niños, así que, por supuesto, él tiene custodia completa, ¿no? No monté un número. ¿Quieres saber algo, Matthew?

—¿Qué?

—No quería la custodia. Había acabado con cuidar niños. Estaba hasta el gorro de niños, los míos incluidos. ¿Qué opinas de eso?

—Me parece bastante natural.

—Los Maisie Pomerance del mundo no estarán de acuerdo contigo en eso. Perdón, quiero decir Mitzi Gordon y Mitzi Puta Pomerance. El señor y la señora perfectos.

Ahora oía el vodka en su voz. No se comía las palabras, pero había un tono en la voz que le había dado el alcohol. No me sorprendía. Había bebido tanto como yo, y yo estaba bastante colocado.

—Cuando dijo que se iba para California me puse histérica. Gritaba que no había derecho, que tenía que quedarse en Nueva York para que los pudiera visitar. Tenía derecho a visitarles, dije, ¿y de qué me servía el derecho a visitarles si estaban a 3.000 millas? Pero ¿sabes algo?

—¿Qué?

—Estaba aliviada. Una parte de mí se alegraba de que se marcharan, porque no sabes cómo era, yendo allá en el metro una vez a la semana, sentada en el apartamento con ellos o paseando por Boerum Hill y siempre arriesgándote a las miradas vacías de Maisie Pomerance. ¡Maldita sea!, ¿por qué nunca puedo decir el nombre de esa endemoniada mujer bien? ¡Mitzi!

—Tengo su número apuntado. Siempre podrías llamarla y reñirla.

Se rio.

—Ah, Dios —dijo—. Tengo que mear. Vuelvo ahora.

Cuando volvió, se sentó en el sofá. Sin preámbulos, dijo:

—¿Sabes lo que somos? Yo con mi escultura y tú con tus remordimientos existenciales, y lo que somos es un par de borrachos que dejaron todo. Eso es todo.

—Si tú lo dices.

—No me trates con aire protector. Admitámoslo. Los dos somos alcohólicos.

—Yo bebo mucho. Hay una diferencia.

—¿Qué diferencia?

—Puedo parar cuando quiera.

—¿Entonces por qué no lo dejas?

—¿Por qué tengo que hacerlo?

En vez de contestar, se inclinó para adelante para llenar su copa.

—Paré durante una temporada —dijo—. Paré en seco durante dos meses. Más que dos meses.

—¿Lo dejaste de repente?

—Iba a A. A.

—Ah.

—¿Has estado alguna vez?

—No creo que funcionara para mí —negué con la cabeza.

—Pero podrías dejarlo cuando quisieras.

—Ya, si quisiera.

—Y de todos modos no eres un alcohólico.

No dije nada al principio. Entonces dije:

—Supongo que depende cómo definas la palabra. De todos modos, todo eso es una etiqueta.

—Dicen que tú decides por ti mismo si eres alcohólico.

—Pues yo decido que no lo soy.

—Yo decidí que sí lo era. Y funcionó para mí. Lo que pasa es que dicen que funciona mejor si no bebes.

—Veo cómo puede marcar una diferencia eso.

—No sé por qué empecé con este tema. —Terminó el vaso, me miró por encima del borde—. No quería empezar con este tema. Primero mis niños y luego el beber, ¡qué bajón!

—Está bien.

—Lo siento, Matthew.

—Olvidalo.

—Siéntate a mi lado y ayúdame a olvidarlo.

Me puse junto a ella y pasé una mano por su pelo fino. La rociada de color gris intensificaba su atractivo. Me miró durante un momento con esos ojos grises sin fondo, entonces dejó caer los párpados. La besé y me abrazó.

Nos besamos un poco. Le toqué los pechos, besé su cuello. Sus manos fuertes trabajaban los músculos de mi espalda y hombros como arcilla de modelar.

—¿Te quedarás? —preguntó.

—Me gustaría.

—A mí también.

Refresqué las dos copas.

Me desperté al sonido de campanas de iglesia en la distancia. La cabeza estaba despejada y me sentía bien. Me senté a un lado de la cama y encontré la mirada de un gato de pelo largo encogido al pie de esta, al otro lado. Me miró, entonces metió la cabeza debajo y siguió durmiendo. Duermes con la señora de la casa y los gatos te aceptan. Me vestí y encontré a Jan en la cocina. Estaba bebiendo un vaso de zumo de naranja claro. Me imaginaba que tenía algo dentro para embotar su resaca. Había hecho café en una cafetera de filtro Chemex y me sirvió una taza. Me puse de pie al lado de la ventana y lo bebí.

No hablamos. Las campanas de la iglesia habían parado y el silencio de la mañana de domingo se estiraba. Fuera hacía un día claro, el sol brillaba fuertemente en un cielo sin nubes. Miré abajo y no vi ninguna señal de vida, ni una persona en la calle, ni un coche moverse.

Terminé el café y añadí la taza a la vajilla sucia en el fregadero de acero inoxidable. Janice usó una llave para traer el ascensor al piso. Me preguntó si salía a Sheepshead Bay y dije que suponía que sí. Nos abrazamos durante un momento. Sentí el calor fino de su cuerpo a través del albornoz que llevaba.

—Te llamaré —dije, y bajé en el ascensor, demasiado grande.

Un agente O’Byrne me dio direcciones por teléfono. Las seguí montado en la línea BMT de Brighton hasta Gravesend Neck Road. En algún punto, el tren subió al nivel de la superficie después de entrar en Brooklyn, y pasamos por unos barrios de casas separadas con patios que no parecían ser Nueva York en absoluto.

La comisaría del distrito 61 quedaba en la avenida Coney Island y logré encontrarla sin mucha dificultad. En la sala del brigada jugué al veo-veo con un detective vigoroso de mandíbula larga, llamado Antonelli. Conocíamos bastante de las mismas personas para estar cómodo conmigo. Le dije en qué estaba trabajando y mencioné que Frank Fitzroy lo había desviado en dirección mía. Él conocía a Frank Fitzroy también, aunque no tenía la impresión de que se gustasen mucho.

—Miraré qué aspecto tienen las carpetas —dijo—. Pero probablemente viste copias de nuestros informes en los archivos que te enseñó Fitzroy.

—Lo que más quiero es hablar con alguien que viera el cadáver.

—¿No estarían en el informe que viste los nombres de los agentes que estuvieron en la escena?

—Pensé en eso yo mismo. Quizás pudiera haber arreglado todo esto sin ir hasta el culo de Dios en Brooklyn. Pero cuando sales y buscas algo ocasionalmente encuentras más de lo que sabías que estabas buscando.

—Pues, quizás pueda encontrar esa carpeta —dijo, y me dejó en un despacho viejo de madera marcado con quemaduras de cigarrillos por los bordes. A dos mesas, un detective negro con las mangas recogidas estaba hablando por teléfono. Parecía que estaba hablando con una mujer, y no parecía mucho un asunto de policía. En otra

mesa al lado de la pared al fondo un par de polis, uno de uniforme y el otro con traje, estaban interrogando a un adolescente con el pelo amarillo todo desordenado. No oía lo que decían.

Antonelli volvió con una carpeta delgada y la dejó caer encima de la mesa delante de mí. La repasé, parando de vez en cuando para apuntar en mi libreta. La víctima, supe, era una tal Susan Potowski de la calle Haring 2705. Era una madre de 29 años de dos hijos, separada de su marido, un albañil. Vivía con sus niños en el piso de abajo de una casa dividida para dos familias, y la habían matado sobre las dos en una tarde de miércoles.

La encontraron sus niños. Llegaron a casa del colegio juntos, sobre las 3.30, un niño de ocho y una niña de diez, y encontraron a su madre en el suelo de la cocina, su ropa parcialmente quitada, su cuerpo cubierto de heridas de puñaladas. Corrían por la calle gritando hasta que apareció el policía de guardia.

—¿Encuentras algo?

—Quizás —dije. Apunté el nombre del primer poli en escena, añadí los de dos detectives del 61 que habían ido a la casa en la calle Haring antes de pasar el caso a Midtown Norte. Enseñé los tres nombres a Antonelli—. ¿Alguno de estos tíos sigue trabajando aquí?

—Agente Burton Havermeyer, detective de tercer grado Kenneth Allgood, detective Michael Quinn de primer grado. Mick Quinn se murió hace dos, quizás tres años. Gajes del oficio. Él y un compañero estaban controlando una tienda de bebidas allá en la avenida W y hubo un tiroteo y lo mataron. Cosa terrible. Había perdido a la mujer dos años antes de eso por cáncer, así que dejó a cuatro niños solos en el mundo, el mayor justamente empezando en la universidad. Debiste haberlo leído.

—Creo que sí.

—A los tíos que lo mataron los metieron para mucho tiempo en la cárcel. Pero ellos están vivos y él está muerto, así que imagínatelo. Los otros dos, Allgood y Havermeyer, ni siquiera sé los nombres, así que llevan más tiempo fuera del 61 que el que llevo yo aquí, que son ¿cuántos? ¿Cinco años? Algo así.

—¿Puedes enterarte de adónde fueron?

—A lo mejor puedo enterarme de algo. ¿Qué es lo que quieres preguntarles, por cierto?

—Si fue apuñalada en los dos ojos.

—¿No había un informe del forense en la carpeta que te enseñó el tal Fitzroy?

—Los dos ojos —asentí con un gesto.

—¿Entonces?

—¿Te das cuenta de aquel caso hace unos años? Sacaron a una mujer del Hudson, lo llamaron muerte por ahogo. Entonces algún genio en la oficina del forense cogió la calavera y empezó a usarla como pisapapeles, y hubo un escándalo sobre ello, y a causa de toda la bronca, alguien miró bien la calavera por primera vez y encontró el agujero de una bala en ella.

—Me acuerdo. Era una mujer de Nueva Jersey, casada con un doctor, ¿no?

—Sí.

—Tengo una regla empírica. Cuando se mata a la mujer de un médico, fue él. Me importa un bledo la evidencia. El médico siempre lo hizo. No me acuerdo si este se libró o no.

—Yo tampoco.

—Pero entiendo lo que quieres decir. El informe del forense no es algo infalible. Pero ¿hasta qué punto sirve un testigo de algo que pasó hace nueve años?

—No de mucho. De todos modos...

—Veré lo que encuentro.

Estuvo fuera más tiempo esta vez, y tenía una expresión extraña en la cara cuando volvió.

—Un caso de mala suerte —dijo—. Allgood está muerto también. Y el agente Havermeyer dejó el departamento.

—¿Cómo murió Allgood?

—Ataque al corazón hace como un año. Lo habían trasladado hacía un par de años. Estaba trabajando en la oficina central en la calle Centre. Sufrió un colapso en su mesa de despacho un día y se murió. Uno de los tíos en la sala de archivos le conocía de donde trabajaba y sabía cómo se murió. Havermeyer podría estar muerto también, por lo que yo sepa.

—¿Qué le pasó?

Se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Lo dejó unos meses después de esto del Piolet. Citó motivos personales no especificados por volver a la vida de paisano. Sólo llevaba dos o tres años de policía. Sabes cómo es la cuota de retiradas entre los nuevos. Diablos, te has retirado tú. Motivos personales, ¿verdad?

—Algo así.

—Encontré una dirección y un número. A lo mejor ha cambiado seis veces desde entonces. Si no dejó una pista, siempre puedes probar en el centro. No llevaba bastante tiempo aquí para tener derecho a pensión, pero suelen mantener a la vista a los expolis.

—Quizás sigue en el mismo sitio.

—Quizás. Mi abuela todavía vive en tres habitaciones pequeñas en la calle Elizabeth, el mismo apartamento donde ha estado desde que bajó del barco de Palermo. Algunos se quedan en un sitio. Otros cambian de casa como cambian de calcetines. Quizás tengas suerte. ¿Algo más que te pueda hacer?

—¿Dónde queda la calle Haring?

—¿La escena del asesinato? —Se rio—. Dios, eres un sabueso —dijo—. Quieres coger la pista, ¿eh?

Me dijo cómo llegar caminando. Me había dado una buena parte de su tiempo, pero no quería dinero por ello. Sentí que probablemente no lo quería —algunos lo

quieren y algunos no—, pero hice la oferta.

—A lo mejor te hace falta un sombrero nuevo —dije.

Y respondió con una sonrisa estrecha y me aseguró que tenía un armario lleno de sombreros.

—Apenas llevo sombrero estos días —dijo. Le había ofrecido 25 dólares, bastante barato por sus esfuerzos—. Es un día lento en un distrito tranquilo, ¿y cuánto puedes sacar de lo que acabo de darte? ¿Tienes a alguien pensado en el asesinato de Boerum?

—En realidad, no.

—Como cazar un gato negro en una mina de carbón —dijo—. ¿Me haces un favor? Cuéntame cómo sale. Si es que sale.

Seguí sus instrucciones hasta la calle Haring. No creo que hubiera cambiado mucho la vecindad en los últimos nueve años. Las casas estaban bien cuidadas y había niños por todas partes. Había coches aparcados en la acera, coches en la mayoría de las avenidas. Se me ocurrió que a lo mejor había diez personas en la manzana que se acordaban de Susan Potowski, y que yo supiera, su marido enajenado había vuelto a la casa después del asesinato y ahora vivía allí con sus niños. Serían mayores ahora, diecisiete y diecinueve.

Debía haber sido joven cuando tuvo el primero. Diecinueve años ella. Matrimonios prematuros y nacimientos prematuros no habían sido poco comunes en ese barrio.

Probablemente se marchó, decidí. Suponiendo que volvió por los niños, no les haría seguir viviendo en la casa donde encontraron a su madre muerta en el suelo de la cocina, ¿no?

No llamé a ese timbre, ni a ningún otro timbre. No estaba investigando el asesinato de Susan Potowski y no hacía falta escudriñar sus cenizas. Eché un último vistazo a la casa donde se murió, entonces di la vuelta y me marché.

La dirección que tenía para Burton Havermeyer era plaza de San Marcos 112. El East Village no era un sitio muy probable en el que viviera un poli, y no parecía ser tampoco muy probable que siguiera allí después de nueve años, dentro o fuera del cuerpo. Marqué el número que me había dado Antonelli desde una cabina telefónica en una droguería en la avenida Ocean. Contestó una mujer. Pedí hablar con el señor Havermeyer. Hubo una pausa.

—El señor Havermeyer no vive aquí.

Empecé a pedir disculpas por haber marcado mal, pero ella no había terminado.

—No sé dónde puede ponerse en contacto con el señor Havermeyer —dijo.

—¿Es usted la señora Havermeyer?

—Sí.

—Siento molestarla, señora Havermeyer. Un detective en el distrito 61 donde trabajaba su marido me facilitó este número —dije—. Estoy intentando...

—Mi antiguo marido.

Había una cualidad monótona en su habla, como si se separara de las palabras que pronunciaba a propósito. Había notado una característica parecida en el habla de pacientes mentales recuperados.

—Estoy intentando dar con él en relación con un asunto de la policía —dije.

—Hace años que dejó la policía.

—Me doy cuenta. ¿Sabe por casualidad cómo puedo ponerme en contacto con él?

—No.

—Saco en conclusión que no le ve a menudo, señora Havermeyer, pero ¿tendría alguna idea...?

—Nunca le veo.

—Ya comprendo.

—¿Ah, sí? Nunca veo a mi antiguo marido. Recibo un talón una vez al mes. Se manda directamente a mi banco y se ingresa en mi cuenta. ¿Lo comprende usted?

Se podían haber expresado las palabras con pasión. Pero la voz permanecía monótona y no comprometida.

No dije nada más.

—Está en Manhattan —dijo—. Quizás tenga teléfono, y quizás esté en la guía. Podría buscarlo usted. Sé que me perdonará si no se lo busco.

—Por supuesto.

—Estoy segura de que es importante —dijo—. Los asuntos de la policía siempre lo son, ¿verdad?

No había una guía telefónica para Manhattan en la droguería, de modo que dejé al operador de Información que me lo buscara. Encontró un Burton Havermeyer en la calle 123 oeste. Marqué el número y no me contestó nadie. La droguería tenía una barra donde comer. Me senté en un taburete y comí un sándwich de queso al grill y un trozo de tarta de cereza demasiado dulce y bebí dos tazas de café solo. El café no estaba mal, pero no tenía comparación con el que había hecho Jan en su cafetera de filtro Chemex.

Pensé en ella. Entonces fui al teléfono otra vez y casi marqué su número, pero intenté el número de Havermeyer de nuevo. Esta vez contestó. Dije:

—¿Burton Havermeyer? Me llamo Matthew Scudder. Me preguntaba si podía ir a verle esta tarde.

—¿Sobre qué?

—Es un asunto policiaco. Algunas preguntas que quería hacerle. No le ocuparé mucho de su tiempo.

—¿Es usted agente de policía?

—Diablos, lo era.

—Yo también. ¿Me podría decir qué quiere de mí, señor...?

—Scudder —facilité—. Es una historia antigua, en realidad. Soy detective ahora y estoy trabajando en un caso en el cual estaba implicado usted cuando estaba en el seis-uno.

—Eso fue hace años.

—Lo sé.

—¿No podemos hablar de esto por teléfono? No puedo imaginar qué información podría tener yo que le fuera útil. Yo era un policía de a pie, no trabajaba en los casos. Yo...

—Me gustaría ir a verle, si puede ser.

—Bueno, yo...

—No le ocuparé mucho tiempo.

Hubo una pausa.

—Es mi día libre —dijo, con lo que era exactamente un gimoteo—. Sólo tenía pensado quedarme en casa, tomar un par de cervezas, ver un partido de béisbol.

—Podemos hablar durante los anuncios.

—Vale, gana usted. —Se rio—. ¿Sabe la dirección? El nombre está en el timbre. ¿Cuándo debo esperarle?

—Una hora, hora y media.

—Bien.

El Upper West Side es otro barrio que está mejorando, pero el renacimiento local todavía no ha cruzado la calle 96. Havermeier vivía en la 102 entre Columbus y Ámsterdam en uno de los edificios de piedra marrón que llenaban ambos lados de la calle. La vecindad es mayoritariamente hispana. Había mucha gente sentada en los portales, escuchando radios portátiles enormes y bebiendo Miller High Life de bolsas de papel marrón. De cada tres mujeres, una estaba embarazada. Encontré el edificio correcto y llamé al timbre y subí cuatro tramos de escaleras. Me estaba esperando en la puerta de uno de los apartamentos de atrás.

—¿Scudder? —Yo asentí con la cabeza—. Burt Havermeier. Pase.

Le seguí a un estudio bastante grande con una cocina Pullman. La luz de arriba era una bombilla desnuda en una de esas pantallas japonesas. Las paredes necesitaban pintarse.

Me senté en el sofá y acepté una lata de cerveza que me dio. Abrió una para sí mismo, entonces dio la vuelta para apagar la televisión, una portátil de blanco y negro colocada de modo no muy firme encima de una caja de naranjas que contenía libros en rústica en las dos estanterías de abajo.

Cogió una silla para él, cruzó las piernas. Parecía tener treinta y pocos años, 1,77 m., tez pálida, con hombros estrechos y una barriga de cerveza. Llevaba pantalones marrones de gabardina y una camisa de deporte con un diseño marrón y beige. Tenía los ojos negros y hundidos, mandíbula fuerte y el pelo de color marrón oscuro

emplastado con brillantina, y no se había afeitado esa mañana. Yo tampoco, ahora que lo pienso.

—Hace unos nueve años —dije— una mujer llamada Susan Potowski.

—Lo sabía.

—¿Ah, sí?

—Colgué y pensé ¿para qué quiere hablar conmigo sobre un caso de hace nueve o diez años? Entonces me imaginé que tenía que ser lo del Piolet. Leí los periódicos. Cogieron a un tío, ¿verdad? Hicieron una redada y él se cayó adentro.

—Más o menos.

Le expliqué cómo Louis Pinel había negado su papel en la muerte de Barbara Ettinger y cómo los hechos parecían corroborarlo.

—No entiendo —dijo—. Eso deja algo como ocho asesinatos todavía, ¿no? ¿No es bastante para encarcelarlo?

—No es bastante para el padre de la mujer Ettinger. Quiere saber quién mató a su hija.

—Y ese es tu trabajo. —Silbó suavemente—. ¡Qué suerte!

—Así es. —Bebí un poco de cerveza de la lata—. Me imagino que no hay ninguna conexión entre el asesinato Potowski y el que estoy investigando, pero los dos están en Brooklyn y quizás Pinel no hizo ninguno de los dos. Usted fue el primer agente de policía en la escena. ¿Se acuerda bien de aquel día?

—Dios —dijo—. Debería.

—¿Sí?

—Dejé el cuerpo por ello. Pero supongo que eso se lo dijeron allá en Sheepshead Bay.

—Todo lo que me dijeron fue motivos personales sin especificar.

—¿De veras? —Sujetaba la lata de cerveza con las dos manos y quedó sentado con la cabeza baja, mirándola—. Me acuerdo de cómo gritaban sus niños —dijo—. Me acuerdo de saber que iba a ver algo muy malo, y entonces el próximo recuerdo que tengo es que estoy en su cocina y mirando el cadáver. Uno de los niños está cogido a mi pantalón como hacen los niños, ya sabes cómo te digo, y la estoy mirando a ella y cierro los ojos y los vuelvo a abrir y la imagen no cambia. Llevaba una especie de bata. Tenía como escritura japonesa y un dibujo de un pájaro, arte estilo japonés. ¿Un kimono? Supongo que lo llamarías kimono. Recuerdo el color. Naranja, con el borde negro. —Me miró, entonces bajó la mirada otra vez—. La bata estaba abierta. El kimono. Parcialmente abierto. Tenía esos puntos por todo su cuerpo, como signos de puntuación. Donde le cogió con el piolet. La mayoría en el torso. Tenía unos pechos muy bonitos. Es terrible recordar una cosa así, pero ¿cómo dejar de recordar? De pie allí, fijándome en todas las heridas en sus pechos, y está muerta, y sigo fijándome en que tiene un magnífico par de tetas. Y odiándome por pensarlo.

—Ocurre.

—Ya lo sé, lo sé, pero se queda en tu mente como un hueso grabado en la garganta. Y los niños llorando, y ruidos fuera. Al principio no oí nada del ruido porque verla simplemente aísla todo lo demás. Como te deja sordo, te deja sin los otros sentidos. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí.

—Entonces viene el sonido, y el niño sigue cogido a mi pantalón, y si llega a tener cien años, así es como va a recordar a su madre. Personalmente, nunca la había visto en mi vida, y no podía sacar esa imagen de la cabeza. Se me repetía día y noche. Cuando dormía entraba en mis pesadillas y durante el día me venía a la mente de vez en cuando. No quería entrar en ningún sitio. No quería arriesgarme a encontrarme otro cadáver. Y, finalmente, caí en la cuenta de que no quería quedarme en un trabajo donde se mata a la gente y es cosa tuya ocuparte de ello. Motivos personales no especificados. Pues, acabo de especificar. Le di un poco de tiempo, no se me quitó y lo dejé.

—¿Qué haces ahora?

—Guardia de seguridad. —Nombró una tienda en el centro de la ciudad—. Probé un par de otras cosas, pero he tenido este trabajo desde hace ya siete años. Llevo uniforme y hasta llevo una pistola en la cadera. En el trabajo que tenía antes que este, llevabas pistola, pero no estaba cargada. Eso me volvía loco. Dije que llevaría pistola o no la llevaría, no me importaba, pero que no me den una pistola no cargada porque entonces los malos creen que estás armado, pero no te puedes defender. Ahora tengo una pistola cargada y no ha salido de la pistolera en siete años y así me gusta. Soy un impedimento al robo y ratería de tiendas. No tanto impedimento como nos gustaría. Los rateros pueden ser bastante listos.

—Me lo puedo imaginar.

—Es un trabajo aburrido. Eso me gusta. Me gusta saber que no tengo que entrar en la cocina de alguien y que está la muerte en el suelo. Bromeo con otra gente en el trabajo, pillo a un ratero de vez en cuando y todo está bien estable. Tengo una vida simple, ¿sabes lo que quiere decir? Me gusta así.

—Una pregunta sobre la escena del asesinato.

—Claro.

—Los ojos de la mujer.

—Ah, Dios —dijo—. Tendría que acordarme.

—Oriéntame.

—Sus ojos estaban abiertos. Apuñalaba a todas las víctimas en los ojos. Yo no sabía eso. Se mantenía fuera de los periódicos, de la manera que guardan algo, ¿sabes? Pero cuando llegaron los detectives lo vieron enseguida y eso dejó seguro, ¿sabes?, que no era caso nuestro y pudimos pasarlo a otro distrito. No me acuerdo cuál.

—Midtown Sur.

—Si tú lo dices. —Cerró los ojos un momento—. ¿Dije que tenía los ojos

abiertos? Mirando fijamente al techo. Pero eran como óvalos de sangre.

—¿Los dos ojos?

—¿Perdón?

—¿Estaban iguales los dos ojos?

—¿Por qué? —asintió con la cabeza.

—Barbara Ettinger fue apuñalada en un ojo sólo.

—¿Hay alguna diferencia?

—No sé.

—Si alguien fuera a copiar al asesino, lo copiaría completamente, ¿no?

—Pensarías que sí.

—A no ser que fuera él y por una vez tuviera prisa. De todos modos, ¿quién sabe con un loco? Quizás esta vez Dios le dijo que sólo apuñalase un ojo. ¿Quién sabe?

Fue a coger otra cerveza y me ofreció una, pero pasé. No quería quedarme el tiempo suficiente para beberla. Realmente sólo había tenido una pregunta que hacerle y su respuesta no había hecho más que confirmar el informe médico. Supongo que la podía haber hecho por teléfono, pero entonces no habría tenido la misma oportunidad para explorar su memoria y sacar un sentido real de lo que había encontrado en esa cocina. Ahora no había ninguna duda de que había regresado en el tiempo y visto el cadáver de Susan Potowski de nuevo. No estaba adivinando que había sido apuñalada en ambos ojos. Había cerrado sus propios ojos y visto las heridas.

—A veces me pregunto —dijo—. Bueno, cuando leí lo de detener a este Pinel, y ahora tú viniendo aquí. Supongamos que no fui yo el que encontró a la mujer Potowski. O supongamos que ocurrió tres años más tarde, cuando yo tenía más experiencia. Veo cómo toda mi vida pudo ser diferente.

—Tal vez te hubieras quedado en el cuerpo.

—Es posible, ¿verdad? No sé si realmente me gustaba ser poli o si lo hacía bien. Me gustaban las clases de la academia. Me gustaba llevar el uniforme. Me gustaba ir a pie y saludar a la gente y que me devolvieran el saludo. El trabajo de policía, lo que se llama trabajo, no sé cuánto me gustaba. Quizás, si realmente hubiera tenido talento para ello no me habría afectado lo que vi en esa cocina. O lo habría aguantado y en el fondo lo habría superado. Fuiste poli y lo dejaste, ¿verdad?

—Por motivos personales sin especificar.

—Ya, supongo que eso pasa mucho.

—Había una muerte implicada —dije—. Una niña. Lo que pasa es que perdí el gusto para el trabajo.

—Exactamente lo que me pasó a mí, Matt. Perdí el gusto por ello. ¿Sabes lo que pienso? Si no hubiera sido esa cosa en particular, hubiera sido otra cosa.

¿Podría decir yo lo mismo? No se me había ocurrido esa idea antes. Si Estrellita Rivera hubiera estado en casa en la cama donde tenía que estar, ¿todavía viviría yo en Syosset y llevaría una placa? ¿O me habría dado un empujón inevitable en la dirección donde tenía que suceder algún otro incidente?

—Usted y su mujer se separaron —comenté.

—Sí.

—¿Al mismo tiempo que se retiró?

—No mucho tiempo después.

—¿Vino aquí enseguida?

—Estuve en un hotel SRO a un par de manzanas de aquí en Broadway. Me quedé allí quizás diez semanas hasta que encontré este sitio. Llevo desde entonces aquí.

—Su mujer sigue en el East Village.

—¿Qué?

—La plaza de San Marcos. Sigue viviendo allí.

—Ah, sí.

—¿Algún niño?

—No.

—Lo hace más fácil.

—Supongo que sí.

—Mi mujer e hijos están allá en Long Island. Estoy en un hotel en la calle 57.

Asintió con la cabeza, comprendiendo. La gente se muda y cambia sus vidas. Él había acabado protegiendo jerséis de cachemir. Yo había acabado haciendo lo que sea que hago. Buscando en una mina de carbón un gato negro, según Antonelli. Buscando un gato que ni siquiera estaba allí.

Cuando llegué a mi hotel tenía un mensaje de Lynn London. La llamé desde la cabina del vestíbulo y le expliqué quién era y lo que quería.

—¿Le contrató mi padre? —me preguntó—. Es extraño que no me haya dicho nada a mí. Creía que habían cogido al hombre que mató a mi hermana. ¿Por qué quería de repente...? Bueno, dejémoslo por ahora. No sé de qué manera podría ayudar.

Dije que me gustaría verla para hablar de su hermana.

—Esta noche, no —dijo enérgicamente—. Acabo de llegar de las montañas hace un par de horas. Estoy exhausta y tengo que preparar las clases para la semana.

—¿Mañana?

—Doy clases durante el día. Tengo una cita para cenar y después voy a un concierto. Los martes son las noches del grupo de terapia. ¿Quizás el miércoles? Eso tampoco me es muy conveniente, diablos.

—Quizás podamos...

—¿Quizás podamos arreglarlo por teléfono? Realmente no sé mucho, señor Scudder, y sabe Dios que ahora estoy hecha polvo, pero quizás podría aguantar, digamos diez minutos de preguntas ahora mismo, porque de lo contrario, francamente, no sé cuándo podríamos reunirnos. Realmente no sé gran cosa, fue hace muchos años y...

—¿Cuándo termina sus clases mañana por la tarde?

—¿Mañana por la tarde? Despedimos a los niños a las tres y cuarto, pero...

—La veré en su apartamento a las cuatro.

—Se lo he dicho. Tengo una cita para cenar mañana.

—Y un concierto después. La veré a las cuatro. No le robaré mucho tiempo.

No estaba muy contenta, pero lo dejamos así. Gasté otra moneda de diez centavos y llamé a Jan Keane. Resumí el día y me dijo que mi aplicación imponía respeto.

—No sé —dije—. A veces creo que estoy simplemente gastando tiempo. Pude haber conseguido lo mismo hoy con un par de llamadas telefónicas.

—Anoche pudimos habernos ocupado de lo nuestro por teléfono —dijo—. Todo lo que hubiera dado de sí.

—Me alegro de que no lo hiciéramos de ese modo.

—Yo también —dijo—. Creo. Por otra parte, tenía pensado trabajar hoy y ni siquiera podía mirar la arcilla. Sólo espero que esta resaca se me quite antes de la hora de irme a la cama.

—Yo tenía la cabeza despejada esta mañana.

—La mía sólo estaba empezando a despejarse ahora. Quizás me equivoqué al quedarme en casa. El sol podría haber quemado algo de la niebla. Ahora estoy aquí sin hacer mucho esperando una hora razonable de dormir.

Podía haber habido una invitación no explícita en la última frase. Tal vez podría

haberme invitado yo mismo allí. Pero ya estaba en casa, y una noche corta y tranquila tenía su atractivo. Le dije que quería decir cuánto había disfrutado de su compañía y que la llamaría.

—Me alegro de que llamaras —dijo—. Eres un hombre muy dulce, Matthew.

Una pausa, y entonces dijo:

—He estado pensando en ello. Probablemente lo hizo él.

—¿Él?

—Doug Ettinger. Es probable que la matara.

—¿Por qué?

—No sé por qué. La gente siempre tiene motivos para matar a sus cónyuges, ¿no? No hubo ni un día que yo no tuviera motivos para matar a Eddie.

—Quise decir por qué crees que lo hizo él.

—Ah. Lo que estaba pensando, estaba pensando en lo taimado que tendrías que ser para matar a alguien e imitar otro asesinato. Y me di cuenta de lo taimado que era ese hombre, ¡qué pájaro! Él podría planear algo así.

—Eso es interesante.

—Escucha, no tengo ningún conocimiento especial. Pero es lo que estaba pensando antes. Y ahora está haciendo, ¿qué? ¿Vendiendo artículos de deporte? ¿Es eso lo que dijiste?

Me quedé en mi habitación y leí un rato, luego cené a la vuelta de la esquina en Armstrong's. Me quedé allí un par de horas, pero no bebí mucho. Había poca gente, como suele haber los domingos. Hablé con unas pocas personas, pero la mayor parte del tiempo me quedé sentado solo y dejaba que entraran y salieran por mi mente los acontecimientos de los últimos dos días. Me marché temprano, fui caminando abajo hasta la Octava Avenida para comprar la primera edición del *News* del lunes. Volví a mi habitación, leí el periódico, me duché. Me miré en el espejo. Pensé en afeitarme, decidí esperar hasta la mañana.

Tomé la copa de dormir, una pequeña. Me acosté.

Me hallaba en un sueño profundo cuando sonó el teléfono. Estaba corriendo, detrás de alguien o alguien detrás de mí, y me senté de golpe en la cama con el corazón martilleando.

El teléfono sonaba. Estiré la mano, lo cogí.

—¿Por qué no deja a los muertos como están? —dijo una mujer.

—¿Quién es?

—Deje en paz a los muertos. Deje enterrados a los muertos.

—¿Quién es?

Se oyó un click.

Encendí la luz y miré el reloj. Era sobre la una y media. Llevaba una hora dormido, si acaso.

¿Quién me había llamado? Era una voz que había oído antes, pero que no podía identificar. ¿Lynn London? No lo creía.

Salí de la cama, ojeé unas páginas de la libreta, volví a coger el teléfono. Cuando el operador del hotel se puso le leí el número. Me pasó y escuché mientras sonó dos veces.

Lo contestó una mujer. La misma mujer que me había acabado de decir que dejara en paz a los muertos. Había oído su voz una vez antes de esa, y ahora la recordaba.

No tenía nada que decirle que no pudiera esperar un día o dos. Sin decir nada, colgué el auricular y volví a la cama.

Después del desayuno, al día siguiente, llamé a la oficina de Charles London. No había llegado todavía. Di mi nombre y dije que llamaría más tarde. Gasté otra moneda de diez centavos llamando a Frank Fitzroy en el distrito 13.

—Scudder —dije—. ¿Dónde tienen a Pinel?

—Le tenían en el centro. Luego creo que lo mandaron a Rikers Island. ¿Por qué?

—Me gustaría verle. ¿Qué posibilidades tengo?

—Pocas.

—Podrías ir allí tú —sugerí—. Yo podría ser otro agente que va por el paseo.

—No sé, Matt.

—Tendrías algo por tu tiempo.

—No es eso. Créeme. Lo que pasa es que este gilipollas se cayó en nuestro regazo y me fastidiaría un montón verle escapar por un tecnicismo. Metemos un visitante desautorizado y se entera su abogado y se mosquea y podría joder el caso entero. ¿Me sigues?

—No me parece muy probable.

—Quizás no, pero es un riesgo que no tengo prisa en correr. ¿Qué quieres de él, de todas maneras?

—No sé.

—Quizás yo podría hacerle una pregunta o dos por ti. Suponiendo que yo pudiera verlo, de lo cual no estoy muy seguro. Puede que su abogado haya cortado los visitantes. Pero si tienes una pregunta específica...

Estaba en la cabina telefónica del vestíbulo de mi hotel y alguien estaba tocando en la puerta. Le dije a Frank que esperara un segundo y abrí un poco. Era Vinnie, el recepcionista, para decirme que tenía una llamada. Pregunté quién era y dijo que era una mujer y que no había dicho su nombre. Me pregunté si sería la misma que había llamado la noche anterior.

Le dije que la pasara a la línea interior y que lo cogería en un minuto. Destapé el micrófono del teléfono que sujetaba y le dije a Frank que no podía pensar en nada particular que quisiera preguntarle a Louis Pinel, pero que tendría en mente su oferta. Me preguntó si llegaba a algún lugar con la investigación.

—No sé —dije—. Es difícil decirlo. Le estoy echando horas.

—Dándole a como-se-llame el valor de su dinero. London.

—Supongo que sí. Tengo una sensación de que la mayoría es movimiento mal empleado.

—Siempre es así, ¿verdad? Hay días que creo que pierdo el noventa por ciento. ¿No crees?

—Probablemente.

Terminé con él, fui al despacho y cogí el teléfono interior. Era Anita.

—¿Matt? Sólo quería decirte que llegó el talón —dijo.

—Bien, siento que no sea más.

—Llegó en un buen momento.

Le mandaba dinero para ella y los chicos cuando lo tenía para mandar. Nunca llamaba sólo por decir que había llegado.

Pregunté por los chicos.

—Están bien —dijo—. Aunque están en el colegio ahora.

—Claro.

—Supongo que hace tiempo que no los has visto.

Sentí un pequeño alfileretazo rojo de ira. ¿Había llamado sólo para decirme eso? ¿Sólo para apretar el botoncito de la culpabilidad?

—Estoy en un caso —dije—. En cuanto termine, cuando sea, quizás puedan venir y veremos un partido de béisbol en el Garden. O un combate de boxeo.

—Les gustaría eso.

—A mí también. —Pensé en Jan, aliviada porque sus niños estaban al otro lado del país, aliviada de no tener que visitarles más, y sintiéndose culpable por su alivio—. Me gustaría mucho —dije.

—Matt, llamé por...

—¿Sí?

—Ah, Dios —dijo, parecía triste y cansada—. Es Bandy —dijo—. El perro. ¿Te acuerdas de Bandy?

—Claro. ¿Qué es de él?

—Ah, es triste —dijo—. El veterinario dijo que deberíamos ponerle una inyección. Dijo que realmente no se puede hacer nada a estas alturas.

—Ah —dije—. Pues, supongo que si hay que hacer eso...

—Ya lo hice. El viernes.

—Oh.

—Supongo que pensaba que querías saberlo.

—Pobre Bandy —dije—. Debía tener doce años.

—Tenía catorce.

—No me daba cuenta de que fuera tan viejo. Es una vida larga para un perro.

—Dicen que es equivalente a noventa y ocho para un ser humano.

—¿Qué le pasaba?

—El veterinario dijo que simplemente se desgastó. Sus riñones estaban en mal estado. Y estaba casi ciego. Sabías eso, ¿no?

—No.

—Desde hace un año o dos le fallaba la vista. Estaba tan triste, Matt. Los chicos perdieron interés por él. Creo que eso fue lo más triste. Cuando era más joven lo querían, pero ellos crecieron y él se envejeció y perdieron interés. —Empezó a llorar.

Me quedé allí con el teléfono al oído y no dije nada.

—Lo siento, Matt.

—No seas tonta.

—Te llamé porque quería contárselo a alguien y ¿a quién más podía decírselo? ¿Te acuerdas de cuando lo cogimos?

—Me acuerdo.

—Yo quería llamarle Bandit por las marcas en la cara, su antifaz. Tú dijiste lo de que si le pones un nombre malo a un perro se hace malo, pero ya le llamábamos Bandy. De modo que decidimos pensar que era derivado de Bandersnatch.

—De Alicia en el País de las Maravillas.

—El veterinario dijo que no sentiría nada. Simplemente se durmió. Él se encargó de deshacerse del cadáver.

—Está bien.

—Tuvo una buena vida, ¿no crees? Y era un perro tan bueno. Era tan payaso. Siempre me podía hacer reír.

Habló un poco más. La conversación simplemente se desgastó, como el perro. Me dio las gracias de nuevo por el talón y volví a decir que me hubiera gustado que fuera más. Le pedí que dijera a los chicos que les vería en cuanto terminara el caso presente. Dijo que se aseguraría de decírselo. Colgué el teléfono y salí fuera.

El sol se tapaba por las nubes y soplaba un viento frío. A dos portales del hotel hay un bar que se llama McGovern's. Abren temprano.

Entré. El local estaba vacío excepto por dos viejos, uno detrás de la barra, otro delante. La mano del camarero temblaba un poco mientras me sirvió una copa doble de *Early Times* y la acompañó de un vaso de agua.

Levanté la copa, pensando en lo aconsejable de una visita temprana a la oficina de London con bourbon en el aliento, entonces decidí que era una excentricidad perdonable en un detective privado no oficial. Pensé en el pobre viejo Bandy, pero claro que realmente no estaba pensando en el perro. Para mí, y probablemente para Anita, era uno de los pocos hilos que todavía nos unía. Un poco como el matrimonio, había tomado su tiempo en morirse.

Bebí la copa y salí de allí.

La oficina de London estaba en la planta 16 de un edificio de veinticuatro pisos en la calle Pine. Compartí el ascensor con dos hombres vestidos con ropa de trabajar de color verde bosque. Uno llevaba una carpeta de pinza, el otro, una caja de herramientas. Ninguno de los dos hablaron, yo tampoco. Antes de encontrar la oficina de London, me sentía como una rata en un laberinto. Su nombre era el primero de cuatro en la puerta de cristal deslustrado. Adentro, una recepcionista con un ligero acento inglés me invitó a tomar asiento, entonces habló en voz baja por teléfono. Miraba una copia de *Deportes Ilustrados* hasta que se abrió una puerta y Charles London me hizo señas con la mano para entrar en su oficina privada.

Era una habitación bastante grande, cómoda sin ser lujosa. Había una vista del puerto desde su ventana, obstruida sólo parcialmente por los edificios que lo

rodeaban. Nos quedamos de pie a ambos lados de la mesa, y sentí algo en el aire entre nosotros. Por un momento me arrepentí de ese bourbon en McGovern's, entonces me di cuenta de que no tenía nada que ver con la cortina que parecía separarnos.

—Ojalá me hubiera llamado —dijo—. Podría haberse ahorrado un viaje hasta aquí.

—Llamé y me dijeron que no había llegado todavía.

—Recibí el mensaje de que llamaría más tarde.

—Pensé que ahorraría una llamada.

Asintió con la cabeza. Su traje parecía ser el mismo que había llevado en Armstrong's, excepto que la corbata era diferente. Estoy seguro de que el traje y la camisa eran diferentes, también. Probablemente tendría seis trajes idénticos, y dos cajones de camisas blancas.

—Voy a tener que pedirle que deje el caso, Sr. Scudder —dijo.

—¿Sí?

—No parece sorprendido.

—Sentí las vibraciones al entrar aquí. ¿Por qué?

—Mis motivos no son importantes.

—Para mí, lo son.

Se encogió de hombros.

—Me equivoqué —dijo—. Le mandé a un recado de locos. Era una pérdida de dinero.

—Ya ha malgastado el dinero. ¿Por qué no dejar que le dé algo por él? No se lo puedo devolver porque ya lo gasté.

—No esperaba una devolución.

—Y no vine aquí a pedir dinero adicional. De modo que, ¿qué ahorrar al decirme que deje al caso?

Los ojos azul claro parpadearon dos veces detrás de las gafas sin aros. Me pidió sentarme. Dije que estaba cómodo de pie. Se quedó de pie también.

—Me comporté neciamente. Buscando venganza, un justo castigo. Turbando aguas. O la mató ese hombre o lo hizo algún otro maníaco, y probablemente no hay manera de que lo sepamos fijo nunca. Me equivoqué al hacerle remover el pasado y perturbar el presente.

—¿Es eso lo que he estado haciendo?

—¿Cómo ha dicho?

—¿Remover el pasado y perturbar el presente? Quizás eso sea una buena definición de mi papel. ¿Cuándo decidió echarme?

—Eso no es importante.

—Le alcanzó Ettinger, ¿verdad? Debió ser ayer. Los sábados son días ocupados en la tienda, venden muchas raquetas de tenis. A lo mejor le llamó a usted anoche, ¿no? —Cuando vaciló dije—: Adelante. Dígame que no tiene importancia.

—No la tiene. Más pertinente, no es asunto suyo, Sr. Scudder.

—Recibí una llamada que me despertó anoche sobre la una y media de la segunda señora Ettinger. ¿Le llamó a usted sobre la misma hora?

—No sé de qué me está hablando.

—Tiene una voz distintiva. La oí el día anterior cuando llamé a Ettinger a casa y me dijo que estaba en la tienda en Hicksville. Me llamó anoche para decirme que dejara a los muertos enterrados. Parece ser lo que quiere usted también.

—Sí —dijo—. Eso es lo que quiero.

Cogí un pisapapeles de encima de su mesa. Una etiqueta de latón de dos centímetros lo identificó como un trozo de madera petrificada del desierto de Arizona.

—Entiendo de qué tiene miedo Karen Ettinger. Puede resultar que su marido sea un asesino, y eso realmente le pondría el mundo al revés. Creería que una mujer, en su situación, querría saberlo de un modo u otro. ¿Cómo se iba a sentir cómoda, de aquí en adelante, viviendo con un hombre del que ella sospecha a medias haber matado a su primera esposa? Pero la gente es así de extraña. Pueden expulsar las cosas de la mente. Lo que pasara, fue hace años y en Brooklyn. Y la chica está muerta, ¿no? La gente cambia de casa y sus vidas cambian, de modo que no tiene por qué preocuparse, ¿verdad?

No dijo nada. Su pisapapeles tenía un trozo de fieltro en la parte de abajo para que no rayara la mesa. Lo volví a colocar, la parte del fieltro abajo. Dije:

—Usted no se preocuparía del mundo de Ettinger, ni del mundo de su mujer. ¿Qué más le da si se les molesta un poco? A no ser que Ettinger tuviera manera de presionarle, pero no creo que sea eso. No creo que usted sea muy fácil de atosigar.

—Señor Scudder...

—Es otra cosa, ¿pero qué? No es dinero, ni una amenaza física. Ah, diablos, sé lo que es.

Evitó mis ojos.

—Su reputación. Tiene miedo de lo que pueda encontrar en la tumba con ella. Ettinger le debió haber dicho que tenía un amante. A mí me dijo que no lo tenía, pero no creo que sea tan comprometido decir la verdad. De hecho, sí que parece que se veía con un hombre. Quizás con más de uno. Eso puede ir en contra de su sentido del decoro, pero no pesa mucho contra el hecho de que fuera asesinada. Puede ser que la matara un amante. Puede ser que la matara su marido. Hay toda clase de posibilidades, pero usted no quiere mirar ninguna porque, en el proceso, puede que el mundo se entere de que su hija no era una virgen.

Por un momento, parecía que iba a perder la paciencia. Entonces, algo se apagó en sus ojos.

—Me temo que tengo que pedirle que se vaya ahora —dijo—. Tengo que hacer unas llamadas y una cita dentro de quince minutos.

—Supongo que los lunes son días ajetreos en los seguros, como los sábados en artículos de deportes.

—Siento que esté resentido. Quizás más tarde aprecie mi postura, pero...

—Ah, sí que aprecio su postura —dije—. Su hija fue asesinada por un loco sin ningún motivo y se ajustó a esa realidad. Luego tendría que ajustarse a una nueva realidad, y eso significaría luchar a brazo partido con la posibilidad de que alguien tuviera un motivo para matarla, y también que podría ser un buen motivo. —Negué con la cabeza, impaciente conmigo mismo por hablar demasiado—. Vine aquí para coger una foto de su hija —dije—. Supongo que no la ha traído, por casualidad.

—¿Para qué la quería?

—¿No se lo dije el otro día?

—Pero ahora está fuera del caso —dijo—. Podía estar explicándole algo a un niño un poco lento. No espero una devolución, pero quiero que suspenda el trabajo.

—Quiere echarme.

—Si prefiere expresarlo así.

—Pero, en primer lugar nunca me contrató. De modo que, ¿cómo me puede echar?

—Señor Scudder...

—Cuando abres una lata de gusanos, no puedes decidir simplemente volver a meter los gusanos en la lata. Hay muchas cosas en marcha y quiero ver adonde llevan. No voy a parar ahora.

Tenía una extraña expresión en la cara, como si me tuviera un poco de miedo. Quizás había levantado la voz, o parecía amenazante de alguna manera.

—Relájese —le dije—. No molestaré a los muertos. Los muertos están más allá de las molestias. Tenía derecho a pedirme que dejara el caso y tengo derecho a decirle que se vaya al infierno. Soy un ciudadano privado siguiendo una investigación no oficial. Podría hacerlo más eficazmente si tuviera su ayuda, pero puedo sin ella.

—Ojalá que lo dejara.

—Y ojalá que usted me apoyara. Y los deseos no son cabal os, para ninguno de los dos. Siento que esto no vaya como usted quería. Intenté decirle que así podría ser el caso.

Supongo que no quería escuchar.

Al bajar, el ascensor paró en casi todas las plantas. Salí a la calle. Todavía estaba nublado, y hacía más frío de lo que recordaba. Caminé una manzana y media hasta que encontré un bar. Tomé un bourbon doble rápido y marché. A unas manzanas más allá, paré en otro bar y tomé otra copa.

Encontré un metro, iba en dirección a las afueras, luego cambié de parecer y esperé un tren para Brooklyn. Me bajé y subí una calle caminando y bajé otra y acabé en Boerum Hill.

Paré en una iglesia de Pentecostés en Schermerhorn. El tablón de anuncios estaba lleno de noticias en español. Me quedé allí sentado unos minutos, esperando que las cosas se organizaran en mi mente, pero no funcionó. Encontré mis pensamientos botando de aquí para allí entre cosas muertas, un perro muerto, un matrimonio

muerto, una mujer muerta en su cocina, una pista muerta.

Un hombre que estaba quedándose calvo, que usaba jersey sin mangas sobre una camisa color granate, me preguntó algo en español. Supongo que quería saber si me podía ayudar. Me levanté y me marché.

Caminé un poco más. Una cosa curiosa, pensé, era que de alguna manera me sentía más comprometido en la búsqueda del asesino de Barbara Ettinger de lo que me había sentido antes de que su padre me echara. Todavía era una búsqueda tan desesperada como lo había sido desde el principio, doblemente desesperada ahora que ni siquiera tenía la cooperación de mi cliente. Y sin embargo, yo parecía creer lo que le había dicho de las fuerzas en marcha. Ciertamente los muertos estaban más allá de las molestias, pero yo había empezado a molestar a los vivos y sentía que podría llegar a algún sitio.

Pensé en el pobre viejo Bandersnatch, siempre listo para correr detrás de un pato o dar un paseo. Te traía uno de sus juguetes favoritos como señal de sus ganas de jugar. Si te quedabas allí sin hacer nada lo dejaba caer a tus pies, pero si intentabas agarrarlo, lo cogía y resistía sin cejar.

Quizás lo había aprendido de él.

Fui al edificio en la calle Wyckoff. Llamé al timbre de Donald Gilman y Rolfe Waggoner. No estaban en casa. Tampoco estaba Judy Fairborn. Seguí caminando por delante del edificio donde Jan había vivido con... ¿cómo se llamaba? Edward. Eddie. Paré en un bar y tomé una copa. Sólo una medida de bourbon, no una doble. Sólo un poquito, bebiendo para alejar el frío del aire.

Decidí que iba a ir a ver a Louis Pinel. De entrada le preguntaría si había usado un piolet diferente cada vez que mataba. Las autopsias no habían indicado ni una cosa ni otra.

Quizás la medicina forense no está tan desarrollada todavía.

Me preguntaba de dónde sacaba los piolets. Un piolet me parecía un instrumento muy anticuado. ¿Para qué lo podrías usar aparte del asesinato? La gente ya no tenía neveras de hielo, no tenía bloques de hielo traídos por un repartidor. Usaba bandejas de agua para hacer cubitos de hielo, o tendría un chisme en su nevera que producía cubitos automáticamente.

La nevera de Syosset había tenido un congelador automático.

¿Dónde podías comprar un piolet? ¿Cuánto costaban? De repente, estaba invadido de preguntas sobre piolets. Paseé, encontré un cinco y diez, pregunté a un dependiente en el departamento de artículos de uso doméstico que dónde podía encontrar un piolet, me mandó a otro departamento de ferretería donde un dependiente me dijo que no tenía piolets.

—Supongo que son anticuados —dije.

No se molestó en contestar. Caminé un poco más, paré delante de una tienda que

vendía cosas de ferretería y de cocina. El chico detrás del mostrador llevaba una rebeca de pelo de camello y mordisqueaba la colilla de un puro. Pregunté si tenía piolets y sin una palabra se dio la vuelta y volvió con uno fijado con grapas a un trozo de cartón.

—Noventa y ocho centavos —dijo—. Es un dólar seis con el impuesto.

En realidad, no lo quería. Sólo había querido saber el precio y su disponibilidad. De todos modos, lo pagué. Fuera paré en un cubo de basura y tiré la bolsa de papel de estraza y el trozo de cartón y examiné mi compra. La hoja era de diez o doce centímetros de largo, la punta afilada. El asa era un cilindro de madera oscura. Lo sujeté primero en una mano y luego en la otra, lo dejé caer de nuevo en mi bolsillo.

Volví a la tienda. El hombre que me lo había acabado de vender levantó los ojos de una revista.

—Acabo de comprarle un piolet —le dije.

—¿Le pasa algo?

—Está bien. ¿Vende muchos de ellos?

—Algunos.

—¿Cuántos?

—No tenemos ningún registro. Vendemos uno de vez en cuando.

—¿Para qué los compra la gente?

Me echó la mirada cautelosa que te dan cuando la gente empieza a sospechar de tu cordura.

—Para lo que quieran —dijo—. No creo que se limpien los dientes con ellos, pero cualquier otra cosa que quieran.

—¿Lleva usted mucho tiempo aquí?

—¿Perdón?

—Que si tiene esta tienda desde hace mucho tiempo.

—Lo suficiente.

Asentí con la cabeza, marché. No le pregunté quién le había comprado un piolet hace nueve años. Si se lo hubiera preguntado, él no sería el único dudando de mi cordura. Pero si alguien le hubiera hecho esa pregunta justo después de cuando Barbara Ettinger fue asesinada, si alguien se lo hubiera preguntado y a todos los otros comerciantes de ferretería y artículos de uso doméstico en esa parte de Brooklyn, y si hubieran enseñado las fotografías apropiadas y hecho unas cuantas preguntas apropiadas más, quizás habrían descubierto al asesino de Barbara Ettinger allí mismo.

No había motivo para hacerlo. No había motivo para pensar que no fuera lo que parecía, otro punto para el Merodeador del Piolet.

Caminé un poco, la mano agarrando el asa del piolet en mi bolsillo. Una cosita útil. No podrías rajar con él, sólo podrías apuñalar, pero de todos modos le haría un buen trabajo a alguien.

¿Era legal llevarlo? La ley lo clasificaba no como un arma mortal, sino como un instrumento peligroso. Armas mortales son cosas como pistolas cargadas, navajas

automáticas, sevillanas, puñales, porras, cachiporras y puños de hierro, artículos sin ninguna otra función que atracar y asesinar. Un piolet tenía otros empleos, aunque el hombre que me lo vendió no supo decirme ninguno de ellos.

Pero bueno, eso no significaba que pudieras llevarlo legalmente. Un machete es un instrumento peligroso a los ojos de la ley, no un arma mortal, pero no se te permite llevar uno por las calles de Nueva York.

Saqué la cosa de mi bolsillo un par de veces y la miré. En algún punto la dejé caer en la alcantarilla.

¿Había desaparecido de la misma manera el piolet que se usó con Barbara Ettinger? Era posible. Hasta era posible que lo hubiera dejado caer por esa misma alcantarilla. Toda clase de cosas era posible.

El viento empeoraba en vez de mejorar. Paré a tomar otra copa.

Perdí el sentido del tiempo. En algún punto, miré el reloj y eran las cuatro menos veinticinco. Me acordé de que tenía que ver a Lynn London a las cuatro. No veía cómo iba a llegar allí para esa hora. Aunque estaba en Chelsea, no tardaría tanto... Entonces, me paré. ¿De qué me preocupaba? ¿Para qué romperte la cabeza cumpliendo una cita cuando ella misma no estaría aguardándome? Porque su padre le habría hablado esta mañana temprano o tarde en la noche anterior, y ya sabría que había habido un cambio en la política de la familia London. Matthew Scudder ya no representaba los mejores intereses de London. Persistía en su locura por motivos propios, y quizás tuviera el derecho de hacer esto, pero no podía contar con la cooperación de la maestra hija de Charles London.

—¿Dijo algo?

Levanté la vista, encontré los cálidos ojos castaños del camarero.

—Sólo hablando conmigo mismo —dije.

—No hay nada malo en eso.

Me gustó su actitud.

—Más vale que ponga otra —dije—. Y tómese algo usted también.

Llamé a Jan dos veces desde Brooklyn y su línea estuvo comunicando ambas veces. Cuando llegué a Manhattan la volví a llamar desde Armstrong's y comunicaba otra vez.

Terminé una taza de café con unas gotas y lo intenté de nuevo y seguía comunicando. Le pedí al operador que comprobara la línea. Volvió y me dijo que el teléfono estaba descolgado. Hay una manera que tiene para hacerlo sonar aunque lo hayan descolgado, y pensé en identificarme como policía y decirle que lo hiciera, pero decidí pasar.

No tenía derecho a interrumpir a la mujer. Quizás estaba durmiendo. Quizás tenía

compañía.

Quizás había un hombre allí, o una mujer. No era asunto mío.

Algo se asentó en mi estómago y ardía allí como carbón caliente. Tomé otra taza de café con sabor a bourbon para ahogarlo.

La tarde marchaba deprisa. Realmente no le prestaba mucha atención. Mi mente tendía a vagar. Tenía cosas en que pensar.

En un punto me encontré en el teléfono, marcando el número de London. Ninguna respuesta. Bueno, me había dicho que tenía entradas para un concierto. Y de todos modos, no me acordaba de por qué la estaba llamando. Ya había decidido que no tenía sentido. Era por eso que había perdido la cita con ella.

No creo que hubiera aparecido. Me habría dejado allí, como un tonto. Así que llamé a Jan otra vez. Todavía comunicando.

Pensé en ir hasta allí. No tardaría mucho en taxi. ¿Pero de qué serviría? Cuando una mujer descuelga su teléfono no es porque espera que vengas a tocar a su puerta.

A la mierda con ella.

De vuelta al bar, alguien estaba hablando del Acuchillador de la Primera Avenida. Según lo que decían seguía en libertad. Una de las víctimas supervivientes había descrito cómo el hombre intentó emprender una conversación con él antes de sacar su arma y atacar. Pensé en el pequeño artículo que había leído sobre agresores preguntándote la hora o direcciones. «No hables con extraños», pensé.

—Ese es el problema con este lugar esta noche —dije—. Demasiados extraños.

Un par de personas me miraron. De detrás de la barra, Billie me preguntó si estaba bien.

—Estoy bien —le aseguré—. Sólo que está demasiado lleno esta noche. No hay sitio para respirar.

—Puede ser una buena noche para acostarse temprano.

—Lo has dicho.

Pero no me apetecía acostarme, sólo marcharme corriendo de allí. Di la vuelta a la esquina al McGovern's y me tomé una rápida. El local estaba muerto, de modo que no me quedé mucho tiempo. Fui a la jaula de Polly al otro lado de la calle y marché cuando el pinchadiscos empezó a molestarme.

El aire fuera era vigorizante. Se me ocurrió que había llevado todo el día bebiendo y eso subía un huevo el alcohol, pero parecía que lo llevaba bien. No me afectaba en absoluto. Estaba completamente despierto, con la mente despejada, la cabeza despejada. Pasarían horas antes de que pudiera dormir.

Di la vuelta a la manzana, paré en un antro en la pared de la Octava Avenida, paré otra vez en Joey Farrel's. Me sentía inquieto y belicoso y salí de allí cuando el camarero me dijo algo que me irritó. No me acuerdo de lo que era.

Entonces me hallé caminando. Me encontraba en la Novena Avenida, al otro lado

de la calle del Armstrong's, caminando hacia el sur, y había algo en el aire que me ponía en guardia. Aún pensando en la sensación, un hombre joven salió de un portal a unos diez metros delante de mí.

Tenía un cigarrillo en una mano. Mientras me acercaba, se puso en mi camino deliberadamente y me pidió una cerilla.

Así es como lo hacen los cabrones. Uno te para y te mide con la vista. El otro se acerca por atrás, y tienes un antebrazo alrededor de la tráquea, un cuchillo en la garganta.

No fumo, pero generalmente llevo una cajetilla de cerillas en el bolsillo. Formé una bocina con las manos, encendí una cerilla. Metió el cigarro sin encender entre sus labios y se inclinó hacia adelante, y eché la cerilla ardiendo en su cara de un capirotazo y le entré por debajo, cogiéndole y empujándole fuertemente, haciéndole retroceder a un muro de ladrillos detrás de él.

Yo me di la vuelta rápidamente, preparándome para su compañero. No había nadie detrás de mí. Nada más que una calle vacía.

Eso lo hacía más sencillo. Seguí dando la vuelta y giré la cabeza hacia él cuando se alejó del muro con los ojos y la boca muy abiertos. Era de mi altura, pero más ligero, en los últimos dieciséis o principios de los veinte, pelo negro sin peinar y una cara tan blanca como el papel en la luz de las farolas.

Me acerqué rápidamente y le pegué en la barriga. Me asestó un golpe lateral y lo esquivé y volví a pegarle unos centímetros por encima de la hebilla del cinturón. Eso le hizo bajar las manos y le di con mi antebrazo derecho en forma de arco y en la boca con el codo. Se echó para atrás y se tapó la boca con las dos manos.

—¡Date la vuelta y sujeta la pared! Venga, hijo de puta. ¡Pon las manos sobre la pared! —dije.

Dijo que yo estaba loco, que no había hecho nada. Las palabras salieron apagadas por las manos que tenía en la boca.

Pero se dio la vuelta, manos a la pared.

Me acerqué, metí un pie delante del suyo, arrastré el pie para atrás para que no pudiera salir de la pared deprisa.

—No hice nada —dijo—. ¿Qué te pasa?

Le dije que pusiera la cabeza contra la pared.

—Sólo te pedí fuego.

Le dije que se callara. Le cacheé y se quedó quieto mientras lo hacía. Un poco de sangre salía lentamente por la esquina de su boca. Nada serio. Llevaba una de esas chaquetas de cuero con cuello de pelo y dos bolsillos grandes delante. Chaquetas de bombardero, creo que se llaman. En el bolsillo de la izquierda llevaba un lío de Kleenex y un paquete de Winston Light. En el otro bolsillo llevaba una navaja. Un movimiento rápido de mi muñeca y el filo salió. Una navaja de gravedad. Una de las siete armas mortales.

—Sólo la llevo —dijo.

—¿Para qué?

—Protección.

—¿De quién? ¿Viejecitas?

Saqué una cartera de su cadera. Tenía un carnet de identidad que indicaba que era Anthony Sforczak y vivía en Woodside Queens.

—Estás muy lejos de casa, Tony —le dije.

—¿Y qué?

Tenía dos billetes de diez y algunos de uno en su cartera. En otro bolsillo del pantalón encontré una faja gorda de billetes fijada con una goma, y en el bolsillo del pecho, debajo de la chaqueta de cuero, encontré uno de esos mecheros de gas de usar y tirar.

—No tiene líquido —dijo.

Lo encendí. Saltó una llama y se la enseñé. Subió el calor y movió la cabeza con un movimiento brusco a un lado. Solté la válvula y se murió la llama.

—Antes estaba estropeado. No encendía.

—¿Entonces para qué guardarlo? ¿Por qué no tirarlo?

—Está prohibido tirar basura a la calle.

—Date la vuelta.

Salió de la pared lentamente, los ojos vigilando con recelo. Una delgada línea de sangre bajaba de la esquina de su boca por la mandíbula. La boca empezaba a hincharse un poco donde le cogí con el codo.

No moriría de eso.

Le di la cartera y el mechero. Metí el fajo de billetes en mi bolsillo.

—Ese es mi dinero —dijo.

—Lo robaste.

—¡Cojones! ¿Qué vas a hacer, quedártelo?

—¿Qué crees? —Abrí la navaja con un movimiento rápido de la muñeca y la sostuve de modo que la luz destellaba en la curva de la hoja—. Será mejor que no aparezcas en esta parte de la ciudad de nuevo. Otra cosa mejor que no hagas es llevar una navaja cuando la mitad del departamento está buscando al Acuchillador de la Primera Avenida.

Me miró fijamente. Algo en su mirada me decía que deseaba que yo no tuviese esa navaja en la mano. Le devolví la mirada y cerré la navaja, la dejé caer en el suelo detrás de mí.

—Adelante —dije—. Invito yo.

Me balanceaba en las puntas de los pies, esperándole. Por un momento, puede que lo estuviera considerando, y esperaba que se moviera. Sentía la sangre cantando en las venas, pulsando en las sienes.

—Estás loco, ¿sabes? Lo que eres es un loco. —Y se alejó cuidadosamente diez o veinte metros, luego medio corrió hasta la esquina.

Me quedé mirando hasta que estuvo fuera de vista.

La calle seguía vacía. Encontré la sevillana en la acera y la metí en el bolsillo. Al otro lado de la calle, se abrió la puerta del Armstrong's y salieron un hombre y una mujer jóvenes.

Bajaron la calle cogidos de la mano.

Me sentí muy bien. No estaba borracho. Había tenido un día de beber para mantenerme, nada más. Mira cómo me había ocupado del macarra. No les pasaba nada a mis instintos, mis reflejos no estaban lentos. El alcohol no se metía por medio. Sólo era cuestión de aprovisionarme de combustible, de mantener el tanque lleno. No había nada malo en eso.

Me desperté de repente. No hubo ningún período de calentamiento. Fue tan brusco como encender una radio. Estaba sobre la cama en mi habitación del hotel, echado encima de las mantas con la cabeza sobre la almohada. Había amontonado la ropa en la silla, pero había dormido con la ropa interior. Tenía un sabor asqueroso en la boca seca, y un dolor de cabeza que me mataba.

Me levanté. Me sentía débil y terrible, y un sentido de perdición colgaba en el aire, como si me diera la vuelta rápido y pudiera mirar a la muerte en los ojos.

No deseaba ninguna copa, pero sabía que necesitaba una para embotar el cómo me sentía. No encontré la botella de bourbon y entonces la hallé finalmente en la papelera. Evidentemente la había terminado antes de acostarme. Me preguntaba cuánto habría contenido.

No importaba. Ahora estaba vacía.

Estiré una mano, la estudié. No tenía temblores visibles. Flexioné los dedos. No tan fijos como Gibraltar, quizás, pero tampoco un caso de *delirium tremens*. Aunque, bastante débil por dentro.

No me acordaba de cómo había vuelto al hotel. Exploré mi memoria con pies de plomo y no llegaba más lejos que el chico bajando la calle corriendo y doblando la esquina.

Anthony Sforczak, ese era su nombre. ¿Ves? No pasaba nada con la memoria. Excepto que se acabó en ese punto. O quizás un momento más tarde cuando la joven pareja salió de Armstrong's y subieron la calle caminando cogidos de la mano. Luego no pude recordar nada, enfocando de nuevo al entrar en la habitación del hotel. ¿Qué hora era, de todos modos?

El reloj estaba todavía en la muñeca. Las nueve y cuarto. Y afuera había luz, de modo que eso significaba de la mañana. No es que tuviera que mirar de verdad para estar seguro.

No había perdido un día, sólo el tiempo que me había llevado caminar una media manzana a casa y meterme en la cama. Suponiendo que hubiera venido directamente a la cama. Me quité la ropa interior y me metí bajo la ducha. Mientras estuve en ella, oí el teléfono sonando. Lo dejé llamar. Pasé mucho tiempo bajo el agua caliente, luego puse un chorro de fría el tiempo que pude aguantarlo, lo cual no fue mucho. Me sequé con una toalla y me afeité. La mano no estaba tan firme como podría haber estado, pero me tomé mi tiempo y no me corté.

No me gustaba lo que veía en el espejo. Mucho rojo en los ojos. Pensé en la descripción de Havermeier de Susan Potowski, sus ojos bañados en sangre. No me gustaban mis ojos rojos, ni la mala de vasos sanguíneos rotos sobre las mejillas y por el caballete de la nariz.

Sabía lo que los había puesto allí. La bebida los puso allí. Nada más. Podía olvidarme de lo que le estaba haciendo a mi hígado porque estaba metido donde no

tenía que verlo cada mañana. Y donde nadie más podía verlo.

Me vestí, me puse ropa limpia, metí todo lo demás en la bolsa de la lavandería. La ducha ayudó y la ropa limpia ayudó, pero a pesar de todo, sentía el remordimiento posándose en mis hombros como una capa. No quería repasar la noche anterior porque sabía que no me iba a gustar lo que vería. ¿Pero qué elección tenía?

Puse el fajo de billetes en un bolsillo, la sevillana en el otro. Bajé las escaleras y salí, pasando la recepción sin romper el paso. Sabía que habría mensajes, pero me imaginaba que esperarían.

Decidí no parar en McGovern's, pero cuando llegué allí, entré. Sólo una copita para tranquilizar el temblor invisible. Lo bebí como la medicina que era. A la vuelta de la esquina me senté en un banco en la parte de atrás de St. Paul's. Por lo que pareció mucho tiempo ni siquiera pensaba. Simplemente había estado borracho bastante temprano durante el día.

Había partes de Brooklyn que no podía recordar claramente, y parecía que no tenía ningún recuerdo del viaje de vuelta en metro hasta Manhattan. De hecho, no podía estar seguro de que hubiera montado en el metro. Tal vez cogiera un taxi.

Me acordaba de hablar conmigo mismo en un bar de Brooklyn. Debí estar borracho entonces. No tendía a hablar conmigo mismo cuando estaba ebrio. No todavía, por lo menos.

Vale, podría vivir con todo eso. Bebía demasiado, maldita sea, y cuando haces eso constantemente, va a haber veces en las que te emborraches sin querer. Esta no era la primera vez y sospechaba que no iba a ser la última. Vino con el territorio. Pero había estado borracho cuando jugaba a poli-héroe en la Novena Avenida, borracho con alcohol de gasolina de alto octanaje. Mis instintos callejeros que me avisaron del ataque eran una menor fuente de orgullo a la mañana siguiente. Quizás sólo quería fuego.

La idea me daba asco y sabía a bilis la parte de atrás de la garganta. Quizás era simplemente otro tío de Woodside que estaba de juerga. Quizás fuera un asaltante sólo en mi mente, mi mente borracha. Quizás le había pegado y robado por ningún buen motivo. Pero había pedido fuego cuando tenía un mechero que funcionaba.

¿Y qué? Ese era un rompehielos tan viejo como el tabaco. Pide fuego, empieza una conversación. Podría haber sido un prostituto masculino. No había sido el primer homosexual en llevar una chaqueta de bombardero. Llevaba una sevillana.

¿Y qué? Cachea toda la gente en la ciudad y podrías llenar un arsenal. La mitad de la ciudad llevaba algo para protegerse de la otra mitad. La navaja era un arma mortal y rompía la ley al llevarla, pero no probaba nada.

Sabía cómo ponerse contra la pared. No era su primer cacheo. Y eso no probaba nada tampoco. Hay vecindades donde no puedes crecer sin que te paren y cacheen los polis una vez a la semana. ¿Y el dinero? ¿El fajo de billetes?

Podría haberlo conseguido honestamente. O podía haberlo ganado de una de las innumerables maneras de seguir sin ser un asaltante.

¿Y mis instintos de poli cacareados? Diablos, en el momento que salió del portal sabía que iba a acercarse a mí. Correcto. Y también había sabido que su compañero se me acercaba por detrás, lo sabía como si tuviera ojos en la parte de atrás de la cabeza. Excepto que no había nadie allí. Un tanto por la infalibilidad del instinto.

Saqué la sevillana, la abrí. Supongamos que la había estado llevando la noche anterior. Más realistamente, supongamos que todavía había estado llevando el piolet que había comprado en Boerum Hill. ¿Me habría limitado a un par de golpes en el cuerpo y un golpe con el antebrazo en la cara? ¿O habría utilizado los materiales a mano?

Me sentía débil, y era más que la resaca.

Cerré la navaja y la guardé. Saqué el fajo de billetes, quité la goma, conté el dinero. Calculé ciento setenta dólares en billetes de cinco y diez.

Si fuera un asaltante, ¿por qué no tenía la navaja en la mano? ¿Cómo era que estaba en el bolsillo de su chaqueta con la faldilla para abajo? No importaba. Ordené el dinero y lo añadí al mío. Al salir encendí un par de velitas, luego metí diecisiete dólares en la caja de limosnas para los pobres.

En la esquina de la calle 57 dejé caer la sevillana en una alcantarilla.

El taxista era un emigrante israelí y no creo que hubiera oído hablar de Rikers Island nunca. Le dije que siguiera las señales para el Aeropuerto La Guardia. Cuando estuvimos cerca le di direcciones. Salí en una cafetería al pie del puente que se extiende sobre la bahía de Bowery y el cauce del río East, que separa la isla del resto de Queens. Había pasado la hora de comer y el sitio estaba más bien vacío. Unos pocos hombres estaban sentados en ropa de trabajo en la barra. Como a la mitad, un hombre estaba sentado en una cabina con una taza de café y miró para arriba con expectación al acercarme. Me presenté y dijo que era Marvin Hiller.

—Mi coche está fuera —dijo—. ¿O quería tomar un café? Lo que pasa es que tengo un poquito de prisa. Tuve una larga mañana en el Juzgado de Penales de Queens y luego tengo que estar en el dentista dentro de cuarenta y cinco minutos. Si llego tarde, llego tarde.

Le dije que no me importaba el café. Pagué lo suyo y salimos y cruzamos el puente en su coche. Era un hombre agradable y bastante fervoroso que tenía unos pocos años menos que yo y parecía que los tenía, un abogado con una oficina en el bulevar Queens en Elmhurst. Uno de sus clientes, uno que iba a contribuir muy poco hacia la renta de esa oficina, era Louis Pinel.

Había conseguido su nombre de Frank Fitzroy y logré que su secretaria le llamara y que él me llamara al hotel. Había esperado un «no» rotundo a mi petición de permiso para ver a Pinel y recibí justamente lo contrario.

—Sólo que sea Kosher —había dicho—, ¿por qué no me ve allí y vamos juntos en coche? Es posible que le saque más así. Se siente un poco más cómodo hablando con su abogado presente.

—No sé qué podría sacar de él. Supongo que lo que más quiere usted es satisfacerse de que no mató a la mujer de Ettinger —me decía ahora.

—Supongo que sí.

—Me imagino que está libre con respecto a ese. Las pruebas están bastante claras. Si sólo fuera su palabra, diría que lo olvidara, porque ¿quién sabe lo que recuerdan y lo que cuentan cuando están tan locos como él?

—¿Está loco de verdad?

—Ah, está como una cabra —dijo Hiller—. No hay duda. Verá usted por sí mismo. Soy su abogado, pero entre usted y yo veo el trabajo como conseguir que nunca salga sin correa. Menos mal que cogí este caso.

—¿Por qué?

—Porque alguien lo bastante loco para creerle podría librarle sin muchos problemas. Voy a apelar, pero si entablo batalla el caso del Estado no aguantaría. Sólo tienen su confesión y la podrías descartar de una docena de maneras diferentes, incluyendo que estaba para allá cuando confesó. No tienen pruebas, no al cabo de nueve años. Hay abogados que piensan que el sistema de defensor partidario significa

que deberían hacer todo lo que pudieran por un tío como Lou y ponerle en la calle otra vez.

—Lo volvería a hacer.

—Claro que lo volvería a hacer. Tenía un puto piolet en su bolsillo cuando lo pillaron. Otra vez entre usted y yo, creo que abogados con esa actitud deberían estar en la cárcel junto con sus clientes. Pero mientras tanto, aquí estoy, jugando a ser Dios. ¿Qué quiere preguntarle a Lou?

—Hubo otro asesinato en Brooklyn. Podría hacerle unas preguntas sobre eso.

—Sheepshead Bay. Confesó ese.

—Sí, es verdad. No sé qué más le preguntaré. A lo mejor estoy perdiendo el tiempo. Y el de usted.

—No se preocupe.

Treinta o cuarenta minutos más tarde estábamos volviendo a la península en coche y estaba disculpándome de nuevo por haber malgastado su tiempo.

—Me hizo un favor —dijo—. Voy a tener que pedir otra cita para el dentista. ¿Alguna vez le hicieron cirugía peridental?

—No.

—Es un hombre sabio. Este hombre es primo de mi mujer y es bastante bueno, pero lo que hacen es que te cortan las encías. Hacen una parte de la boca cada vez. La última vez que fui acabé tomando codeína cada cuatro horas durante una semana. Andaba en una niebla perpetua. Supongo que merece la pena a la larga, pero no crea que me ha sacado de algo agradable.

—Si usted lo dice.

Le dije que me podía dejar en cualquier sitio, pero insistió en llevarme hasta el metro en el bulevar Norte. En el camino hablamos poco sobre Pinel.

—Puede ver por qué lo cogieron en la calle —dijo—. Esa locura está allí en los ojos. Un vistazo y lo ves.

—Hay muchos locos en la calle.

—Pero él es peligrosamente loco y se nota. Y, sin embargo, nunca estoy nervioso en su presencia. Bueno, no soy una mujer y no tiene un piolet. Eso puede influir.

A la entrada del metro bajé del coche y vacilé un momento, y se inclinó hacia mí, un brazo por encima de la espalda del asiento. Los dos parecíamos poco dispuestos a despedirnos. Me gustaba y sentía que él me consideraba del mismo modo.

—No tiene usted licencia —dijo—. ¿No es lo que dijo?

—Sí.

—¿No podría conseguir una licencia?

—No quiero una.

—Pues, quizás yo podría pasarle algo de trabajo, de todos modos, si llegara algo interesante.

—¿Por qué quiere hacer eso?

—No sé. Me gustó su manera con Lou. Y me da la impresión de que cree que la

verdad es importante. —Soltó una risita—. Además, le debo uno. Me salvó de una media hora en la silla del dentista.

—Pues, si alguna vez necesito un abogado.

—Sí. Sabe a quién llamar.

Acababa de perder un tren en dirección Manhattan. Mientras esperaba el próximo en el andén elevado logré encontrar un teléfono que funcionaba e intenté el número de Lynn London. Había mirado en la recepción del hotel antes de llamar a Hiller, y había habido un mensaje de ella la noche anterior, probablemente queriendo saber por qué no había ido. Me pregunté si era ella la que llamó mientras me duchaba. Quien fuera no había elegido dejar un recado. El recepcionista dijo que la persona había sido una mujer, pero había aprendido a no contar demasiado con su poder de memoria.

No contestó Lynn. No era ninguna sorpresa. A lo mejor estaba en el colegio todavía, o en camino a casa. ¿Había mencionado algunos planes para la tarde? No me acordaba.

Recuperé mi moneda de diez centavos, empecé a guardarlo en mi libreta. ¿Había alguien más a quien debería llamar? Hojeé la libreta, impresionado por la cantidad de nombres y números y direcciones que había apuntado, considerando lo poco que había conseguido.

¿Karen Ettinger? Le podría preguntar de qué tenía miedo. Hiller me había acabado de decir que sentía que yo pensaba que la verdad era importante. Evidentemente ella pensaba que merecía la pena esconderla.

Aunque sería una conferencia interurbana. Y no tenía mucho cambio.

¿Charles London? ¿Frank Fitzroy? ¿Un expoli en el Upper West Side? ¿Su exmujer en el Lower East Side? ¿Mitzi Pomerance? ¿Jan Keane?

A lo mejor todavía tenía el teléfono descolgado.

Guardé la libreta, y la moneda. Una copa me habría venido bien. No había tomado nada desde aquella en McGovern's. Desde entonces había tomado un desayuno tarde, había bebido unas tazas de café, pero eso había sido todo.

Miré por encima del metro bajo la parte de atrás del andén. Me fijé en un neón rojo en la ventana de la taberna. Había acabado de perder el tren. Podría tomar una pequeña y comer con tiempo a coger el siguiente.

Me senté en un banco y esperé el tren.

Cambié de tren dos veces y acabé en Columbus Circle. El cielo estaba oscureciendo antes de salir a la calle, poniéndose ese particular azul cobalto que se pone sobre Nueva York. No me esperaba ningún mensaje en el hotel. Llamé a Lynn London desde el vestíbulo. Esta vez logré hablar con ella.

—El escurridizo Sr. Scudder —dijo—. Me dejó plantada.

—Lo siento.

—Le esperé ayer por la tarde. No mucho tiempo porque no disponía de mucho. Supongo que algo ocurrió, pero tampoco llamó usted.

Me acordé de cómo había considerado mantener la cita y cómo había decidido en contra de ella. El alcohol había decidido por mí. Estaba en un bar caliente y hacía frío fuera.

—Había acabado de hablar con su padre —dije—. Me pidió que dejara el caso. Me imaginé que habría estado en contacto con usted para decirle que no cooperara conmigo.

—De modo que decidió simplemente descartar los London, ¿es eso? —Había un rastro de regocijo en su voz—. Estaba aquí esperando, como dije. Entonces salí y guardé mi cita para la noche, y cuando llegué a casa, llamó mi padre. Para decirme que le había quitado a usted el caso, pero que tenía usted la intención de seguir con ello de todos modos.

Así que podía haber hablado con ella. El alcohol había tomado la decisión, y la había tomado mal.

—Me dijo que no le infundiera ánimos. Dijo que se había equivocado al remover el pasado en primer lugar.

—Pero usted me llamó. ¿O eso fue antes de que hablara con él?

—Una vez antes y una vez después. La primera llamada era porque estaba enfadada por haberme dejado plantada. La segunda era porque estaba enfadada con mi padre.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta que me digan lo que tengo que hacer. Soy así de extraña. Dice que usted quería una foto de Barbara. Tengo entendido que se negó a dársela. ¿Todavía quiere una?

¿Quería? Ahora no podía recordar lo que pensaba hacer con ella. Quizás haría la ronda de las ferreterías, enseñándosela a todos los que vendían piolets.

—Sí —dije—. Todavía quiero una.

—Pues, puedo proporcionarle eso, por lo menos. No sé qué más puedo darle. Pero una cosa que no puedo darle en este momento es tiempo. Salía por la puerta cuando sonó el teléfono. Tengo el abrigo puesto. Quedé con un amigo para cenar, y luego voy a estar ocupada toda la noche.

—Con la terapia de grupo.

—¿Cómo sabía eso? ¿Lo mencioné la última vez que hablamos? Tiene buena memoria.

—A veces.

—Déjeme pensar. Mañana por la noche es imposible también. Le diría que viniera esta noche después de la terapia, pero a esas horas generalmente me siento como si me estuvieran pasando por un exprimidor. Después del colegio. Mañana hay una reunión de la facultad, y cuando yo termine..., mire, ¿podría venir al colegio?

—¿Mañana?

—Tengo un rato libre de una a dos. ¿Sabe dónde trabajo?

—Un colegio privado en el Village, pero no sé cuál.

—Es el Colegio Devonhurst. Suena muy a clásico, ¿verdad? En realidad no es nada así. Pero está en el Village este, Segunda Avenida entre la calle 10 y la 11. El lado este de la calle, más cerca de la 11 que de la 10.

—Lo encontraré.

—Estaré en el aula 41. Y, ¿señor Scudder?, no querría que me dejara plantada una segunda vez.

Di la vuelta a la esquina Armstrong's. Tomé una hamburguesa y una pequeña ensalada, luego un poco de bourbon en el café. Cambian de camareros a las ocho, es cuando entró Billie una media hora antes de que empezara su turno, me acerqué a él.

—Supongo que estuve bastante mal anoche —dije.

—Ah, estabas bien —dijo.

—Fueron un día y una noche largos.

—Hablabas un poco alto —dijo—. Aparte de eso estabas como siempre. Y supiste marcharte de aquí y acostarte temprano.

Volví a la mesa y tomé otro bourbon con café. Antes de terminarlo, el resto de la resaca había desaparecido. Se me había quitado el dolor de cabeza bastante pronto, pero la sensación de estar a un paso o dos fuera de ritmo persistió todo el día.

Un sistema fantástico: el veneno y el antídoto vienen en la misma botella.

Fui al teléfono, metí una moneda de dos centavos. Casi marqué el número de Anita y me quedé allí sentado pensando por qué. No quería hablar de un perro muerto, y eso fue lo más cerca que estuvimos de tener una conversación con sentido durante años.

Marqué el número de Janice. La libreta estaba en el bolsillo, pero no hacía falta sacarla. El número estaba allí, a mano.

—Soy Matthew —dije—. Me preguntaba si tenías ganas de compañía.

—Ah.

—A no ser que estés ocupada.

—No, no lo estoy. De hecho, estoy un poco mala. Estaba poniéndome cómoda para pasar una noche tranquila delante del televisor.

—Bueno, si prefieres estar sola...

—No dije eso. —Hubo una pausa—. No quería acostarme tarde.

—Yo tampoco.

—¿Te acuerdas de cómo llegar hasta aquí?

—Me acuerdo.

En el camino hacia allí, me sentía como un crío con una cita. Llamé a su timbre según el código y me puse en el bordillo. Me tiró la llave. Entré y subí en el gran ascensor. Llevaba una falda y jersey, tenía zapatillas de ante. Nos quedamos mirándonos durante un momento y entonces le di la bolsa de papel que llevaba. Sacó dos botellas, una de Zeacher's Whisky escocés, la otra de la marca de vodka ruso que le gustaba.

—El detalle perfecto para la anfitriona —dijo—. Pensaba que bebías bourbon.

—Pues es una cosa curiosa. La otra mañana tenía la cabeza despejada, y se me ocurrió que sería menos probable que me diera una resaca el whisky.

Puso las botellas sobre la mesa.

—No iba a beber esta noche —dijo.

—Bueno, se conserva. El vodka no se pierde.

—No, si no lo bebes. Déjame servirte algo. Solo, ¿verdad?

—Sí.

Era un poco artificial al principio. Habíamos estado cerca uno del otro, habíamos pasado una noche en la cama juntos, pero sin embargo estábamos tensos y torpes uno con el otro. Empecé a hablar del caso, por una parte porque quería hablar con alguien sobre ello, por otra, porque era lo que teníamos en común. Le conté cómo mi cliente había intentado quitarme el caso y cómo seguía con él de todos modos. No parecía resultarle extraño.

Entonces hablé de Pinel.

—Claramente no mató a Barbara Ettinger —dije—, y evidentemente cometió el asesinato del piolet en Sheepshead Bay. En realidad, no dudaba mucho de ninguno de esos puntos, pero quería tener mis propias impresiones, con qué trabajar. Y simplemente le quería ver. Quería tener alguna idea del hombre.

—¿Cómo era?

—Normal. Siempre son normales, ¿verdad? Excepto que no sé si esa es la palabra correcta para decirlo. Lo de Pinel es que tenía una pinta insignificante.

—Creo que vi una foto de él en el periódico.

—No sacas todo el efecto de una fotografía. Pinel es el tipo de persona en la que no te fijas. Ves tíos como él repartiendo comidas, recogiendo entradas en un teatro. Tal a media, manera furtiva, y una cara que no se te queda en la memoria.

—La variabilidad de lo diabólico.

—¿Cómo es eso?

Repitió la frase.

—Es el título de un ensayo de Adolf Eichmann.

—No sé si Pinel es diabólico. Está loco. Quizás lo demoníaco sea una forma de locura. De todos modos, no te hace falta el informe de un psiquiatra para saber que está loco. Está allí mismo, en sus ojos. Hablando de ojos, esa es otra cosa que quería preguntarle.

—¿Qué?

—Si las apuñalaba en los ojos. Dijo que sí. Eso lo hacía primero, antes de ponerse a trabajar convirtiendo sus cuerpos en cadáveres.

Se estremeció.

—¿Por qué?

—Esa fue la otra cosa que quería preguntarle. ¿Por qué los ojos? Resultó que tenía un motivo perfectamente lógico. Lo hacía para evitar la detención.

—No te sigo.

—Pensaba que los ojos de una persona muerta retendrían la última imagen que percibieron antes de morir. Si eso fuera el caso, podrías obtener una imagen del asesino al explorar la retina de la víctima. Simplemente, estaba protegiéndose contra esta posibilidad al destruir sus ojos.

—Dios.

—Lo curioso es que no es la primera persona que ha tenido esta teoría. Durante el último siglo, algunos criminales creían lo mismo que Pinel. Simplemente pensaban que era una cuestión de tiempo el que existiera la tecnología necesaria para recuperar la imagen de la retina. ¿Y quién sabe si no será posible algún día? Un médico te podría dar toda clase de razones de por qué nunca será posible fisiológicamente, pero mira todas las cosas que habrían parecido tan inverosímiles hace cien años. O aun hace veinte años.

—De modo que Pinel está simplemente un poco delante de su tiempo, ¿es eso? — Se levantó, llevó mi copa vacía a la barra. La llenó y sirvió una copa de vodka para ella—. Creo que eso merece una copa. Por ti, nena. Esto es lo más cerca que puedo llegar a una imitación de Humphrey Bogart. Lo hago mejor con la arcilla. —Se sentó—. No iba a beber hoy. Bueno, qué diablos.

—Quiero hacerlo suave yo también.

Asintió con la cabeza, sus ojos enfocados hacia la copa en su mano.

—Me alegré cuando llamaste, Matthew. No pensaba que fueras a hacerlo.

—Intenté llamarte anoche. Me daba la señal de comunicando todo el tiempo.

—Tenía el teléfono descolgado.

—Ya lo sé.

—¿Lo hiciste comprobar? Sólo quería mantener el mundo lejos anoche. Cuando estoy aquí con la puerta cerrada con llave y el teléfono descolgado y las persianas bajadas, es entonces cuando realmente estoy segura. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Creo que sí.

—¿Ves? Yo no me levanté con la cabeza despejada el domingo por la mañana. Me emborraché el domingo por la noche. Y luego me emborraché otra vez anoche.

—Ah.

—Y entonces me levanté esta mañana y tomé una pastilla para parar los temblores y decidí dejarlo durante un día o dos. Sólo para salir de la montaña rusa, ¿sabes?

—Sí.

—Y aquí estoy con una copa en la mano. Qué sorpresa, ¿no?

—Deberías haber dicho algo, Jan. No habría traído el vodka.

—No es gran cosa.

—No habría traído el whisky tampoco. Yo también bebí demasiado anoche. Podríamos estar juntos esta noche sin beber.

—¿Tú crees?

—Claro.

Sus ojos grises parecían totalmente sin fondo. Me miró fija y tristemente durante un momento largo, entonces se alegró.

—Pues, es demasiado tarde para comprobar esa hipótesis ahora, ¿no? ¿Por qué no nos aprovechamos al máximo de lo que tenemos?

No bebimos tanto. Sólo bastante para alcanzarme y luego lo tomamos con calma. Puso algunos discos y nos sentamos en el sofá escuchándolos, sin hablar mucho. Empezamos a hacer el amor en el sofá y luego fuimos al dormitorio para acabar el asunto.

Éramos buenos juntos, mejor de lo que habíamos estado el sábado por la noche. La novedad es la especia, pero cuando la química está bien entre dos amantes, la familiaridad intensifica las relaciones. Me salí de mí mismo un poco y sentí un poco lo que sentía ella.

Luego volvimos al sofá y empecé a hablar del asesinato de Barbara Ettinger.

—Está enterrada tan profundo, maldita sea —dije—. No es sólo el tiempo que ha pasado. Nueve años es mucho tiempo, pero hay gente que se murió hace nueve años y podrías pasear por sus vidas y encontrar todo más o menos como lo dejaron. Miras a la misma gente con las casas al lado y todo el mundo lleva el mismo tipo de vida. Con Barbara, todo ha pasado por un cambio radical. Tú cerraste la guardería y dejaste a tu marido y te mudaste aquí. Tu marido cogió los niños y se fue corriendo a California. Yo era uno de los primeros polis de la escena y sabe Dios cómo se ha dado la vuelta mi vida desde entonces. Había tres polis que investigaron el caso en Sheepshead Bay, o lo empezaron. Dos de ellos están muertos y uno dejó el cuerpo y a su mujer y vive en una habitación amueblada y hace guardia en unos grandes almacenes.

—Y Doug Ettinger se ha vuelto a casar y vende artículos de deportes.

Asentí con la cabeza.

—Y Lynn London se ha casado y divorciado, y la mitad de los vecinos en la calle Wyckoff se han mudado a otros sitios. Es como si todos los vientos de la tierra hayan estado soplando arena encima de su tumba. Sé que los americanos tenemos vidas móviles. Leí en algún sitio que cada año el veinte por ciento del país cambia de domicilio. Aun así, es como si todos los vientos de la tierra hayan soplado arena encima de su tumba. Es como excavar Troya.

—Profundos con los primeros muertos.

—¿Cómo has dicho?

—No sé si lo recuerdo bien. Un segundo. —Cruzó la habitación buscando en las estanterías, cogió un tomo delgado y lo hojeó—. Es Dylan Thomas —dijo—. Y está aquí en alguna parte. ¿Dónde diablos está? Estoy segura de que está aquí. Aquí está.

Leyó:

Profundo con los primeros muertos yace la hija de Londres,  
vestida de amigos antiguos,  
Los granos más allá de la edad, las oscuras venas  
de su madre,  
Son secretos junto al agua que no la llora  
Del Támesis fluyente.  
Después de la primera muerte, no hay otra.

—Hija de Londres —dije.

—Como en la ciudad de Londres. Pero debe ser eso lo que me hizo pensar en ello. Profundo con los primeros muertos yace la hija de Charles London.

—Léelo otra vez.

Lo leyó.

—Excepto que hay una puerta allí en algún sitio; si sólo pudiera encontrar el pasaporte. No fue un loco cualquiera quien la mató. Era alguien con un motivo, alguien que la conocía. Alguien que lo hizo parecer obra de Pinel a propósito. Y el asesino sigue por ahí. No se movió ni desapareció. Sigue por ahí. No tengo motivos para creerlo, pero es un sentimiento que no me puedo quitar.

—¿Crees que es Doug?

—Si no lo creo, soy el único. Hasta su mujer cree que lo hizo. Puede que ella no sepa que eso es lo que piensa, pero si no, ¿por qué tiene miedo de que lo encuentre?

—¿Pero crees que es otra persona?

—Creo que muchísimas vidas cambiaron radicalmente después de su muerte. Quizás su muerte tenía algo que ver con esos cambios. Con algunos, por lo menos.

—Con la de Doug, obviamente. Aunque la matara o no.

—Quizás afectara a otras vidas también.

—¿Como una piedra en un estanque? ¿El efecto de ondas?

—Quizás. No sé lo que pasó ni cómo. Ya te lo dije, es cuestión de una sospecha, un presentimiento. No puedo señalar nada concreto.

—Tus instintos de poli, ¿es eso?

Me reí. Preguntó qué era lo gracioso; le dije que no era tan gracioso.

—He tenido todo el día para sopesar la validez de mis instintos de poli.

—¿Qué quieres decir?

Y acabé contándole más de lo que tenía pensado. Más o menos todo desde la llamada de Anita hasta el chico con una sevillana. Hace dos noches había descubierto

lo bien que sabía escuchar, y esta vez no lo hacía peor.

—No sé por qué te criticas. Podría haberte matado —dijo, cuando terminó.

—Si de verdad fue un intento de atacarme.

—¿Y qué se supone que debiste hacer, esperar hasta que te metiera la navaja? ¿Y por qué llevaba una sevillana en primer lugar? No sé lo que es una sevillana, pero no suena como algo que lleves por si acaso necesitas cortar un trozo de cuerda.

—Podría estar llevándola por protección.

—¿Y el fajo del dinero? A mí me suena como uno de esos casos de reprimidos que ligan homosexuales y les roban, y a veces les pegan o les matan mientras tanto para mostrar lo machos que son. ¿Y tú te preocupas porque le dejaste a un tío un labio ensangrentado?

Negué con la cabeza.

—Estoy preocupado porque mi juicio no fue acertado.

—Porque estabas borracho.

—Y ni siquiera lo sabía.

—¿Jugaste mal la noche que disparaste a los dos atracadores? ¿La noche que mataste a la niña puertorriqueña?

—Eres una chica bastante lista, ¿verdad?

—Un jodido genio.

—Esa es la cuestión, supongo. Y la respuesta es no, no jugué mal. No había bebido mucho y no lo sentía. Pero...

—Pero de todos modos te vinieron ecos.

—Sí.

—Y no querías mirarlos a la cara, igual que Karen Ettinger no quiere mirarte a la cara por el hecho de que cree que puede que su marido haya matado a su primera mujer.

—Una chica muy lista.

—No las hay más listas. ¿Te encuentras mejor ahora?

—Sí.

—Ayuda hablar. Pero lo guardaste tan profundamente dentro que ni siquiera sabías que estaba allí. —Bostezó—. Ser una chica lista cansa a uno.

—Lo puedo creer.

—¿Quieres acostarte?

—Sí.

Pero no me quedé toda la noche. Pensé en hacerlo, pero seguía despierto cuando su respiración cambió, indicando que estaba dormida. Primero me eché en un lado y luego en el otro, y estaba bastante claro que no estaba preparado para dormir. Salí de la cama y caminé silenciosamente a la otra habitación. Me vestí, entonces me quedé en la ventana y miré afuera a la calle Lispenard. Quedaba mucho whisky, pero no

quería beberlo.

Salí. A una manzana de allí, en la calle Canal, logré coger un taxi. Llegué a las afueras justo con tiempo para coger la última media hora más o menos en Armstrong's, pero lo mandé al infierno y fui directamente a mi habitación.

Con el tiempo, me dormí.

Tuve una noche de sueños y dormí superficialmente. El perro, Bandy, apareció en uno de ellos. En realidad no estaba muerto. Habían fingido su muerte como parte de un plan complicado. Me contó todo esto, también me dijo que siempre había podido hablar, pero que tenía miedo de hacer público su talento. «Ojalá que lo hubiera sabido —me maravillé—. ¡Qué conversación habríamos tenido!» Me desperté refrescado y con la cabeza despejada y con un hambre feroz. Tomé bacón, huevos y patatas fritas en el Red Flame. Y leí el *News*.

Habían cogido al Acuchillador de la Primera Avenida, o por lo menos habían detenido a alguien que decían que era el Acuchillador. Una foto del sospechoso se parecía asombrosamente al dibujo del artista de la policía que habían publicado anteriormente. Eso no pasa muy a menudo.

Estaba tomando el segundo café cuando Vinnie se metió en la cabina al otro lado de mí.

—Mujer en el vestíbulo —dijo.

—¿Para mí?

Asintió con la cabeza.

—Joven, no está mal. Ropa guapa, pelo guapo. Me dio un par de pavos para enseñarle quién eres cuando entres. Ni siquiera sé si va a volver, de modo que me arriesgaría a mirar a ver si te veía. Tengo a Eddie en la recepción por mí. ¿Vuelves al hotel?

—No lo tenía pensado.

—Lo que puedes hacer es mirar, podrías verla y me haces una señal para indicarme o no. Me gustaría ganar los dos pavos, pero no voy a retirarme con ellos, ¿sabes lo que quiero decir? Si quieres evitar a esa tía...

—Me puedes señalar —dije—, la que sea.

Volvió a la recepción. Terminé el café y el periódico y tomé mi tiempo en volver al hotel. Cuando entré, Vinnie movió la cabeza significativamente hacia el sillón al lado de la máquina de cigarrillos, pero no tenía que haberse molestado. La habría visto sin su ayuda. Parecía estar totalmente fuera de sitio, una princesa de las afueras, bien aseada, bien peinada, con colores a juego, que se había extraviado en la parte equivocada de la calle 57. Unas manzanas al este podría haber estado teniendo una aventura, haciendo la novena de las galerías de arte, buscando una estampa que fuera bien con las cortinas de tono color champiñón en el salón de la familia.

Le dejé a Vinnie ganar su dinero, caminé lentamente delante de ella, me quedé esperando el ascensor; justamente abrían las puertas cuando ella dijo mi nombre.

Dije:

—Hola, señora Ettinger.

—¿Cómo...?

—Vi su foto encima del despacho de su marido. Y probablemente habría

reconocido su voz, aunque sólo la he oído por teléfono. —El pelo rubio era un poco más largo que en la foto del cubo de Douglas Ettinger, y la voz un poco menos nasal en persona, pero no había manera de confundirla—. Oí su voz un par de veces. Una vez cuando la llamé, otra cuando usted me llamó y una más cuando la volví a llamar.

—Creía que era usted —dijo—. Me asustó cuando sonó el teléfono y no habló nadie.

—Sólo quería asegurarme de que había reconocido la voz.

—Le he llamado desde entonces. Llamé dos veces ayer.

—No recibí ningún mensaje.

—No dejé ninguno. No sé qué habría dicho si hubiera logrado hablar con usted. ¿Hay algún lugar más privado donde podamos hablar?

La llevé a tomar un café, no al Red Flame, sino a otro sitio parecido abajo de la manzana. Al salir, Vinnie me guiñó un ojo y una sonrisa intencionada. Me pregunté cuánto dinero le habría dado. Menos, estoy seguro, de lo que estaba dispuesta a darme a mí. Nada más sentarnos en el café, puso el monedero sobre la mesa y le dio un golpecito significativo.

—Tengo un sobre aquí —anunció—. Hay cinco mil dólares dentro.

—Eso es mucho dinero para andar por esta ciudad.

—Quizás a usted le gustaría llevárselo. —Estudió mi cara y, al no verme reaccionar, se inclinó hacia adelante, bajando la voz conspiradoramente—. El dinero es para usted, Sr.

Scudder. Simplemente haga lo que el Sr. London ya le ha pedido que haga. Deje el caso.

—¿De qué tiene miedo, Sra. Ettinger?

—Simplemente no le quiero metiendo la nariz en nuestras vidas.

—¿Qué es lo que cree que podría encontrar ahí? —Su mano agarró el monedero, buscando seguridad en el poder presuntuoso de los cinco mil dólares. Su esmalte de uñas era de color del óxido de hierro—. ¿Cree usted que su marido mató a su primera mujer? —dije suavemente.

—¡No!

—¿Entonces, de qué tiene miedo?

—No sé.

—¿Cuándo conoció a su marido, Sra. Ettinger?

Me miró a los ojos, no contestó.

—¿Antes de que su esposa fuera asesinada? —Sus dedos sobaban el bolso—. Iba a la universidad en Long Island. Usted es más joven que él, pero podría haberle conocido allí.

—Eso fue antes de que la conociera a ella siquiera —dijo—. Mucho antes de que se casaran. Luego nos encontramos por casualidad otra vez, después de su muerte.

—¿Y tenía miedo de que me enterara de eso?

—Yo...

—Se veía usted con él antes de que se muriera, ¿verdad?

—No lo puede probar.

—¿Para qué lo tendría que probar? ¿Para qué siquiera querría probarlo?

Abrió su monedero. Los dedos torpes con el cierre, pero abrió el bolsillo y sacó un sobre manila de banca.

—Cinco mil dólares —dijo.

—Guárdelo.

—¿No es suficiente? Es mucho dinero. ¿No es mucho dinero cinco mil dólares por no hacer nada?

—Es demasiado. No la mató usted, ¿verdad, Sra. Ettinger?

—¿Yo? —Tenía problemas para comprender la pregunta—. ¿Yo? Por supuesto que no.

—Pero se alegró cuando murió.

—Eso es horrible —dijo—. No diga eso.

—Usted tenía una aventura con él. Quería casarse con él, entonces fue asesinada.

Su voz estaba tan lejana como su mirada. Dijo:

—Yo no sabía que ella estaba embarazada. Él dijo..., dijo que no lo había sabido tampoco. Me dijo que no dormían juntos. Haciendo el amor, quiero decir. Claro que dormían juntos, compartían una cama, pero dijo que no hacían el amor. Yo le creía.

La camarera se acercaba para rellenar las tazas de café. Levanté una mano para evitar la interrupción. Karen Ettinger dijo:

—Dijo que ella llevaba el hijo de otro hombre. Porque no podía haber sido su niño.

—¿Es eso lo que usted le dijo a Charles London?

—Nunca hablé con el Sr. London.

—Sin embargo, su marido sí, ¿verdad? ¿Es eso lo que le dijo? ¿Es eso lo que London tenía miedo que saliera si me quedaba con el caso?

Su voz sonaba átona, imparcial, remota. Dijo:

—Dijo que estaba embarazada de otro hombre. De un negro. Dijo que el niño habría sido negro.

—Eso es lo que le dijo a London.

—Sí.

—¿Se lo había dicho a usted alguna vez?

—No. Creo que fue algo que simplemente inventó para influir en el Sr. London. —Me miró y su mirada me mostró un poco de su persona oculta bajo el exterior mundano y cuidado—. Igual que lo demás era algo que inventó por mi bien. A lo mejor era su niño.

—¿No cree que ella tenía una aventura?

—Quizás. Quizás la tuviera. Pero debía estar durmiendo con él también. O si no, habría tenido cuidado de no quedarse embarazada. Las mujeres no somos tontas. —Parpadeó varias veces—. Excepto en algunas cosas. Los hombres siempre dicen a sus

novias que han dejado de dormir con sus mujeres. Y siempre es una mentira.

—Usted cree que...

Ignoró por completo mi pregunta.

—A lo mejor le dice que ya no duerme conmigo —dijo, su tono era muy práctico— y es una mentira.

—¿Lo dice a quién?

—Con quienquiera que tenga una aventura.

—¿Su marido tiene una aventura con alguien ahora?

—Sí —dijo, y frunció el entrecejo—. No lo sabía hasta ahora. Lo sabía, pero no sabía que lo sabía. Ojalá que nunca hubiera usted aceptado este caso. Ojalá que el Sr. London nunca hubiera oído hablar de usted en primer lugar.

—Señora Ettinger...

Ahora estaba de pie, agarrando el monedero con ambas manos, su cara mostrando el dolor.

—Tenía un buen matrimonio —insistió—. ¿Y ahora qué tengo? ¿Hace el favor de decirme qué tengo ahora?

Me imagino que no quería una respuesta. Yo, desde luego, no tenía una para ella, y no se quedó esperando para saber qué más le podría decir. Salió rígidamente de la cafetería.

Me quedé el tiempo suficiente para terminar mi café, entonces dejé una propina y pagué la cuenta. No solamente no había aceptado sus cinco mil dólares, sino que había acabado invitándola al café. Hacía un día agradable fuera y pensaba matar algo el tiempo caminando un poco del recorrido hasta la cita con Lynn London. Resultó que fui caminando todo el trayecto hasta el centro y este, parando una vez para sentarme en el banco de un parque y otra vez para tomar café y un bocadillo. Cuando crucé la calle 14 me metí en Dan Lynch's y tomé la primera copa del día. Había pensado antes en cambiar de whisky, que una vez más me había ahorrado una resaca, pero había pedido un bourbon con un corto de cerveza para acompañarlo antes de que me acordara de mi decisión. Lo bebí y disfruté de su calor. El salón tenía un vivo olor a cerveza y me gustaba eso también y me hubiera gustado quedarme un poco más de tiempo. Pero ya había dejado plantada a la maestra una vez.

Encontré el colegio, entré. Nadie dudó de mi derecho a estar allí ni me pararon en los pasillos. Localicé el aula 41 y me quedé en la entrada un momento, estudiando a la mujer sentada en la mesa de roble claro. Estaba leyendo un libro e inconsciente de mi presencia. Toqué en la puerta abierta y levantó la vista hacia mí.

—Soy Matthew Scudder —dije.

—Yo soy Lynn London. Cierre la puerta.

Se puso de pie y nos dimos la mano. No había sitio donde sentarme, solamente pupitres de niños. Los papeles de exámenes y trabajos de arte de los niños, algunos marcados con estrellas de oro o plata, estaban fijados a tabloncillos de noticias con chinchetas. Había una división escrita con tiza amarilla en la pizarra. Me encontré comprobando la operación.

—Quería una fotografía. —Lynn London estaba diciendo—. Me temo que no soy muy buena en el tema de cosas que se guardan. Esta fue la mejor que pude conseguir. Esta es Barbara en la universidad.

Estudí la foto de ella, miré a la mujer en pie a mi lado. Vio el movimiento de ojos.

—Si está buscando algún parecido —dijo—, no pierda el tiempo. Se parecía a nuestra madre.

Lynn se parecía a su padre. Tenía los mismos ojos azules y fríos. Como él, llevaba gafas, pero las de ella tenían aros gruesos y lentes rectangulares. Su pelo castaño estaba recogido y envuelto en un moño apretado en la parte de atrás de la cabeza. Había serenidad en su cara, agudeza en sus facciones, y aunque sabía que sólo tenía 33 años parecía varios años mayor. Había líneas en las esquinas de los ojos, unas más profundas en las esquinas de la boca.

No saqué mucho de la foto de Barbara. Había visto fotos de ella en la Policía después de la muerte, fotos en blanco y negro de alto contraste en la cocina, en la calle Wyckoff, pero quería algo que me diera algún sentido de la persona, y la foto de Lynn tampoco proporcionó eso. Puede ser que estuviera buscando más de lo que me podía dar una fotografía.

—Mi padre tiene miedo de que llegara a arrastrar el nombre de Barbara por el barro. ¿Lo hará?

—No lo tenía planeado.

—Doug Ettinger le contó algo y tiene miedo de que usted lo cuente a todo el mundo. Ojalá que supiera lo que fue.

—Le dijo a su padre que su hermana llevaba el niño de un negro.

—¡Por el amor de Dios! ¿Eso es verdad?

—¿Qué cree usted?

—Creo que Doug es un gusano. Siempre he pensado eso. Ahora sé por qué mi padre le odia a usted.

—¿Odiarme a mí?

—Sí. Me preguntaba por qué. De hecho, quería conocerle en gran parte para saber qué tipo de hombre inspiraría una reacción tan fuerte en mi padre. Verá, si no fuera por usted, no le habrían dado esa pieza de información sobre su santa hija. Si no le hubiera contratado, y si usted no hubiera hablado con Doug..., ¿habló con Doug, supongo?

—Lo conocí. En la tienda de Hicksville.

—Si no le hubiera conocido, no le habría dicho algo a mi padre que mi padre no quería que le contaran bajo ningún concepto. Creo que preferiría creer que ambas de sus hijas son vírgenes. Bueno, puede que yo no le importe tanto. Yo era lo bastante atrevida como para divorciarme, así que eso me hace irremediable. Le daría algo si me metiera en un romance interracial, porque al fin y al cabo hay un límite, pero no creo que le importe si tengo aventuras. Ya soy mercancía estropeada. —Su voz era monótona, menos amargada que las palabras que decía—. Pero Barbara era una santa. Si me mataran a mí, en primer lugar no le contrataría a usted, pero si lo hiciera no le importaría lo que encontrara. Con Barbara es otra historia completamente distinta.

—¿Era una santa?

—No estábamos tan unidas. —Apartó la vista y cogió un lápiz de encima de la mesa—. Era mi hermana mayor. La puse sobre un pedestal y acabé viendo los pies de arcilla, y pasé por una época de desprecio y de pensar que era mejor que ella. Puede que lo superara para entonces cuando fue asesinada, de modo que tenía toda esa culpa sobre cómo me había sentido hacia ella. —Me miró—. Esta es una de las cosas que he intentado resolver en terapia.

—¿Tenía una aventura mientras estaba casada con Ettinger?

—No me lo habría dicho si la hubiera tenido. Lo que sí me dijo era que ligaba él por ahí. Dijo que echaba los tejos a sus amigas y que se acostaba con los clientes de

la Asistencia Social. No sé si eso era verdad o no. Nunca me echó los tejos a mí.

Dijo eso último como si fuera una cosa más en una larga lista de resentimientos. Hablé con ella durante diez minutos más y me di cuenta de que la muerte de Barbara Ettinger había tenido un impacto en la vida de su hermana, y eso no era noticia. Me preguntaba sobre lo diferente que había sido Lynn hace nueve años, y lo diferente que podría haber sido si Barbara hubiera vivido. Quizás estuviera todo allí ya, todo encerrado en su sitio, la amargura, la armadura emocional. Me preguntaba, aunque probablemente lo podría haber adivinado, cómo había sido el matrimonio de Lynn. ¿Se habría casado con el mismo hombre si Barbara hubiera vivido? ¿Se habría divorciado si se hubiera casado con el mismo?

Salí de allí con una fotografía que no valía para nada y una cabeza llena de preguntas impertinentes e incontestables. Salí, también, aliviado de escapar de la estrecha personalidad de la mujer. El bar de Dan Lynch estaba a sólo un par de manzanas hacia las afueras, y giré hacia él, acordándome de la madera oscura, el calor, el aroma de alcohol y cerveza.

Todos tenían miedo de que la fuera a desenterrar, pensé, y era imposible porque estaba enterrada inalcanzablemente profundo. La pieza de poesía que Jan había leído me vino a la mente e intenté recordar cómo iba. ¿Profundo con los primeros muertos? ¿Era correcto?

Decidí que quería las palabras exactas. Más que eso, quería el poema entero. Tenía un vago recuerdo de una biblioteca en alguna parte de la Segunda Avenida. Caminé al norte una manzana, no lo encontré, di la vuelta y caminé hacia el centro. Ciertamente había una biblioteca, justamente donde me acordaba que estaba, un edificio de forma cuadrada de tres plantas con una fachada bonita de mármol bien ornamentada. Un cartel en la puerta indicaba el horario, y estaba cerrada los miércoles.

Todas las bibliotecas han economizado en sus horas, han añadido días cerrados. Hace sentir la falta de dinero. La ciudad no tiene dinero para nada, y la administración pasa la vida como un viejo avaro cerrando habitaciones que no se usan en una casa vieja y enorme. Hay 10.000 hombres menos que antes. Todo baja menos las rentas y el nivel del crimen.

Caminé otra manzana y llegué a la plaza de San Miguel y sabía que habría una librería en algún lugar, una que probablemente tuviera una sección de poesía. La manzana comercial más ajetreada de la plaza de San Miguel, la manzana más moderna que posee el East Village, corre entre la Segunda y Tercera Avenida. Giré hacia la derecha y caminé hacia la Tercera, y a dos tercios de la manzana encontré una librería. Tenía una edición en rústica de los poemas completos de Dylan Thomas. Tuve que repasarlo dos veces antes de que viera el poema que buscaba, pero estaba allí y lo leí entero. Una denigración de llorar la muerte por incendio de un año en Londres, era el título. Había partes que no creía entender, pero me gustaba el sonido de todos modos, el peso y la forma de las palabras.

El poema era lo suficientemente largo para desanimarme de intentar copiarlo en mi libreta. Además, quizás deseara mirar algunos de los otros poemas. Pagué el libro y lo metí en el bolsillo.

Es extraño cómo las personas te empujan en una dirección u otra. Me había cansado después de tanto caminar. Quería coger el metro hasta casa, pero también quería una copa y me quedé un momento de pie en la acera delante de la librería, intentando decidir qué hacer y adónde ir. Mientras estaba allí, dos policías de a pie con uniforme pasaron. Ambos parecían demasiado jóvenes, y uno tenía la cara tan joven que parecía un disfraz. Al otro lado de la calle, un cartel ponía «Habernan's». No sé lo que vendían allí.

Pensé en Burton Havermeyer. Tal vez hubiera pensado en él sin haber visto a los polis o sin que me hubiese venido a la mente traído por un nombre parecido al suyo. De todos modos, pensé en él, y me acordé de que una vez había vivido en esta calle, que su mujer todavía vivía aquí. No me acordaba de la dirección, pero estaba en mi libreta todavía. Plaza de San Marcos, 212, junto con el número de teléfono.

No había motivo para ir a ver el edificio donde ella vivía. Él ni siquiera era parte del caso que estaba investigando, porque mi reunión con Louis Pinel me había convencido de que el psicópata había matado a Susan Polowski y no a Barbara Ettinger. Pero la vida de Havermeyer había cambiado, y de una manera, eso me interesaba, de una manera no muy diferente a como la mía había sido cambiada por otra muerte.

La plaza de San Marcos empieza en la Tercera Avenida y los números suben cuando van hacia el este. La manzana entre la Segunda y la Primera era más residencial y menos comercial. Un par de las casas adosadas tenían ventanas y placas cerca de la entrada para indicar que eran iglesias. Había una iglesia ucraniana, una iglesia polaca católica.

Fui caminando hasta la Primera Avenida, esperé el semáforo, crucé. Bajé una manzana tranquila, sus casas menos atractivas y en peor estado que la manzana precedente. Uno entre un grupo de coches aparcados que pasé estaba abandonado, los neumáticos y parachoques quitados, la radio sacada, el interior desnudo. Al otro lado de la calle, tres hombres con barba y el pelo largo con los colores de los Ángeles del Infierno estaban intentando arrancar una moto.

El último número de la manzana era el 132. La calle terminaba en la esquina, donde la avenida A forma la frontera del oeste de Tompkins Square Park. Me quedé allí mirando el número de la casa, luego al parque, primero a una y luego al otro.

Desde la avenida A al este hasta el río están las manzanas que llaman la Ciudad Alfabética. La población consiste en yonquis, atracadores y locos. Nadie decente vive allí a propósito; no si tienen el dinero para vivir en otro sitio.

Saqué la libreta. La dirección seguía siendo la misma, plaza de San Marcos, 212.

Pasé por la plaza de Tompkins y crucé la avenida B. Al cruzar el parque, comerciantes de drogas me ofrecían hachís y píldoras y ácido. O no tenía pinta de poli o simplemente no les importaba.

Al otro lado de la avenida B, los números empezaron en el 300. Y el cartel de la calle no decía plaza de San Marcos. Era la calle Ocho Este.

Volví por el parque otra vez. En el número 130 de la plaza de San Marcos había un bar llamado la Taberna de Blanche. Entré. El local era un cubo de sangre roto que olía a cerveza y orín rancios y cuerpos a los que hacía falta lavarse. Quizás había una media docena de cuerpos allí, la mayoría en la barra, un par de ellos en las mesas. Hubo un silencio profundo cuando entré. Supongo que no parecía que perteneciera a aquello, y espero que nunca lo parezca.

Usé la guía telefónica primero. El distrito de policía en Sheepshead Bay podría haberse equivocado, o Antonelli podría haberme leído mal el número, o podría haberlo copiado incorrectamente. Lo encontré en la guía, Burton Havermeyer, Oeste 103, pero no encontraba ningún Havermeyer en la plaza de San Marcos.

Estaba sin monedas de diez centavos. El camarero me dio cambio. Sus clientes parecían estar más relajados ahora que se dieron cuenta de que no tenía ningún asunto con ellos.

Metí la moneda en la ranura. Marqué el número de mi libreta. No hubo respuesta.

Salí y caminé unos portales hasta el 112 de la plaza de San Marcos. Miré los buzones en el portal, sin esperar realmente encontrar el nombre Havermeyer, entonces salí de nuevo.

Quería tomar algo, pero el local de Blanche no era donde lo deseaba tomar. Cualquier puerto en una tormenta. Tomé sólo un bourbon solo en la barra, una marca de primera calidad. A mi derecha, dos hombres charlaban de unos amigos mutuos.

—Le dije a ella que no fuera a casa con él —decía uno de ellos—. Le dije que no valía para nada y que le pegaría y robaría y fue de todos modos, la llevó a casa y le pegó y le robó. Así que, ¿qué derecho tiene para venir llorándome?

Intenté el número de nuevo. La cuarta vez que sonó, un chico lo contestó. Pensé que había marcado mal, pregunté si era la residencia de los Havermeyer. Me dijo que sí.

Pregunté por la Sra. Havermeyer.

—Está en la casa de al lado —dijo—. ¿Es importante? Porque la puedo llamar.

—No te preocupes. Tengo que comprobar la dirección para una entrega, ¿cuál es el número de la casa?

—Dos doce.

—¿Dos doce qué?

Me empezó a decir el número del apartamento. Le dije que necesitaba saber el nombre de la calle.

—Dos doce. La plaza de San Marcos —dijo.

Tuve un momento como el que te viene de vez en cuando en sueños, donde la

mente dormida confronta una inconsistencia imposible y te das cuenta de que estás soñando. Aquí estaba hablando con un niño pequeño que insistía en que vivía en una dirección que no existía. O quizás él y su madre vivían en Tompkins Square Park, con las ardillas.

Dije:

—¿Qué hay entre ellas?

—¿Qué?

—¿Cuáles son las calles que cruzan? ¿En qué manzana estáis?

—¡Ah! —dijo—. Tercera y Cuarta.

—¿Cómo?

—Estamos entre la Tercera y la Cuarta Avenida.

—Eso es imposible —dije.

—¿Qué?

Miré al otro lado del teléfono, esperando a medias por algo completamente diferente que el interior de la Taberna de Blanche. Un paisaje lunar, quizás. La plaza de San Marcos entre la Tercera y Cuarta Avenida.

Dije:

—¿Dónde?

—¿Qué? Mire, señor, yo no...

—Espera un minuto.

—Tal vez será mejor que traiga a mi madre. Yo...

—¿Qué distrito?

—¿Qué?

—¿Estáis en Manhattan? ¿Brooklyn? ¿El Bronx? ¿Dónde estáis, hijo?

—Brooklyn.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro. —Parecía cerca de llorar—. Vivimos en Brooklyn. ¿Qué quiere, de todos modos? ¿Qué pasa? ¿Está usted loco o algo?

—Está bien —dije—. Me has ayudado mucho. Muchas gracias.

Colgué, sintiéndome como un idiota. Nombres de calles repetidos por los cinco distritos. No tenía motivos para pensar que vivía en Manhattan.

Me puse a pensar, reproduje lo que pude de mi conversación anterior con la mujer. Si de algo debí darme cuenta es de que ella no vivía en Manhattan. «Está en Manhattan», había dicho de su marido. No lo habría dicho así si ella misma estuviera también en Manhattan.

¿Pero qué de mi conversación con Havermeier? Su mujer está en el East Village, había dicho, y él había contestado que sí. Pues, quizás simplemente quería que se acabara la conversación. Era más fácil estar de acuerdo conmigo que explicar que había otra plaza de San Marcos en Brooklyn.

De todo modos...

Salí de la Taberna de Blanche y fui rápidamente al oeste a la librería donde había

comprado el libro de poemas. Tenía un atlas Hagstrom de bolsillo de los cinco distritos. Busqué plaza de San Marcos en la parte de atrás, pasé al mapa correspondiente, encontré lo que buscaba.

La plaza de San Marcos en Brooklyn como en Manhattan, se extiende sólo tres manzanas. Al este, cruzando la avenida Flatbush, la misma calle continúa en ángulo recto como la avenida de San Marcos, estirándose con ese nombre, de forma clara hasta Brownsville.

Al oeste, la plaza de San Marcos para en la Tercera Avenida igual que lo hace en otra Tercera Avenida completamente diferente en Manhattan. Al otro lado de la Tercera, la plaza de San Marcos en Brooklyn tiene otro nombre.

La calle Wyckoff.

Debió de ser hacia las tres cuando hablé con el chico. Eran entre las 6.30 y las 7 cuando subí al patio de su edificio en Oeste 103. Había encontrado cosas que hacer entre tanto.

Toqué en un par de timbres, pero no el suyo, y alguien me abrió la puerta. Quien fuera en el tercer piso me miró furtivamente, pero no puso en duda mi derecho a pasar. Me quedé junto a la puerta de Havermeyer y escuché un momento. La televisión estaba encendida, dando las noticias locales.

En realidad, no esperaba que Havermeyer fuera a disparar a través de la puerta, pero llevaba una pistola como medida de seguridad, y aunque probablemente la dejaba en la tienda cada noche, no podía estar seguro de que no tuviera otra en casa. Te enseñan a ponerte a un lado de la puerta cuando llamas a ella, así que lo hice. Oí pasos acercarse, entonces una voz preguntando quién era.

—Scudder —dije.

Abrió la puerta. Estaba vestido de paisano, y probablemente dejaba no solamente su pistola, sino el uniforme completo en la tienda cada noche. Tenía una lata de cerveza en una mano. Pregunté si podía entrar. Tardó en reaccionar, pero al final asintió con la cabeza y dejó paso. Entré y cerré la puerta.

—Sigues con el caso, ¿eh? ¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó.

—Sí.

—Pues, me alegraría ayudar, si es posible. Mientras tanto, ¿qué tal una cerveza?

Sacudí la cabeza. Miró la lata de cerveza que llevaba, la cogió para ponerla encima de la mesa, cruzó la habitación y apagó el televisor. Mantuvo la postura durante un momento y examiné su cara de perfil. No necesitaba afeitarse por el momento. Dio la vuelta lentamente, con expectación, como si esperara que cayera el golpe.

—Sé que la mataste, Burt.

Miré sus ojos castaños y profundos. Estaba ensayando su negación, pasándolo por la mente, y entonces hubo un momento cuando decidió no molestarse. Algo se apagó en él.

—¿Cuándo lo supiste?

—Hace un par de horas.

—Cuando saliste de aquí el domingo, no sabía si lo sabías o no. Pensé que estabas jugando al gato y al ratón conmigo. Pero no me dio esa sensación. De hecho, me sentía cerca de ti. Sentía que éramos un par de expolis que dejaron el cuerpo por motivos personales. Pensé que quizás estuvieras interpretando un papel, poniendo una trampa, pero no me lo parecía.

—No lo estaba haciendo.

—¿Cómo te enteraste?

—La plaza de San Marcos. A fin de cuentas no vivías en East Village. Vivías en

Brooklyn a tres manzanas de Barbara Ettinger.

—Miles de personas vivían así de cerca de ella.

—Me dejaste seguir pensando que vivías en el East Village. No sé si lo había pensado dos veces si hubiera sabido desde el principio que habías vivido en Brooklyn. Quizás sí. Pero lo más probable es que no. Brooklyn es grande. No sabía que había una plaza de San Marcos aquí, así que desde luego no sabía dónde estaba con relación a la calle Wyckoff. Por lo que conocía podría haber sido allá en Sheepshead Bay cerca de tu distrito. Pero mentiste sobre ello.

—Sólo para evitar tener que dar una larga explicación. No prueba nada.

—Me dio un motivo para mirarte. Y lo primero que miré era otra mentira que me contaste. Dijiste que tú y tu mujer no teníais hijos. Pero esta tarde hablé por teléfono con tu chico, y volví a llamar y le pregunté el nombre de su padre y cuántos años tenía. Debió haberse preguntado qué hacía yo haciendo todas esas preguntas. Tiene doce años. Tenía tres cuando Barbara Ettinger fue asesinada.

—¿Y qué?

—Le solías llevar a un sitio en la calle Clinton. La guardería Horas Felices.

—Estás adivinando.

—No.

—Cerraron el negocio. Cerraron hace años.

—Seguía abierta cuando marchaste de Brooklyn. ¿Observabas el local?

—Lo debió haber mencionado mi exmujer —dijo. Después se encogió de hombros—. Quizás lo pasé una vez. Cuando estuve en Brooklyn visitando a Danny.

—La mujer que llevaba la guardería vive en Nueva York. Se acordaría de ti.

—¿Después de nueve años?

—Eso es lo que dice ella. Y guardaba archivos, Burt. Los libros mayores con los nombres y direcciones de estudiantes, con sus padres, junto con un registro de pago. Metió todas esas cosas en una caja de cartón cuando cerró el negocio y nunca se molestó en mirarlo y tirar cosas que no le hacía falta guardar. Hoy abrió la caja. Dice que se acuerda de ti. Siempre llevabas al chico, dice. Nunca conoció a tu mujer, pero sí que se acuerda de ti.

—Debe tener una buena memoria.

—Solías estar de uniforme. Esa es una cosa fácil de recordar.

Me miró un momento, entonces dio la vuelta y caminó hasta la ventana, se quedó mirando para afuera. Me imagino que no miraba nada en particular.

—¿Dónde conseguiste el piolet, Burt?

Sin dar la vuelta, dijo:

—No tengo que admitir nada. No tengo que contestar ninguna pregunta.

—Claro que no.

—Aunque fueras un poli, no tendría que decir nada. Y no eres un poli. No tienes ninguna autoridad.

—Tienes toda la razón.

—Así que, ¿por qué tengo que contestar tus preguntas?

—Has estado manteniéndolo guardado mucho tiempo, Burt.

—¿Y qué?

—¿No te afecta un poco? ¿Guardarlo dentro todo este tiempo?

—Ah, Dios —dijo. Fue a una silla y se cayó en ella—. Tráeme esa cerveza —dijo

—. ¿Podrías hacerlo?

Se la di. Me preguntó si estaba seguro de no querer una yo.

—No, gracias —dije.

Bebió algo de cerveza y le pregunté que dónde consiguió el piolet.

—Alguna tienda —dijo—. No me acuerdo.

—¿En la vecindad?

—Creo que en Sheepshead Bay. No estoy seguro.

—Conocías a Barbara Ettinger de la guardería.

—Y de la vecindad. La veía por el barrio antes de llevar a Danny a la guardería.

—¿Y tenías una aventura con ella?

—¿Quién te dijo eso? No, no tenía una aventura con ella. Yo no tenía aventuras con nadie.

—Pero querías.

—No.

Esperé, pero parecía dispuesto a dejarlo así.

—¿Por qué la mataste, Burt? —pregunté.

Me miró un momento, entonces miró para abajo, luego me miró de nuevo.

—No puedes probar nada —dijo.

Me encogí de hombros.

—No puedes. Y no tengo por qué contarte nada. —Respiró a fondo y dio un suspiro largo—. Algo pasó cuando vi a la tía Potowski —dijo—. Algo pasó.

—¿Qué quieres decir?

—Algo me pasó a mí. Dentro de mí. Algo me vino a la cabeza y no podía deshacerme de ello. Me recuerdo estando de pie y pegándome en la frente, pero no podía quitármelo de la mente.

—Querías matar a Barbara Ettinger.

—No. No me ayudes, ¿vale? Deja que encuentre las palabras yo.

—Perdón.

—Miré a la mujer muerta y no era ella a quien veía en el suelo, era mi mujer. Cada vez que me venía la imagen, la escena del asesinato, la mujer en el suelo, veía a mi mujer en su lugar. Y no podía sacar de la cabeza el matarla así.

Sorbió un poco de cerveza. Por encima de la lata, dijo:

—Solía pensar en matarla. Muchísimas veces pensé que era la única salida. No aguantaba estar casado. Estaba solo, mis padres estaban muertos, nunca tuve hermanos y pensaba que necesitaba a alguien. Además, sabía que ella me necesitaba a mí. Pero me equivoqué. Odiaba estar casado. Lo tenía alrededor del cuello como un

collar que te es demasiado pequeño, me ahogaba y no podía salir de él.

—¿Por qué no podías simplemente dejarla?

—¿Cómo la iba a dejar? ¿Cómo podía hacer eso? ¿Qué clase de hombre deja a una mujer así?

—Los hombres dejan a las mujeres todos los días.

—No entiendes, ¿verdad? —Otro suspiro—. ¿Dónde estaba? Sí. Pensaba en matarla. Lo pensaba y pensaba, sí, y lo primero que hacen es investigarte por dentro, de arriba a abajo, y de una manera u otra te lo cuelgan porque siempre van a por el marido primero, y el noventa por ciento de las veces, es él quien lo hizo, y miran tu historia, y te abren a ti, y ¿dónde te deja eso? Pero entonces vi que el Merodeador del Piolet había añadido una más a su lista. Vi lo que hicimos con el asesinato Potowski. Simplemente lo pasamos a Manhattan sur, no molestamos al marido ni nada así.

—De modo que decidiste matarla.

—Sí.

—A tu mujer.

—Sí.

—Entonces, ¿qué pinta Barbara Ettinger en todo esto?

—Ah, Dios —dijo.

Esperé.

—Tenía miedo de matarla. Mi mujer, quiero decir. Tenía miedo de que algo fuera mal. Pensé, «supongamos que empiezo y no puedo acabar». Tenía el piolet y lo sacaba y lo miraba y ahora me acuerdo, lo compré en la avenida Atlantic. Ni siquiera sé si sigue allí la tienda.

—No importa.

—Ya lo sé. Tenía visiones de, ya sabes, empezando a apuñalarla y parando, de no poder terminar el trabajo, y lo que pasaba por mi mente me volvía loco. Supongo que estaba loco. Claro que lo estaba. —Bebió de la lata—. La maté para practicar —dijo.

—Barbara Ettinger.

—Sí. Tenía que saber si lo podía hacer. Y no dije que sería por precaución. Un asesinato más del Merodeador de Brooklyn, de modo que cuando matara a mi mujer a tres manzanas de allí, sería simplemente una más en la lista. Y sería lo mismo, sin importar cómo lo hiciera se fijarían en la diferencia entre ese y los asesinatos verdaderos del Piolet, pero nunca tendrían un motivo para considerarme sospechoso de matar a una extraña como la tal Ettinger, y luego mi mujer sería asesinada de la misma manera y..., pero eso era justamente lo que me decía a mí mismo. La maté porque tenía miedo de matar a mi mujer y tenía que matar a alguien.

—¿Tenías que matar a alguien?

—Tuve que hacerlo. —Se inclinó hacia adelante, sentado en el borde de su silla—. No podía sacarlo de la mente. ¿Sabes cómo es cuando no puedes sacar algo de la mente?

—Sí.

—No sabía a quién elegir. Y entonces un día le llevé a Danny a la guardería y ella y yo hablamos como siempre hacíamos, y me vino la idea. Pensé en matarla y la idea pegaba.

—¿Qué quieres decir con «la idea pegaba»?

—Ella pertenecía a la imagen. La veía, ¿sabes?, en el suelo de la cocina. De modo que empecé a controlarla. Cuando yo no trabajaba, me quedaba por el barrio y la controlaba.

Ella había presentido que alguien la seguía, la miraba. Y había tenido miedo desde el asesinato Potowski, de que alguien la quería coger.

—Y determiné que estaría bien matarla. No tiene niños. Nadie dependiente de ella. Y era inmoral. Coqueteaba conmigo, coqueteaba con hombres en la guardería. Tenía hombres en su apartamento cuando estaba fuera su marido. Pensé que si lo fastidiaba y sabían que no había sido el Merodeador del Piolet, habría un montón de sospechosos. Nunca me cogerían.

Le pregunté sobre el día del asesinato.

—Mi turno acabó sobre mediodía aquel día. Fui a la calle Clinton y me senté en una cafetería en la barra, desde donde podía observar el lugar. Cuando salió temprano, la seguí. Estaba al otro lado de la calle, mirando su edificio cuando un hombre entró. Le conocía, le había visto con ella antes.

—¿Era negro?

—¿Negro? No, ¿por qué?

—Ningún motivo.

—No me acuerdo de cómo era. Estuvo con ella una media hora o algo así. Entonces se marchó. Esperé un poco más, y algo me dijo, no sé, simplemente sabía que este era el momento correcto. Subí y piqué en la puerta.

—¿Y te dejó entrar?

—Le enseñé mi placa, y le recordé que me conocía de la guardería, que era el padre de Danny. Me dejó entrar.

—¿Y?

—No quiero hablar de ello.

—¿Estás seguro?

Supongo que lo volvió a pensar. Entonces dijo:

—Estábamos en la cocina. Me estaba preparando un café, estaba de espaldas y le tapé la boca con una mano y metí el piolet en su pecho. Quería coger el corazón primero, no quería que sufriera. La apuñalaba en el corazón una y otra vez y se cayó en mis brazos y la dejé caer al suelo. —Levantó los ojos líquidos y castaños hacia los míos—. Creo que estaba muerta entonces —dijo—. Creo que se murió enseguida.

—Y seguiste apuñalándola.

—Cuando pensé en ello antes de hacerlo, siempre me volvía loco y apuñalaba una y otra vez como un maníaco. Tenía esa imagen en la mente. Pero no lo podía hacer así. Tenía que forzarme a apuñalarla y me daba asco, pensaba que iba a devolver y

tenía que seguir metiéndole ese piolet en su cuerpo y...

Dejó de hablar, luchando por respirar. Su cara estaba cansada y su tez pálida como un espectro.

—Está bien —dije.

—Ah, ¡Dios mío!

—Tranquilo, Burt.

—¡Dios, Dios!

—Sólo la apuñalaste en un ojo.

—Era tan difícil —dijo—. Sus ojos estaban completamente abiertos. Sabía que estaba muerta, sabía que no veía nada, pero esos ojos estaban mirándome fijamente. Lo pasé tan mal forzándome a apuñalarla en el ojo. Lo hice una vez y luego simplemente no lo pude volver a hacer. Lo intenté, pero simplemente no pude hacerlo otra vez.

—¿Y luego?

—Me marché. Nadie me vio salir. Simplemente dejé el edificio y marché. Tiré el piolet por una alcantarilla. Pensé que lo había hecho, que la había matado y que me había salido bien, pero en el fondo tenía la sensación de haber salido sin nada. Me sentía totalmente asqueado. Pensé en lo que había hecho y no podía creer que lo hubiera hecho de verdad. Cuando salió la historia en la televisión y los periódicos, no podía creerlo. Pensé que otra persona debía haberlo hecho.

—Y no mataste a tu mujer.

Negó con la cabeza.

—Sabía que nunca podría volver a hacer algo parecido. ¿Sabes una cosa? He pensado en todo ello, repetidamente, y creo que estaba fuera de juicio. De hecho, estoy seguro. Algo sobre ver a la señora Potowski, esos charcos de sangre en sus ojos, esas heridas punzantes por todo el cuerpo, me hizo algo, me volvió loco y seguía loco hasta que se murió Barbara Ettinger. Entonces me sentí bien otra vez, pero ella estaba muerta.

»De repente, las cosas estaban muy claras. No podía quedarme casado más tiempo y por primera vez me di cuenta de que no tenía que quedarme. Podía dejarlos, a mi mujer y a Danny. Había pensado que eso sería hacer una cosa horrible, pero allí había estado planeando asesinarla, y ahora había matado a otra persona y sabía cuánto más horrible era eso que cualquier cosa que le pudiera hacer nunca, como dejarla.

Le hice repasarlo, volviendo a ciertos puntos. Terminó su cerveza, pero fue a coger otra. Yo quería tomar algo, pero no quería cerveza y no tenía ganas de beber con él. No le odiaba. No sé exactamente lo que sentía por él. Pero no quería beber en su compañía.

Rompió el silencio para decir:

—Nadie puede probar nada de esto. No importa que te lo haya dicho. No hay testigos y no hay pruebas.

—La gente te pudo haber visto en la vecindad.

—¿Y todavía recordarlo nueve años después? ¿Y acordarse del día?

Tenía razón, por supuesto. No podía imaginar un abogado que intentara un procesamiento. No había nada para constituir un caso.

—¿Por qué no te pones el abrigo, Burt? —dije.

—¿Para qué?

—Bajamos al distrito 13 y hablamos con un poli que se llama Fitzroy. Le puedes decir lo que me acabas de contar a mí.

—Eso sería un poco estúpido, ¿no?

—¿Por qué?

—Sólo tengo que seguir como he estado. Sólo tengo que mantener la boca cerrada. Nadie puede probar nada. No podrían ni intentar probar algo.

—A lo mejor es verdad.

—Y quieres que confiese.

—Sí.

Su expresión era como la de un niño.

—¿Por qué?

«Para atar cabos —pensé—. Para dejarlo ordenado. Para mostrarle a Francis Fitzroy que tenía razón cuando dijo que posiblemente resolvería el caso».

—Te encontrarás mejor —le respondí.

—Eso es una broma.

—¿Cómo te encuentras ahora, Burt?

—¿Cómo me encuentro? —Consideró la pregunta. Entonces, como si estuviera sorprendido por su respuesta dijo—: Me encuentro bien.

—¿Mejor que cuando llegué aquí?

—Sí.

—¿Mejor de lo que te has sentido desde el domingo?

—Supongo que sí.

—Nunca se lo contaste a nadie, ¿verdad?

—Claro que no.

—Ni una sola persona en nueve años. A lo mejor no pensaste mucho en ello, pero había veces que no podías evitar pensar en ello, y nunca lo contaste a nadie.

—¿Y qué?

—Eso es mucho tiempo para llevarlo.

—Dios.

—No sé lo que harán contigo, Burt. Puede que no vayas a la cárcel. Una vez persuadí a un asesino a matarse, y lo hizo, y eso no lo volvería a hacer. Y en otra ocasión persuadí a un asesino a confesar porque yo le había convencido de que probablemente se mataría si no confesaba primero. No creo que hagas eso. Creo que has vivido con esto durante nueve años y puede ser que sea posible que sigas viviendo con ello. ¿Pero de verdad lo quieres? ¿No preferirías soltarlo?

—Dios —dijo. Puso la cabeza entre las manos—. Estoy tan confuso.

—Estarás bien.

—Pondrán mi foto en los periódicos. Saldrá en el telediario. ¿Cómo sería para Danny?

—Tienes que preocuparte por ti mismo, primero.

—Perderé mi trabajo —dijo—. ¿Qué me pasará?

No contesté a esa pregunta. No tenía respuesta.

—Vale —dijo de repente.

—¿Listo para ir?

—Supongo que sí.

En el camino al centro, dijo:

—Creo que lo sabía el domingo. Sabía que seguirías investigando hasta que te enteraras de lo que hice. Tuve un impulso para decírtelo entonces.

—Tuve suerte. Un par de coincidencias me llevaron a la plaza de San Marcos y pensé en ti y no tenía nada más que hacer que ver la casa donde vivías. Pero los números acabaron en 1-3-2.

—Si no hubiera sido esa coincidencia habría habido otra. Estaba todo prefijado desde el momento en que encontraste mi apartamento. Quizás antes. Quizás fuera seguro desde el momento en que la maté. Algunos salen libres del asesinato, pero supongo que no soy uno de ellos.

—Nadie sale libre. Simplemente a algunos no los cogen.

—¿No es lo mismo?

—No te cogieron durante nueve años, Burt. ¿Cómo salir libre?

—Ah —dijo—. Entiendo.

Y justo antes de llegar a 1-3, dije:

—Hay algo que no entiendo. ¿Por qué pensabas que sería más fácil matar a tu mujer que dejarla? Dijiste varias veces que sería una cosa terrible dejar a una mujer como ella, que sería un acto despreciable, pero hombres y mujeres se dejan todo el tiempo. No te preocuparía lo que pensarían tus padres porque ya no te quedaba familia. ¿Qué es lo que era tan grave?

—Ah —dijo—. No sabes...

—¿No sé qué?

—No la has conocido. No fuiste allí esta tarde, ¿verdad?

—No.

(Nunca le veo..., nunca veo a mi antiguo marido... No veo a mi marido y no veo el talón, ¿ve usted? ¿Sí?)

—La mujer Potowski, con los ojos mirando fijamente para arriba a través de la sangre. Cuando la vi así me afectó tanto que no podía soportarlo. Pero no entenderías eso porque no sabes lo de ella.

(Quizás tiene teléfono y quizás esté en la guía. Podría usted buscarlo. Sé que me perdonaría si no me ofrezco a buscárselo).

La respuesta flotaba. Casi podía estirar la mano y tocarla. Pero la mente no la agarraba.

—Mi mujer es ciega.

Resultó ser una noche larga, aunque el viaje a la calle 20 fue lo de menos. Compartí un taxi hasta abajo con Burton Havermeyer. Debimos haber hablado de algo en el camino, pero no me acuerdo de qué. Pagué el taxi, llevé a Havermeyer a la sala de equipo y le presenté a Frank Fitzroy, y eso fue más o menos el papel de mi contribución. Yo, al fin y al cabo, no era el agente que lo detenía. No tenía ninguna conexión oficial con el caso y no había representado ninguna función oficial. No hacía falta que estuviera allí mientras un taquígrafo tomaba su declaración, ni me pidieron hacer ninguna declaración personal. Fitzroy escapó el tiempo suficiente para acompañarme caminando hasta la esquina e invitarme a una copa en el P. J. Reynolds.

No tenía ganas de aceptar su invitación. Quería una copa, pero no estaba más dispuesto a beber con él que con Havermeyer. Me sentía alejado de todo el mundo, cerrado dentro de mí mismo, donde mujeres muertas y mujeres ciegas no podían alcanzarme.

Llegaron las copas y las bebimos y dijo:

—Buen trabajo, Matt.

—Tuve suerte.

—Más suerte. Los otros dos polis del seis-uno estaban muertos. Era la excepción.

—Podías haber hablado con él por teléfono. Algo te hizo ir a verle.

—Falta de tener algo mejor que hacer.

—Y entonces le hiciste bastantes preguntas, de modo que contó un par de mentiras que podían atraparlo un poco más adelante.

—Y estuve en el lugar correcto en el momento correcto y el cartel de una tienda correcta me atrajo la vista cuando el par de polis correctos pasaron por delante de mí.

—Ah, mierda —dijo, y señaló al camarero—. Menospréciate si quieres.

—Sólo creo que no hice nada que merezca un ascenso a Jefe de Detectives. Nada más.

Vino el camarero. Fitzroy señaló nuestras copas y el camarero las volvió a llenar. Le dejé pagar esta ronda, como había pagado la primera.

—No recibirás ningún reconocimiento oficial por esto, Matt. Sabes eso, ¿no?

—Lo prefiero así.

—Lo que diremos a la prensa es que el reabrir el caso con la detención de Pinel, le hizo arrepentirse y se autodenunció. Lo habló contigo, otro expoli como él, y decidió confesar. ¿Cómo te suena?

—Suena como la verdad.

—Simplemente se omiten unas cosas. Lo que decía, no tendrás reconocimiento oficial por esto, pero gente en el departamento van a saber más. ¿Me entiendes?

—¿Y qué?

—Así que a mí me parece que no podrías tener mejor pasaporte para volver al cuerpo. Estuve hablando con Eddie Koehler allá en el Sexto. No tendrías problemas

en conseguir que te cogieran de nuevo.

—No es lo que quiero.

—Eso es lo que dijo que dirías. ¿Pero estás seguro de que no es? De acuerdo, eres un solitario, estás unido al mundo, le pegas a esto —tocó su copa— un poco más de lo que deberías, pero eres un poli, Matt, es que no dejaste de serlo cuando devolviste la placa.

Pensé un momento, no para reconsiderar su respuesta, sino para pensar las palabras de mi respuesta.

—En cierta manera, tienes razón. Pero en otra, estás equivocado, y dejé de ser poli antes de entregar la placa.

—Todo por esa cría que se murió.

—No sólo eso. —Me encogí de hombros—. La gente se muda y sus vidas cambian.

—Bueno —dijo, y luego no dijo nada durante unos minutos y entonces encontramos algo menos inquietante de que hablar. Hablamos de la imposibilidad de mantener a los jugadores de «trile» fuera de las calles, dado que la multa por el delito son setenta y cinco dólares, y el beneficio entre quinientos y mil dólares al día—. Y hay un juez —dijo—, que les dijo a un montón de ellos que les dejaría sin multa si prometían no hacerlo otra vez. «Ah, ah, promesas, Sr. Juez». Para ahorrar setenta y cinco dólares, esos gilipollas prometerían dejarse crecer los pelos en la lengua.

Tomamos una tercera ronda de copas, y le dejé pagar esa ronda también, y entonces volvió a la comisaría y cogí un taxi a casa. Miré en recepción si tenía mensajes y cuando vi que no, di la vuelta a la esquina para Armstrong's y allí fue donde la noche comenzó a ser larga. Pero no fue mala. Bebí el bourbon en el café, sorbiéndolo, haciéndolo durar, y mi humor no se puso negro ni feo. Hablé con gente a ratos, pero pasé mucho tiempo repasando el día, escuchando la explicación de Havermeyer. En algún punto de la noche, llamé a Jan para decirle cómo habían resultado las cosas. La línea comunicaba. O estaba hablando con alguien o tenía el teléfono descolgado, y esta vez no llamé al operador para saber qué era.

Había bebido lo justo, para cambiar. No tanto como para estar ciego y perder la memoria. Pero lo bastante como para dormir sin sueños.

Antes de llegar a la calle Pine al día siguiente, Charles London sabía qué esperar. Los periódicos de la mañana traían la historia. Lo que decían era más o menos lo que esperaba por lo que me había dicho Fitzroy. Me mencionaron por el nombre como el compañero expoli que había oído la confesión de Havermeyer y que le había acompañado para que se entregara por el asesinato de Barbara Ettinger. Aun así, no parecía muy alegre de verme.

—Le debo mis disculpas —dijo—. Llegué a estar convencido de que sus investigaciones sólo tendrían un efecto dañino sobre una variedad de personas.

Pensaba...

—Sé lo que pensaba.

—Resultó que estaba equivocado. Todavía me preocupo por lo que pueda salir en un juicio, pero parece que no habrá ninguno.

—De todos modos no tiene que preocuparse de lo que salga —dije—. Su hija no llevaba un niño negro. —Parecía como si le hubieran golpeado en la cara—. Llevaba el niño de su marido. Es probable que tuviera una aventura, probablemente como represalia por el comportamiento de él, pero no hay pruebas de que tuviera una relación interracial. Eso fue un invento de su antiguo yerno.

—Ya veo. —Dio su paseíto a la ventana y se aseguró de que el puerto estaba allí fuera todavía. Dio la vuelta hacia mí y dijo—: Por lo menos, esto ha resultado bien, Sr. Scudder.

—¿Sí?

—Se ha hecho justicia con el asesino de Barbara. Ya no tengo que preocuparme de quién la mató ni por qué. Sí, creo que podemos decir que ha resultado bien.

Podía decir eso si quisiera. Yo no estaba seguro de que se hubiera hecho justicia con Burton Havermeyer, ni adonde iría su vida desde aquí. No estaba seguro del lugar que ocupaba la justicia en el sufrimiento que estaba empezando para el hijo de Havermeyer y su exmujer ciega. Y si London no tenía que preocuparse de que Douglas Ettinger había matado a su hija, lo que había aprendido sobre el carácter de Ettinger no podía ser enormemente tranquilizante.

Pensé también en las grietas que ya había detectado en el segundo matrimonio de Ettinger. Me preguntaba cuánto tiempo más ocuparía su sitio en el cubo de fotos encima de su mesa la cara sonriente y de clase media acomodada. Si se separaran, ¿podría seguir trabajando para su segundo suegro?

Finalmente, pensé en cómo la gente puede adaptarse a una realidad tras otra si realmente quiere. London había empezado creyendo que su hija había sido asesinada sin ningún motivo y se había adaptado a eso. Luego llegó a creer que sí que había sido asesinada por un motivo, y por alguien que la conocía bien. Y se había propuesto ajustarse a eso. Ahora sabía que la había matado casi un extraño, por un motivo que no tenía mucho que ver con ella. Su muerte había sido como un ensayo para el asesinato y al morir había preservado la vida de la propia víctima. Podías ver todo eso como parte de un gran plan o podías verlo como otra prueba de que el mundo estaba loco, pero de una manera u otra esa era una realidad nueva a la cual seguramente se ajustaría.

Antes de marcharme, me dio un talón por mil dólares. Una gratificación, dijo, y me aseguró que quería que lo aceptase. No puse ninguna objeción. Cuando viene el dinero sin ninguna cuerda, cógelo y mételo en el bolsillo. Todavía era lo bastante poli en el corazón para recordar eso.

Intenté llamar a Jan sobre el mediodía y no hubo respuesta. Intenté otra vez por la tarde y la línea comunicó tres veces seguidas. Eran sobre las seis cuando finalmente

logré hablar con ella.

—Eres difícil de coger —dije.

—Estaba fuera. Y luego estuve hablando por teléfono.

—Estuve fuera yo también. —Le conté mucho de lo que había pasado desde que dejé la buhardilla la tarde anterior, armado con el conocimiento de que el niño de Havermeyer, Danny, había asistido a la guardería Horas Felices. Le conté por qué Barbara Ettinger había sido asesinada y le dije que la mujer de Havermeyer era ciega.

—¡Jolín! —dijo.

Hablamos un poco más y le pregunté lo que iba a hacer para cenar.

—Mi cliente me dio mil dólares y no hice nada para merecerlo —dije—, y siento una necesidad de gastar algo de ellos de modo frívolo antes de que malgaste el resto en necesidades.

—Me temo que esta noche no puede ser —dijo—. Estaba haciéndome una ensalada.

—Pues, ¿quieres salir a un par de *pubs* cuando termines? Cualquier lugar menos la Taberna de Blanche va bien conmigo.

Hubo una pausa. Entonces dijo:

—Lo que pasa, Matthew, es que voy a hacer otra cosa esta noche.

—Ah.

—Y no es otra cita. Voy a una reunión.

—¿Una reunión?

—Una reunión de Alcohólicos Anónimos.

—Entiendo.

—Soy alcohólica, Matthew. Tengo que enfrentarme al hecho y tengo que superarlo.

—No tenía la impresión de que bebieras tanto.

—No es cuánto bebes. Es lo que te hace. Tengo pérdidas de memoria. Tengo cambios de personalidad. Me digo a mí misma que no voy a beber y bebo. Me digo que voy a tomar una copa y a la mañana siguiente la botella está vacía. Soy alcohólica.

—Estuviste en Alcohólicos Anónimos antes.

—Sí.

—Pensaba que no te funcionaba.

—Ah, funcionaba bien hasta que bebí. Esta vez quiero darme una oportunidad.

Pensé un minuto.

—Pues creo que eso es maravilloso —dije.

—¿Sí?

—Sí —dije, y lo sentía—. Creo que es fantástico. Sí que funciona para mucha gente y no hay motivo por el que no puedas hacerlo funcionar para ti. ¿Vas a una reunión esta noche?

—Sí. Estuve en una esta tarde.

—Pensaba que sólo las tenían por la noche.

—Las tienen todo el tiempo, y por toda la ciudad.

—¿Cada cuánto tienes que ir?

—No tienes que hacer nada. Recomiendan noventa reuniones los primeros noventa días, pero puedes ir a más. Tengo mucho tiempo. Puedo ir a muchas.

—Eso es maravilloso.

—Después de la reunión esta tarde estaba hablando por teléfono con alguien que conocí cuando estuve en el programa la última vez. Y voy a una reunión esta noche, y eso me ayudará a pasar el día, y tendré un día de sobriedad.

—Hum.

—Se hace así, ¿sabes? Lo tomas día por día.

—Eso es maravilloso. —Limpié la frente. Se calienta en una cabina con la puerta cerrada—. ¿Cuándo terminan esas reuniones? Diez o diez y media, ¿algo así?

—Las diez.

—Pues, si...

—Pero generalmente, la gente sale a tomar un café después.

—Ah, sí; pues ¿qué te parece si paso por allí a las once? O más tarde, si crees que querrás pasar más que una hora tomando café.

—No creo que sea una idea muy buena, Matthew.

—Ah.

—Quiero darle a esto una buena oportunidad. No quiero empezar a sabotearlo antes de que empiece siquiera.

—¿Jan? No planeaba ir allí para beber contigo.

—Lo sé.

—Ni delante de ti tampoco. No beberé cuando estoy contigo. No es ningún problema.

—Porque tú puedes parar cuando quieras.

—Ciertamente, puedo no beber cuando esté contigo.

Hubo una pausa y cuando hablé, pude oír su voz tensa.

—¡Dios! —dijo—. Matthew, querido, no es tan fácil.

—¿No?

—Una de las cosas que nos dicen es que no tenemos poder sobre personas, sitios ni cosas.

—No sé lo que quiere decir eso.

—Quiere decir evitar esos elementos que pueden aumentar nuestro deseo de beber.

—¿Y soy uno de esos elementos?

—Me temo que sí.

Abrí la puerta de la cabina, dejé entrar un poco de aire.

—Pues, ¿qué quiere decir eso, exactamente? ¿Que nunca nos volveremos a ver?

—Ah, Dios.

—Sólo dime las reglas para que entienda.

—Jesús, Dios. No puedo pensar en términos de nunca más. Ni siquiera puedo pensar en términos de nunca tomar una copa más. Se supone que lo tomo día por día, así que hagámoslo en términos de hoy.

—Hoy no me quieres ver.

—¡Claro que te quiero ver hoy! ¡Ay, Dios! Mira, si quieres venir sobre las once...

—No —dije.

—¿Cómo?

—Dije que no. Tenías razón la primera vez y no debería estar presionándote. Soy como mi cliente, eso es todo. Simplemente tengo que ajustarme a una nueva realidad. Creo que estás haciendo lo correcto.

—¿De verdad?

—Sí, y si soy alguien que debes evitar creo que eso es lo que deberías hacer ahora. Y si tenemos que juntarnos más adelante, pues, ocurrirá.

Una pausa. Entonces, dijo:

—Gracias, Matthew.

¿Por qué? Salí de la cabina y subí las escaleras a mi habitación. Me puse una camisa limpia y una corbata y me invité a un buen filete en el Slate. Es un sitio donde paran polis de John Jay College y Midtown sur, pero tuve la suerte de no encontrar a nadie que conociera. Cené mucho, solo, con un Martini antes y un coñac después.

Volví a la Novena Avenida caminando y paré en la iglesia de San Pablo. La iglesia estaba ahora cerrada. Bajé un tramo estrecho de escaleras al sótano. No a la sala grande delantera donde tienen un bingo un par de noches a la semana, sino a una sala más pequeña en un lado, donde tienen reuniones.

Cuando vives en un barrio, sabes dónde están las cosas. Te interesen o no.

Me quedé delante de la puerta un minuto o dos. Me sentía un poco mareado, un poco congestionado en el pecho. Decidí que era probablemente del coñac. Es un estimulante poderoso. No estoy acostumbrado a ello, no lo bebo a menudo.

Abrí las puertas y miré dentro. Un par de docenas de personas sentadas en sillas plegables. Una mesa que contenía una cafetera grande y pilas de tazas de papel. Algunos eslóganes pegados a la pared con celo: «TÓMALO CON CALMA, MANTENLO SENCILLO». La puta sabiduría de los tiempos.

A lo mejor estaba en una sala como esta del centro. El sótano de alguna iglesia. En Soho, por ejemplo.

Mucha suerte, chica.

Di un paso para atrás, dejé cerrar la puerta, subí las escaleras. Tuve visiones de la puerta abriéndose, gente corriendo detrás de mí y arrastrándome allí de nuevo. No pasó nada parecido. La sensación de opresión seguía en el pecho.

El coñac, me dije. Probablemente sería una buena idea dejarlo. Mantente en lo que estás acostumbrado. Mantente en bourbon.

Fui a Armstrong's. Un poco de bourbon embotaría el efecto del coñac. Un poco

de bourbon embotaría casi cualquier cosa.



LAWRENCE BLOCK, (Buffalo, Nueva York, Estados Unidos, 24-06-1938) es un veterano escritor de novela negra estadounidense internacionalmente conocido por sus dos sagas de ficción cuya acción se desarrolla en las calles de Nueva York: La del investigador privado y exalcohólico Matthew Scudder y la del ladrón de refinados modales Bernie Rhodenbarr. Nombrado en 1993 Gran Maestro por la prestigiosa Asociación de Escritores de Misterio de América, tiene en su haber más de sesenta obras de ficción y ensayos acerca del oficio de escritor, además de un centenar de relatos breves también de género criminal. En 2005 le fue concedido un reconocimiento a toda su trayectoria profesional en los Premios Gumshoe, organizados por la revista literaria *Mystery Ink*.